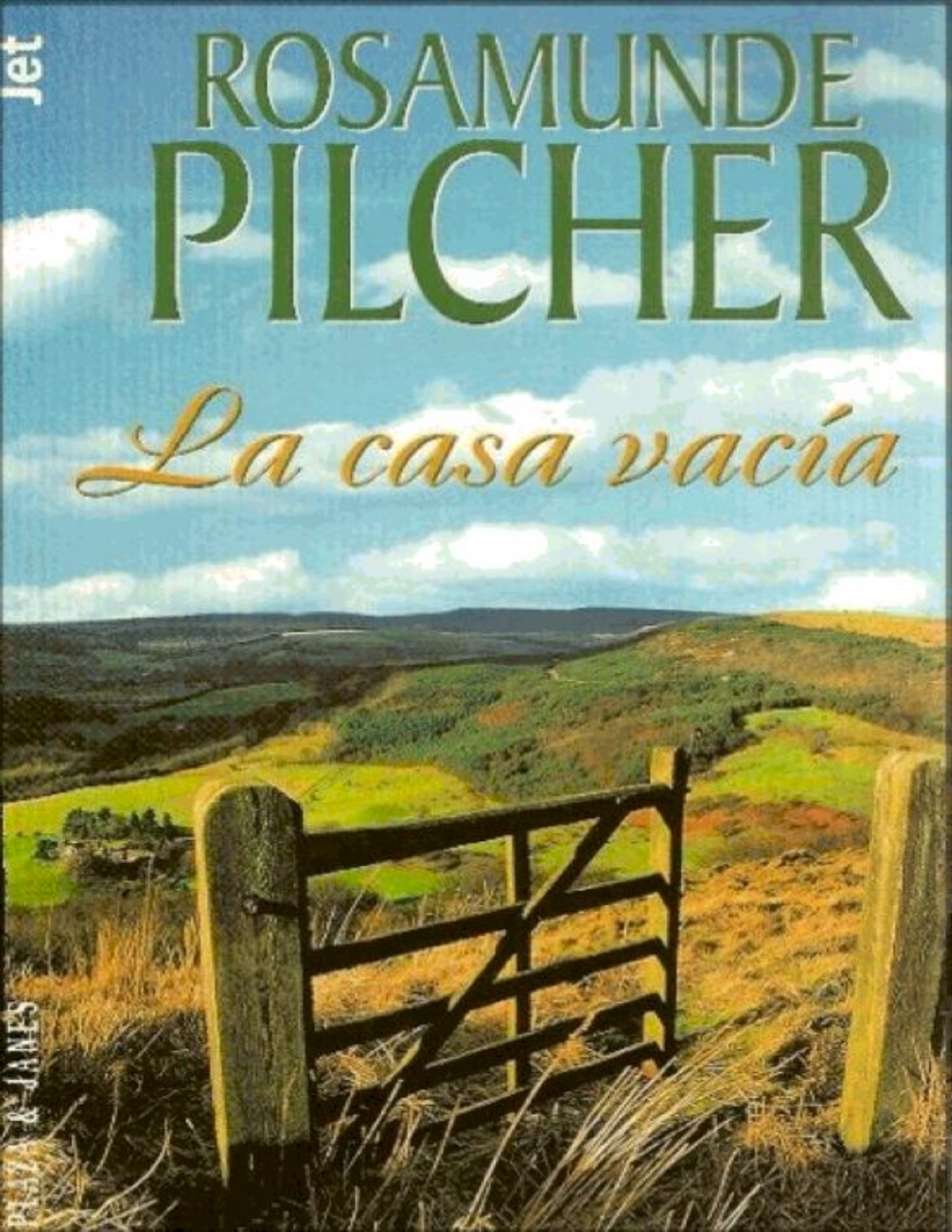


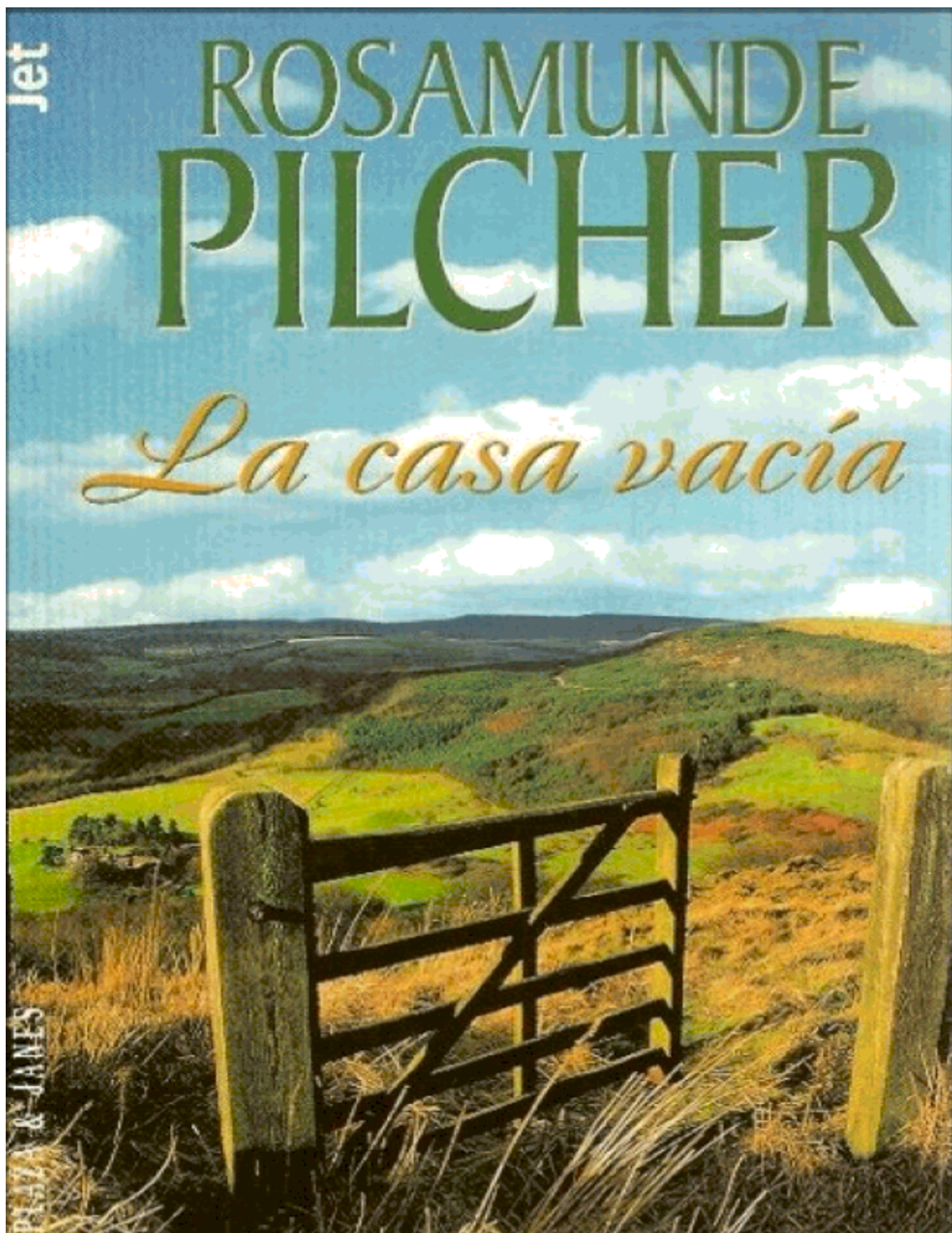
Jet

# ROSAMUNDE PILCHER

*La casa vacía*

PICTA & JAMES





[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

**Rosamunde Pilcher**

**La casa vacía**

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)



## Capítulo 1

Eran las tres de la tarde de un cálido y soleado lunes de julio en el que una nortea brisa marina había enfriado el aire perfumado por el heno. Desde lo alto de la colina se veía la carretera rodear la ladera del Carn Edvor y la campiña se extendía hasta el distante acantilado; eran unas tierras de cultivo bordeadas de amarillos tojos, quebradas por formaciones de granito y subdivididas en docenas de pequeñas parcelas. «Igual que una colcha», pensó Virginia, imaginando los pastos como retales de terciopelo verde, el amarillo dorado del heno recién segado como brillante raso y el oro rosado del trigo como un tejido suave y delicado que invita a tocarlo y acariciarlo.

Todo estaba en silencio. Sin embargo, cuando cerró los ojos, percibió los sonidos de la tarde estival destacándose uno a uno como si quisieran llamar su atención. El suave susurro de la brisa agitó los helechos mientras un automóvil que subía por la colina desde Porthkerris cambiaba de marcha al acentuarse la cuesta de la carretera. A lo lejos se oía el sonido de las máquinas segadoras, semejante al zumbido de las abejas. Abrió los ojos y contó en la distancia tres segadoras tan minúsculas como los modelos de juguete que Nicholas empujaba de acá para allá sobre la alfombra del cuarto de los niños.

El vehículo coronó muy despacio la cima de la colina y sus ocupantes, incluido el conductor, contemplaron el maravilloso panorama a través de las ventanillas abiertas. En el interior del automóvil se veían rostros enrojecidos por el sol, gafas reflectantes, brazos morenos y blusas sin mangas. Al pasar junto al área de descanso donde Virginia había dejado aparcado su coche, una de las mujeres del asiento trasero levantó la vista y la vio observándolos desde la ladera de la colina. Durante un sorprendente segundo se cruzaron sus miradas, antes de que el automóvil siguiera

adelante y tomara una curva, perdiéndose de vista en dirección a Land's End.

Virginia consultó su reloj. Eran las tres y cuarto. Lanzó un suspiro, se levantó, se sacudió la briznas de hierba y las hojas de helecho de los fondillos de los vaqueros blancos y bajó por la ladera hacia su automóvil. El sol había calentado el asiento de cuero y ardía como si fuera una parrilla. Dio la vuelta para regresar a Porthkerris con la mente llena de imágenes dispersas. De Nicholas y Cara, encarcelados en un desconocido cuarto infantil de Londres y llevados cada semana por la niñera a Kensington Gardens; y por su abuela al zoo y al Museo de la Indumentaria y a películas aptas para menores. Se preguntó si le habrían cortado el cabello a Nicholas y si convendría que le comprara al niño una segadora de juguete y se la enviara junto con una breve y maternal carta: «Hoy he visto tres iguales funcionando en los campos de Lanyon y he pensado que te gustaría tener un modelo para ver cómo son.»

Una carta que lady Keile, rebosante de satisfacción, leería en voz alta porque Nicholas, que era un machista en ciernes, no veía ninguna razón para molestarse en descifrar la escritura de su madre, teniendo a su lado a una abuela dispuesta a leérsela. Virginia pensó en otra carta, la que guardaba en su corazón: «Mi querido niño, lejos de ti y de Cara vago sin rumbo por la vida. Circulo por ahí en mi automóvil porque no se me ocurre ninguna otra cosa que hacer y el automóvil me conduce a lugares conocidos, donde me pregunto quién será el conductor de la gigantesca segadora que hace compactas y cuadradas balas de heno semejantes a paquetes perfectamente atados.»

A lo largo de los ocho kilómetros de costa, las viejas alquerías con sus enormes graneros y edificios anexos semejaban las piedras preciosas de un tosco collar cuya sucesión no permitía distinguir dónde terminaban los campos de Penfolda y dónde empezaban los de la finca colindante. Las segadoras estaban tan lejos que no se podía adivinar la identidad de sus conductores ni las de las minúsculas figuras que las seguían, ensartando con sus horcas las balas y juntándolas en fajinas para que se secaran al sol de la canícula.

Ni siquiera estaba segura de que él viviera todavía en Penfolda y, sin embargo, no se lo podía imaginar viviendo en ningún otro lugar del mundo. Dejó que su ojo mental, al igual que la lente de una potente cámara, enfocara la animada escena. Las figuras se perfilaron con toda claridad y lo vio, sentado al volante de la enorme segadora con las mangas de la camisa remangadas dejando al descubierto sus bronceados antebrazos mientras el viento le alborotaba el cabello. Para evitar el peligro de la proximidad, Virginia se imaginó de inmediato a una esposa vestida con una bata de color rosa y un delantal azul, cruzando los campos con sus largas y bronceadas piernas y llevando un cesto lleno de termos de té y tal vez de pasteles de fruta. La esposa del señor Eustace Philips de Penfolda.

Llegó en coche a la cima de la colina y ante sus ojos aparecieron la bahía, las blancas playas y los lejanos promontorios y, abajo, rodeando el puerto, las casas arracimadas y la torre normanda de la iglesia de Porthkerris.

Wheal House, donde vivían sus anfitriones los Lingard, se levantaba en el otro extremo de Porthkerris. De haber sido una desconocida visitante de aquel lugar, hubiera seguido la carretera principal que conducía al centro de la ciudad y llegaba hasta el otro lado y se habría visto irremediabilmente atrapada en los embotellamientos de tráfico y las hordas de visitantes que recorrían al azar las angostas aceras de las callejuelas o permanecían de pie en las esquinas estratégicas, tomando cucuruchos de helados, eligiendo postales o contemplando los escaparates llenos de recipientes de cobre, sirenas de barro cocido y otros recuerdos análogamente espantosos.

Pero, como no era una desconocida, Virginia salió de la carretera mucho antes de llegar a las casas y enfiló la angosta callejuela bordeada de altos setos que serpenteaba por la colina del otro lado. No era un atajo sino el camino más largo para regresar a casa, pero, un poco más allá, volvió a adentrarse en la carretera a través de un silvestre túnel de rododendros que discurría a menos de cincuenta metros de la entrada principal de Wheal House.

A la entrada había una verja blanca y más allá un camino particular bordeado de setos de flores de color rosa. La casa, de agradables proporciones, era de estilo neogeorgiano con un porche provisto de frontón delante de la puerta principal. El camino atravesaba cuidados y verdes céspedes y perfumados parterres de alelíes. Cuando Virginia aparcó el coche a la sombra de la casa, se oyó una aguda cacofonía de ladridos y de la puerta abierta salió *Dora*, la vieja perra spaniel de Alice Lingard que solía tenderse a tomar el fresco en el reluciente suelo del vestíbulo.

Virginia se agachó para acariciarla y decirle unas palabras antes de entrar en la casa y quitarse las gafas de sol porque, en comparación con la claridad del exterior, el interior de la casa estaba tan oscuro como una cueva.

Al otro lado del vestíbulo, la puerta del jardín estaba abierta a un patio orientado al sur que recibía todo el sol y era el lugar preferido de Alice en todas las estaciones del año menos en pleno invierno. Aquel día, debido al calor, Alice había desplegado los toldos de caña partida cuya sombra dibujaba rayas en las sillas de lona de vivos colores y las mesas ya preparadas para el té.

En la mesa del centro del pasillo estaba la correspondencia de la tarde. Había dos cartas para Virginia, ambas con matasellos de Londres. Esta dejó el bolso y las gafas y las cogió. Una era de lady Keile y la otra... de Cara. La letra, aprendida en el colegio y cuidadosamente trazada, le resultaba extremadamente familiar.

Sra. A. Keile,

c/o Sra. Lingard, Wheal House,

Porthkerris,

Cornualles.

Sin ningún error de ortografía. Virginia se preguntó si la niña lo habría escrito ella sola o si la habría ayudado la niñera. Con las cartas en la mano, cruzó el vestíbulo y salió al patio donde su anfitriona se hallaba reclinada en una tumbona con una labor de costura sobre el regazo. Estaba haciendo una funda de almohadón con una trencilla de seda alrededor del cuadrado de terciopelo de color coral y la tela descansaba sobre su regazo como un enorme pétalo de rosa.

—¡Ah, ya estás aquí! — exclamó Alice, levantando la vista—. Me preguntaba qué te habría ocurrido. Pensé que quizá te habías quedado atascada en un embotellamiento de tráfico.

Alice Lingard era una mujer alta y morena, de unos cuarenta años, cuya corpulenta figura quedaba disimulada por unas largas y bien torneadas piernas y unos brazos muy bien formados. Era lo que Virginia consideraba una buena amiga de mediana edad, no exactamente por los años que tenía sino por el hecho de pertenecer a la generación intermedia entre la suya propia y la de su madre. En realidad, era una amiga de toda la vida de la familia y en la boda de su madre había sido una de las pequeñas damas de honor.

Unos dieciocho años atrás, Alice se había casado con Tom Lingard, un joven que se disponía a tomar las riendas del negocio familiar Lingard Sons, una empresa especializada en la fabricación de maquinaria pesada de ingeniería que se levantaba en la cercana localidad de Fourbourne. Bajo la presidencia de Tom la empresa había prosperado y, tras una serie de acertadas adquisiciones, controlaba en aquellos momentos unos intereses que se extendían desde Bristol a St. Just e incluían explotaciones mineras, una pequeña compañía de transportes y otra de maquinaria agrícola.

No habían tenido hijos, pero Alice había volcado sus naturales talentos domésticos en la casa y el jardín consiguiendo, a lo largo de los años, crear un hogar encantador y un jardín que era constantemente fotografiado y solía mencionarse en las secciones de jardinería de las lujosas revistas especializadas. Diez años atrás, cuando Virginia y su madre pasaron las vacaciones de Pascua en Cornualles con los Lingard, las obras se acababan

de iniciar. Esta vez, como no había vuelto a visitar Wheal House en todos aquellos años, Virginia apenas había reconocido la casa. Todo había sido sutilmente modificado, las líneas rectas eran ahora curvas y los obstáculos habían desaparecido como por arte de ensalmo. Los árboles habían crecido y proyectaban sus alargadas sombras sobre la interminable explanada de césped. El viejo huerto se había transformado en un hermoso jardín lleno de perfumadas rosas y, donde antes crecían las alubias y las frambuesas, ahora se veían magnolias de suaves pétalos y arbustos de azaleas de altura superior a la de un hombre.

Pero, desde el punto de vista doméstico, el patio era el proyecto más logrado de Alice pues, no siendo ni una casa ni un jardín, combinaba los encantos de ambos. Los geranios se derramaban desde las macetas y en un espaldar estaba empezando a trepar una clemátide de oscuras flores purpúreas. La dueña de la casa tenía previsto plantar también una enredadera, pero antes quería leer toda clase de libros especializados y pedir la opinión de sus amigos. Su energía era, por lo visto, inagotable.

Virginia acercó una tumbona y se dejó caer en ella, percatándose de pronto de lo cansada y acalorada que estaba. Se quitó las sandalias y apoyó los pies descalzos en un taburete que tenía a mano.

—No he ido a Porthkerris -dijo.

—Ah, ¿no? Pues yo creía que habías ido a la oficina de correos.

—Quería simplemente unos sellos. Los puedo comprar en otro momento. Había tanta gente, tantos autocares y tantos apretujones de sudorosa humanidad que me ha entrado claustrofobia y no me he detenido.

—Yo te puedo prestar unos cuantos sellos -dijo Alice-. Deja que te sirva un poco de té. — Apartó a un lado su labor de costura y se incorporó para alargar la mano hacia la humeante tetera-. ¿Leche o limón?

—Con limón estará estupendo.

–Y es mucho más refrescante en un día caluroso. – Alice le ofreció la taza a Virginia y volvió a recostarse en su tumbona-. ¿Adonde has ido?

–¿Cómo? Ah, por el otro lado...

–¿Hasta Land's End?

–No tan lejos. Sólo he llegado hasta Lanyon. Aparqué el coche en un área de descanso, subí un poco por la colina y me senté entre los helechos para admirar el panorama.

–Es precioso -dijo Alice, enhebrando la aguja.

–En las granjas están segando el heno.

–Eso no varía jamás, ¿verdad? Me refiero a Lanyon. No se han construido casas ni nuevas carreteras y no hay tiendas ni campings. – Virginia ingirió un sorbo de té chino y después dejó cuidadosamente la taza y el platito en las baldosas del suelo al lado de su silla-. Oye, Alice, ¿sabes si Eustace Philips aún tiene la finca de Penfolda?

Alice interrumpió su labor y levantó una mano para quitarse las gafas de sol y mirar a Virginia, frunciendo las oscuras cejas.

–¿Qué sabes tú de Eustace Philips? ¿De qué lo conoces?

–Alice, tienes una pésima memoria. Fuisteis tú y Tom quienes me llevasteis allí para asistir a una gran barbacoa en las rocas de Penfolda. Debía de haber por lo menos treinta invitados y no sé quién la organizó, pero recuerdo que asamos unas salchichas a la brasa y bebimos cerveza de barril. No es posible que lo hayas olvidado. ¡Más tarde, la señora Philips nos ofreció té en la cocina!

–Pues claro que me acuerdo, ahora que lo dices. Hacía un frío tremendo, pero todo estaba muy bonito y contemplamos la salida de la luna por detrás de Boscovey Head. Lo recuerdo muy bien. Pero ¿quién organizó la fiesta?

Por supuesto que no fue Eustace, pues éste anda siempre ocupado ordeñando sus vacas. Debieron de ser los Barnet... Él era escultor y tuvo durante un par de años un estudio en Porthkerris antes de regresar a Londres. Su mujer tejía cestos o cinturones de estilo popular y tenían un montón de hijos que iban siempre descalzos. Eran muy aficionados a las fiestas extravagantes y debieron de ser ellos... ¡Qué curioso! Llevaba años sin recordarlos. Después nos fuimos todos a Penfolda. – Aquí la memoria de Alice empezó a fallar-. Pero no me acuerdo muy bien. ¿Quién asistió a aquella fiesta?

–Mi madre no fue. Dijo que no le apetecía...

–Hizo muy bien.

–Pero, en cambio, tú, Tom y yo sí fuimos.

–Por supuesto. Abrigados con jerseys y gruesos calcetines de lana. No sé si yo me puse una chaqueta de piel. Pero estábamos hablando de Eustace. ¿Cuántos años tenías tú entonces, Virginia? ¿Diecisiete? Es curioso que recuerdes a Eustace Philips después de tanto tiempo.

–No has contestado a mi pregunta. ¿Sigue viviendo en Penfolda?

–La granja ya pertenecía, que yo sepa, a su padre, a su abuelo y a su tatarabuelo. ¿Te parece probable que Eustace liara el petate y se largara?

–Supongo que no. Es que resulta que esta tarde vi que estaban segando el heno y me pregunté quién sería el conductor de una de las segadoras. ¿Tú le sueles ver, Alice?

–Casi nunca. Y no porque nosotros no queramos, entiéndeme, sino porque él es un agricultor muy atareado y Tom está tan ocupado en ser un magnate que raras veces se cruzan sus caminos. A no ser que coincidan en la caza de la liebre o en la competición de atletismo de Navidad... ya sabes.

Virginia cogió la taza de té con su platito y estudió detenidamente la rosa

pintada en su costado.

—Se ha casado.

—Lo dices como si afirmaras un hecho irrefutable.

—¿Y acaso no lo es?

—No. No se ha casado y sólo Dios sabe por qué. Siempre me pareció un moreno muy atractivo, con su aire a lo D. H. Lawrence. Tiene que haber habido muchas chicas coladitas por sus huesos en Lanyon, pero él las ha esquivado a todas. Debe de gustarle la vida que lleva.

La mujer de Eustace, que tan rápidamente había imaginado, se desvaneció como una guirnalda de flores azotada por el frío viento de la realidad. En su lugar, Virginia se imaginó la cocina de Penfolda, triste y desordenada, con los restos de la última comida abandonados en la mesa, los platos amontonados en el fregadero y un cenicero lleno de colillas.

—¿Quién le cuida?

—No lo sé. Creo que su madre murió hace un par de años... No sé cómo se las arregla. A lo mejor tiene un ama de llaves muy guapa o una amante domesticada. No tengo ni idea.

«Y me importa un bledo», dio a entender Alice con su indiferente tono de voz. Había terminado de coser la trencilla de seda, por lo que dio un par de fuertes puntadas y después rompió el hilo, dándole un leve tirón.

—Ya está. ¿No te parece un color divino? Pero la verdad es que hace mucho calor para coser aquí fuera -añadió, dejando la labor a un lado-. Me parece que tendré que ir a ver qué es lo que tenemos para la cena. ¿Qué le dirías a una deliciosa langosta fresca?

—Le diría: «Encantada de conocerte.»

Alice se levantó y se situó con su impresionante estatura al lado de Virginia.

—¿Has visto tus cartas? — le preguntó.

—Sí, aquí las tengo.

Alice se inclinó para recoger la bandeja.

—Te dejo para que las leas en paz -dijo.

Guardando lo mejor para el final, Virginia abrió primero la carta de su suegra. El sobre era de color azul oscuro con un ribete azul marino. El papel era grueso y la dirección figuraba impresa en relieve en la parte superior.

«32 Welton Gardens, S.W.8

»Querida Virginia:

»Espero que estés disfrutando de este tiempo maravilloso. Menuda ola de calor tenemos; ayer estábamos a treinta y cinco grados. Supongo que te pasarás el día metida en la piscina de Alice. ¡Qué suerte no tener que coger el coche para ir a la playa cada vez que te apetece bañarte!

»Los niños están bien y te envían recuerdos. La niñera los acompaña al parque todos los días, se llevan un termo con el té y comen allí. Esta mañana he ido con Cara a los almacenes Harrods para comprarle unos vestidos, pues está creciendo mucho y los que tiene se le han quedado pequeños. Uno es azul con apliques de flores y el otro es rosa con un poco de punto de arroz. Espero que te gusten.

»Mañana irán a tomar el té en casa de los Manning-Preston. La niñera está deseando chismorrear con la niñera de Susan que tiene más o menos la edad de Cara y sería bonito que se hicieran amigas.

»Dale recuerdos de mi parte a Alice y ya me dirás cuándo tienes decidido regresar a Londres, aunque la verdad es que nos las estamos arreglando muy bien y no queremos que por nada del mundo acortes tus vacaciones. Las necesitabas desde hace tiempo.

»Con todo mi cariño,

»Dorothea Keile.»

Virginia leyó la carta dos veces, debatiéndose entre sentimientos contradictorios. Saltaban a la vista los dobles significados entre las frases meticulosamente escritas. Se imaginó a sus hijos en el parque y la hierba de Londres agostada por el calor, pisoteada y marchita. Imaginó el claro cielo matinal por encima de los tejados de las casas y a su hijita vestida con unos modelos que ni quería ni le gustaban, pero no tenía el atrevimiento de rechazar. Imaginó la gran mansión de los Manning-Preston con su jardín embaldosado en la parte de atrás donde la señora Manning-Preston celebraba sus famosos cócteles y adonde serían enviadas Cara y Susan a jugar para que sus niñeras pudieran hablar tranquilamente de las distintas variedades de labores de punto y comentar lo traviesa que iba a ser la pequeña pupila de la niñera Brigg. Se imaginó a Cara, petrificada por la timidez y a Susan Manning-Preston, tratándola con desprecio porque llevaba gafas y parecía tonta.

«*Nos las estamos arreglando muy bien.*» La frase resultaba absolutamente ambigua. ¿A quién se refería el plural? ¿A la niñera y la abuela? ¿O acaso estaban también incluidos los niños, sus hijos? ¿Permitirían que Cara durmiera con el viejo oso de peluche, cosa que, según la niñera, era antihigiénica? ¿Se acordarían de dejar siempre la luz encendida para que Nicholas pudiera ir al cuarto de baño en mitad de la noche? ¿Los dejarían alguna vez solos, desorganizados, sucios y desarreglados para que jugaran a sus absurdos juegos secretos en apartados rincones del jardín con una simple baya o una hoja en las que volcaban toda la imaginación que albergaban sus pequeños, inteligentes y desconcertantes cerebros?

Observó que le temblaban las manos. Era una estúpida al preocuparse por semejantes cosas. La niñera cuidaba de sus hijos desde que éstos habían nacido, conocía su idiosincrasia y nadie mejor que ella hubiera podido hacer frente a los repentinos berrinches de Nicholas.

(Pero ¿era lógico que los tuviera? A los seis años ya hubiera debido superarlos. ¿Cuáles serían las frustraciones que los desencadenaban?)

La niñera trataba a Cara con mucho cariño. Le hacía vestiditos para las muñecas, confeccionaba bufandas y jerseys para los ositos de peluche con restos de madejas de lana y permitía que Cara se llevara al parque el cochecito de su muñeca, pasando con él por delante del Albert Memorial. (Pero ¿le leía a su hija los libros que a ésta tanto le gustaban? *Los gorriones*, *Los niños del tren* y *El jardín secreto*.) ¿Quería a los niños o simplemente cuidaba de ellos?

Eran las consabidas preguntas que Virginia se planteaba cada vez con mayor frecuencia. Pero a las que nunca hallaba respuesta. Consciente de que, en realidad, estaba eludiendo la cuestión más esencial, procuraba dejar la solución para más tarde, buscando siempre alguna excusa. «Ahora no puedo pensar en eso, estoy demasiado cansada. A lo mejor, dentro de un par de años, cuando Nicholas vaya a la escuela primaria, le diré a mi suegra que ya no necesito a la niñera y le pediré a ésta que se busque a otro niño al que cuidar. Ahora estoy un poco desquiciada y eso no sería bueno para los niños; están mejor con la niñera. A fin de cuentas, lleva cuarenta años cuidando niños.»

Las excusas la tranquilizaban y actuaban como un sedante, borrando su mala conciencia. Guardó de nuevo la carta en el elegante sobre azul y pasó con alivio a la segunda. Cara había utilizado el mismo papel de cartas que su abuela, pero esta vez las frases no estaban tan bien escritas. Había algunos borrones de tinta y las líneas estaban inclinadas hacia abajo como si las palabras hubieran surgido atropelladamente y sin concierto.

«Querida mamá:

»Espero que lo estés pasando muy bien y que tengas buen tiempo. En Londres hace calor. Tengo que ir a tomar el té con Susan Manning-Preston y no sé a qué vamos a jugar. Anoche Nicholas gritó y la abuelita le tuvo que dar una pastilla. Se puso todo colorado. A una de mis muñecas se le a caído un ojo y no lo puedo encontrar. Por favor, escíbeme pronto y dime cuándo volveremos a Kirkton.

»Con todo cariño,

Cara.

»P.S. No olvides escribir.»

Virginia dobló la carta y la guardó. Al otro lado del jardín y del césped, el agua azul de la piscina de Alice resplandecía como una joya. Había refrescado un poco y el aire se llenó de cantos de pájaros y perfumes de flores. Oyó la voz de Alice en el interior de la casa, hablando seguramente con la señora Jilkes, la cocinera, a propósito de la langosta que iban a comer en la cena.

Se sintió desvalida y totalmente inepta. ¿Y si le pidiera permiso a Alice para llevar a sus hijos allí? Comprendió inmediatamente que tal cosa era imposible. La casa de Alice no estaba hecha para alojar niños y éstos no tenían cabida en su existencia. Su amiga se molestaría muchísimo si Cara olvidara cambiarse las botas de agua o Nicholas lanzara su balón de fútbol contra sus bien cuidados parterres o le ensuciara el papel de las paredes con «dibujos». Sin la vigilancia de su niñera, Nicholas estaría inaguantable.

Sin la niñera. Ésas eran las palabras clave. Lo mejor hubiera sido tenerlos

consigo.

Sin embargo, la sola idea la llenaba de espanto ¿Qué haría con ellos? ¿Adónde irían? Su mente oteaba a su alrededor como si fuera una antena. ¿A un hotel? Pero los hoteles de la zona estarían llenos a rebosar de veraneantes y serían tremendamente caros. Además, Nicholas estaría tan insoportable en un hotel como en Wheal House. Pensó en la posibilidad de alquilar una caravana o irse con ellos a un camping de la playa como hacían los hippies, que en verano encendían sus hogueras con la leña arrojada a la orilla por el mar y dormían acurrucados sobre la fría arena.

Claro que también hubiera podido ir a Kirkton. Algún día tendría que volver. Pero todo su ser se estremecía ante la idea de regresar a la casa de Escocia donde vivió con Anthony y nacieron sus hijos, el único lugar que éstos consideraban su hogar. Pensando en Kirkton, evocó las sombras de los árboles proyectadas sobre las pálidas paredes, la fría luz nortea reflejada en los blancos techos y el rumor de sus propias pisadas subiendo por la reluciente escalinata sin alfombra. Evocó los claros atardeceres otoñales en que las primeras bandadas de gansos surcaban el cielo y el vasto jardín que bajaba hasta las orillas de la rápida corriente del río...

No. Todavía no. Cara tendría que esperar. Puede que más adelante volvieran a Kirkton pero, de momento, no era posible. A su espalda se cerró una puerta de golpe y el regreso de Tom Lingard del trabajo la devolvió bruscamente a la realidad. Lo oyó llamar a Alice, dejar su cartera en la mesa del vestíbulo y salir al patio en busca de su mujer.

—Hola, Virginia -dijo Tom, inclinándose para besarle el cabello-. ¿Estás sola? ¿Dónde se ha metido Alice?

—Está entrevistando a una langosta en la cocina.

—¿Cartas de tus hijos? ¿Están todos bien? Pues me alegro mucho... -Uno de los rasgos más típicos de Tom consistía en que nunca se molestaba en esperar las respuestas a sus preguntas. Virginia pensaba a veces que, a lo mejor, ése era el secreto de su éxito en los negocios-. ¿Qué has estado

haciendo todo el día? ¿Te has tumbado al sol? De eso se trata. ¿Te apetece venir a nadar un rato conmigo? El ejercicio te sentará bien después de tanto holgazanear. Conseguiremos que Alice también nos acompañe...

Tom entró de nuevo en la casa rebosante de energía y entusiasmo y recorrió el pasillo en dirección a la cocina, llamando a gritos a su mujer. Virginia, obedeciendo las instrucciones, se levantó, recogió las cartas y subió a su dormitorio para ponerse el bikini.



[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo 2

Los abogados se llamaban Smart, Chirgwin y Williams. Por lo menos, éstos eran los nombres que figuraban en la placa de latón de la puerta, lustrada durante tanto tiempo y con tal fuerza que las letras habían perdido sus perfiles iniciales y resultaban bastante difíciles de leer. El picaporte también era de latón, lo mismo que el pomo, tan liso y resplandeciente como la placa. Virginia hizo girar el pomo, abrió la puerta y entró en un pequeño vestíbulo de brillante linóleo oscuro y paredes impecablemente pintadas de color marfil. La mujer de la limpieza debía de ser muy hacendosa y eficiente. Había una ventanilla como las de los organismos oficiales con un rótulo en el que se leía INVESTIGACIONES y un timbre para llamar. Virginia lo pulsó y se abrió la ventanilla.

—¿Sí?

Sorprendida, Virginia le dijo al rostro del otro lado de la ventanilla que deseaba hablar con el señor Williams.

—¿Ha concertado previamente la cita?

—Sí, soy la señora Keile.

—Un momento, por favor. La ventanilla se volvió a cerrar y el rostro se retiró.

Poco después se abrió una puerta y apareció nuevamente el rostro en compañía de un cuerpo un tanto voluminoso y un par de piernas que bajaban directamente hasta unos sólidos zapatos con cordones.

—¿Quiere acompañarme, señora Keile?

El edificio en el que se hallaba ubicado el bufete se levantaba en lo alto de la colina por la que discurría la carretera de Porthkerris, pero, aun así, Virginia no esperaba el impresionante panorama que la recibió al entrar en la estancia. El escritorio ocupaba el centro de la alfombra y el señor Williams se estaba levantando en aquellos momentos para saludarla. A su espalda, un enorme ventanal enmarcaba la deliciosa vista de la parte antigua de la ciudad como si de un hermoso cuadro se tratara. Los tejados de las casas, la descolorida pizarra y las chimeneas encaladas se amontonaban sin orden ni concierto por la ladera de la colina. El azul de una puerta contrastaba con el amarillo de una ventana, el vivo color de los geranios, una cuerda de tender la ropa llena de prendas multicolores o las hojas de un árbol insospechado que quedaba oculto desde la calle. Abajo, más allá de los tejados se extendían las aguas del puerto esplendorosamente iluminadas por el sol. Las pequeñas embarcaciones amarradas se balanceaban suavemente sobre la superficie y un blanco velero que acababa de abandonar el refugio del puerto se alejó de repente hacia la línea del horizonte en la que los dos azules se juntaban. Mientras Virginia contemplaba el espectáculo, unas chillonas gaviotas desplegaron sus alas en el aire, las campanas de la torre normanda de la iglesia empezaron a tocar y el carillón de un reloj dio las once de la mañana.

—Buenos días -dijo el señor Williams.

Virginia se dio cuenta de que ya lo había dicho dos veces y entonces apartó su atención del panorama y trató de concentrarla en el abogado.

—Ah, buenos días, señor Williams. Soy Virginia Keile y... -Le fue imposible continuar-. ¿Cómo puede usted trabajar con esta vista?

—Por eso me siento de espaldas a ella...

—Es impresionante.

—Sí, algo único. Muchos artistas nos piden permiso para pintar el puerto desde este ventanal. Se ve toda la estructura de la ciudad y los colores son auténticamente increíbles. Menos en los días de lluvia, claro. En fin... -El

señor Williams cambió bruscamente el tono de su voz como si estuviera deseando poner manos a la obra y no perder más el tiempo-. ¿En qué puedo servirla? – preguntó, acercándole una silla.

Procurando apartar los ojos del ventanal y concentrarse en el asunto que la había conducido hasta allí, Virginia se sentó.

–Mire, no sé si me equivoco de persona, pero resulta que no he podido encontrar en toda la ciudad un agente inmobiliario. He buscado en el periódico alguna casa para alquilar, pero parece que no hay ninguna. Entonces vi su nombre en la guía telefónica y pensé que, a lo mejor, usted podría ayudarme.

–¿Ayudarla a encontrar una casa?

El señor Williams era un joven moreno cuyos ojos parecían sinceramente interesados en la atractiva mujer sentada ante su escritorio.

–La quiero para alquilar...

–¿Durante cuánto tiempo?

–Un mes... Mis hijos reanudarán las clases la primera semana de septiembre.

–Ya. Bueno, nosotros no trabajamos en este sector, pero podría pedirle a la señorita Leddra que nos echara una mano. De todos modos, tenga en cuenta que estamos en temporada alta y la ciudad está repleta de veraneantes. De encontrar algo, me temo que tendría que pagar un alquiler muy elevado.

–No me importa.

–Bueno pues, un momento...

En cuanto el abogado salió del despacho para hablar con la secretaria, Virginia se levantó y se acercó a la ventana. La abrió de par en par y vio que

una enfurecida gaviota levantaba bruscamente el vuelo desde el alféizar donde estaba posada.

La brisa marina era fresca y tonificante. Una embarcación de recreo repleta de pasajeros empezó a surcar las aguas del puerto y ella experimentó el súbito deseo de estar allí abajo con ellos, bronceada y libre de preocupaciones, luciendo una gorra en la que se leyera BÉSAME y riéndose como una loca cuando las primeras olas empezaran a romper contra el casco del buque.

El señor Williams entró de nuevo en el despacho.

—¿Puede esperar un momento? — preguntó-. La señorita Leddra está haciendo unas comprobaciones...

—Sí, por supuesto -contestó Virginia, regresando a su silla.

—¿Vive usted en Porthkerris? — preguntó afablemente el señor Williams.

—Sí, en casa de unos amigos. Los Lingard de Wheal House.

Hasta aquel momento, los modales del señor Williams no habían sido ni estirados ni familiares pero, de pronto, adquirieron un tono casi de servil deferencia.

—Ah, sí, claro. Es un lugar encantador.

—Sí. Alice lo ha convertido en una pura delicia.

—¿Había estado usted allí alguna vez?

—Sí, hace diez años. Pero no había vuelto desde entonces.

—¿Ha venido con sus hijos?

—No. Están en Londres con su abuela, pero me gustaría tenerlos aquí

conmigo, si fuera posible.

—¿Su domicilio está en Londres?

—No. Lo que ocurre es que mi suegra vive allí. — El señor Williams esperó sin decir nada-. Mi casa... Bueno, nosotros vivimos en Escocia.

El señor Williams pareció alegrarse sin que Virginia acertara a comprender por qué razón se alegraba de que ella viviera en Escocia.

—¡No me diga! ¿En qué parte?

—En el condado de Perth.

—El más bonito. Mi mujer y yo pasamos nuestras vacaciones allí el año pasado. Nos encantaron la paz, las desiertas carreteras y el sosiego. ¿Cómo es posible que haya dejado todo aquello?

Virginia estaba a punto de contestar cuando, por suerte para ella, fueron interrumpidos por la entrada de la señorita Leddra, que sostenía en la mano un montón de papeles.

—Aquí tiene, señor Williams. Bosithick. Y la carta del señor Kernow diciendo que, si pudiéramos encontrarle un inquilino para el mes de agosto, estaría dispuesto a alquilar la casa. Pero sólo si el inquilino fuera educado, señor Williams. Insiste mucho en este punto.

El señor Williams cogió los papeles y miró sonriendo a Virginia por encima de ellos.

—¿Es usted una inquilina educada, señora Keile?

—Depende de lo que usted me ofrezca.

—Bueno, eso no está exactamente en Porthkerris... Gracias, señorita Leddra... Aunque no queda muy lejos... En realidad, está en Lanyon...

—¡En Lanyon!

El tono de voz de Virginia debió de sonar consternado, porque el señor Williams se vio obligado a salir inmediatamente en defensa de Lanyon.

—Es un sitio encantador, la zona de costa más bonita que nos queda.

—No es que no me guste. Simplemente, me sorprende.

—¿De veras? ¿Y eso por qué? —preguntó el abogado con singular perspicacia.

—Pues por nada en particular. Hábleme de la casa.

Le habló. Era una vieja casa no demasiado bonita ni distinguida, pero famosa por haber sido ocupada entre los años veinte y treinta por un célebre escritor.

—¿Cuál?

—¿Cómo dice?

—¿Qué célebre escritor?

—Ah, perdón. Aubrey Crane. ¿No sabía usted que había pasado unos cuántos años en esta región?

Virginia no lo sabía. Aubrey Crane era uno de los muchos autores que su madre no aprobaba. Recordó la severa expresión de su rostro cada vez que alguien mencionaba su nombre y recordó la rapidez con la que se devolvían sus obras a la biblioteca para evitar que la pequeña Virginia les echara un vistazo. Esta circunstancia hizo que la casa llamada Bosithick le resultara todavía más deseable.

—Siga -dijo.

El señor Williams explicó que, a pesar de su antigüedad, Bosithick había sido ligeramente modernizada y ahora tenía un cuarto de baño, un aseo y una cocina eléctrica.

—¿Quién es el propietario? — preguntó Virginia.

—El señor Kernow es sobrino de la antigua propietaria, la cual se la dejó en herencia, aunque él vive en Plymouth y sólo la utiliza durante las vacaciones. Quería venir con su familia a pasar el verano, pero su mujer se ha puesto enferma y les ha sido imposible. Como nosotros somos sus abogados, el señor Kernow ha dejado el asunto en nuestras manos, con la condición de que alquiláramos la casa a una persona de confianza que la cuidara debidamente.

—¿Qué tamaño tiene?

El señor Williams examinó los papeles.

—Vamos a ver. Una cocina, una salita, un cuarto de baño y un salón en la planta baja, y tres dormitorios en el piso de arriba.

—¿Tiene jardín?

—Más bien no.

—¿Está muy lejos de la carretera?

—Si no recuerdo mal, se encuentra a unos cien metros de ella desde el camino de una granja.

—¿Y la podría ocupar ahora mismo?

—Creo que no habrá ningún inconveniente. Pero primero será mejor que la vea.

–Sí, claro... ¿Cuándo puedo visitarla?

–¿Hoy? ¿Mañana?

–Mañana por la mañana.

–Yo mismo la acompañaré.

–Gracias, señor Williams.

Virginia se levantó y se retiró con tal rapidez que el señor Williams tuvo que apresurarse para adelantarla y abrirle la puerta.

–Hay otra cosa, señora Keile.

–¿Cuál es?

–No ha preguntado usted el precio del alquiler.

–No, tiene usted razón -contestó Virginia sonriendo-. Adiós, señor Williams.

No les dijo nada a Alice y Tom. No quería expresar con palabras algo que, en el mejor de los casos, no era más que una vaga idea. No quería enzarzarse en una discusión sobre la conveniencia de que los niños se quedaran en Londres con su abuela ni oírle decir a Alice que no le importaban los posibles destrozos que éstos pudieran causar en Wheal House y que estaría encantada de tenerlos allí. Cuando encontrara algo, se lo plantearía a Alice como un hecho consumado. Y entonces puede que Alice la ayudara a superar el mayor de los obstáculos: convencer a la abuela para que ésta permitiera que los niños viajaran a Cornualles sin su niñera. La perspectiva de aquella batalla la aterraba, pero antes tenía que superar otros obstáculos menores.

Alice era una anfitriona perfecta. Cuando Virginia le dijo que tenía que salir aquella mañana, no le preguntó adonde pensaba ir sino que se limitó a

preguntarle:

–¿Almorzarás en casa?

–No creo... Más vale que no...

–Entonces nos veremos a la hora del té y después nadaremos un poco en la piscina.

–Estupendo -dijo Virginia, despidiéndose con un beso de su amiga.

Subió a su automóvil y bajó por la carretera de la colina hasta Porthkerris. Aparcó cerca de la estación y se dirigió a pie al despacho de los abogados para recoger al señor Williams.

–Señora Keile, no sabe usted cuánto lo siento, pero me es imposible acompañarla esta mañana a Bosithick. Una de nuestras clientes viene desde Truro y tengo que quedarme a esperarla. ¡Confío en que lo comprenda! Pero aquí tiene las llaves de la casa y, además, le he dibujado un mapa muy detallado para que no tenga dificultades... Creo que no tiene pérdida. ¿Le importa ir por su cuenta o prefiere que la acompañe la señorita Leddra?

Virginia evocó la imagen de la corpulenta Leddra y le aseguró al señor Williams que se las arreglaría perfectamente por su cuenta. Éste le entregó un llavero, cada una de cuyas llaves tenía una chapa de madera: Puerta Principal, Carbonera, Habitación de la Torre.

–Cuidado con el camino -le advirtió el señor Williams, acompañándola a la puerta-. Tiene muchos baches y, aunque no hay espacio para girar delante de la entrada de Bosithick, no habrá problema si baja usted un poco más hasta llegar a una vieja granja donde podrá dar la vuelta con el coche... Créame que lo siento, pero, de todos modos, espero que me llame para decirme qué le ha parecido. Ah, señora Keile..., la casa lleva varios meses vacía. Procure no llevarse una mala impresión si la ve un poco polvorienta. Abra unas cuantas ventanas e imagínese una buena chimenea encendida.

Un tanto desanimada por los últimos comentarios, Virginia regresó a su automóvil. Las llaves de la casa desconocida le pesaban como el plomo en el interior del bolso. De repente, sintió el deseo de una compañía y, por un breve instante, consideró incluso la posibilidad de regresar a Wheal House, confesarle a Alice lo que había hecho y tratar de convencerla para que la acompañara a Lanyon y le prestara un poco de apoyo moral. Pero le pareció ridículo. Sólo tenía que ir a ver una casita y alquilarla o rechazarla. Cualquier tonto hubiera sido capaz de hacerlo... incluso ella.

El tiempo era todavía muy bueno y había mucho tráfico. Cruzó a paso de tortuga la ciudad, pero finalmente consiguió llegar al otro lado. En lo alto de la colina donde las carreteras se bifurcaban, el tráfico ya no era tan denso y pudo adelantar a unos cuantos vehículos. Cuando subió a los páramos y vio el mar a sus pies, empezó a animarse un poco. La carretera serpenteaba como una cinta agresiva por la ladera de la colina cubierta de helechos; a su izquierda se elevaba el macizo del Carn Edvor teñido de púrpura por los brezales y, a su derecha, la campiña se extendía hacia el mar, mostrándole el mismo espectáculo de granjas y campos de cultivo que había contemplado dos días atrás.

El señor Williams le había dicho que estuviera atenta a unos arbustos de espinos que crecían al borde de la carretera. Un poco más allá se encontraba la pendiente del angosto camino de granja que conducía al mar. Virginia llegó al lugar indicado y se adentró por el pedregoso camino bordeado de zarzas. Cambió de marcha y bajó cuidadosamente por la cuesta, tratando de evitar los baches y de no pensar en los daños que las espinosas ramas estarían causando en la pintura de su automóvil.

No vio la casa hasta que tomó una curva cerrada y ésta apareció súbitamente ante sus ojos. Detuvo el vehículo, cogió el bolso y bajó. Soplaban una fresca y salada brisa marina y se percibía el aroma de los tojos. Intentó abrir la verja, pero los goznes estaban rotos y tuvo que levantarla para poder entrar. Un caminito bajaba hacia unos peldaños de piedra que conducían a una casa alargada con gabletes en el norte y en el sur, en cuyo lado norte, de cara al mar, se había añadido una habitación con una torre cuadrada encima. La torre confería a la casa un cierto aspecto de lugar

sagrado que a Virginia le pareció ligeramente siniestro. No había jardín propiamente dicho pero, en el lado sur, se veía una pequeña extensión de hierba sin cortar con dos postes que sostenían lo que antaño fuera una cuerda para tender la colada.

Bajó los peldaños y recorrió un caminito que rodeaba la casa y conducía a la puerta principal, pintada de rojo oscuro y llena de burbujas de aire provocadas por el calor del sol. Sacó la llave y la introdujo en la cerradura al tiempo que hacía girar el pomo, y la puerta se abrió silenciosamente hacia adentro. Vio unos peldaños y una raída alfombra sobre un suelo de madera y advirtió que olía a húmedo... ¿o tal vez a ratones? Tragó nerviosamente saliva. Los ratones le daban pánico, pero ahora que ya había llegado hasta allí, no tenía más remedio que subir los dos gastados peldaños y cruzar cautelosamente el umbral.

No tardó mucho en recorrer la parte más antigua de la casa y echar un vistazo a la pequeña cocina con sus viejos fogones y su manchado fregadero; en la salita había toda una serie de sillas desparejadas y una estufa eléctrica colocada en el hueco de una antigua chimenea como un animal salvaje que asomara la cabeza por la boca de su madriguera. De las ventanas colgaban unas viejas cortinas de algodón y en un aparador se podían ver montones de tazas, bandejas y platos de todas clases y tamaños en distintas fases de deterioro.

Virginia subió al piso de arriba dominada por una profunda decepción. Los dormitorios tenían una ventanas muy pequeñas y un mobiliario inadecuado. Regresó a lo alto de la escalera y subió dos peldaños que conducían a una puerta cerrada. La abrió y, tras la lobreguez del resto de la casa, se vio inmediatamente asaltada por una deslumbradora ráfaga de luz norteña. Aturdida, entró en una curiosa estancia cuadrada con ventanas en tres de sus cuatro paredes. Se elevaba sobre el mar como el puente de un barco y desde sus ventanas se abarcaba un trecho de por lo menos veinticinco kilómetros de costa.

Un banco cubierto con una desteñida funda de tela ocupaba toda la pared norte de la habitación. Había una mesa y una vieja alfombra de paja

trenzada; en el centro de la estancia destacaba la barandilla de hierro forjado de una escalera de caracol que conducía directamente a la habitación de abajo, denominada «salón» en el prospecto del señor Williams.

Virginia bajó cautelosamente a una habitación dominada por una enorme chimenea de estilo modernista. A su lado estaba el cuarto de baño y una puerta que daba acceso a la oscura y deprimente salita donde ella había iniciado el recorrido.

Era una casa increíble. La rodeaba como si estuviera esperando su decisión y parecía despreciar su cobardía. Para ganar tiempo, Virginia regresó a la habitación de la torre, se sentó en el banco y abrió el bolso para encender un cigarrillo. El último que le quedaba. Tendría que comprarse otra cajetilla. Lo encendió y, mientras contemplaba la desnuda mesa y los desteñidos colores de la alfombra del suelo, comprendió que aquél habría sido el estudio de Aubrey Crane, el cuarto de trabajo donde éste había creado las atrevidas historias de amor que a ella no le habían permitido leer. Lo imaginó con barba, pantalones bombachos y un aspecto convencional que jamás hubiera permitido adivinar las pasiones que ardían en su rebelde corazón. A lo mejor, en verano abría aquellas ventanas para percibir los sonidos y las fragancias de la campiña, el rugido del mar y el rumor del viento. En invierno debía de hacer mucho frío y entonces el escritor seguramente se envolvía en una manta para escribir dolorosamente con sus dedos llenos de sabañones a pesar de los mitones de lana que llevaba...

En algún lugar de la estancia se oyó el zumbido de una mosca golpeando contra el cristal de la ventana. Virginia apoyó la frente en él y contempló el panorama con aire distraído al tiempo que iniciaba una de las interminables discusiones mentales que solía mantener consigo misma desde hacía muchos años.

«-No puedo venir aquí.

»-¿Por qué no?

»-Lo odio. Es fantasmagórico y me da miedo. Reina un ambiente muy

desagradable.

»-Eso son figuraciones tuyas.

»-Es una casa inadmisibile. Jamás podría traer a mis hijos aquí. Nunca han vivido en un lugar semejante. Y además, no tendrían ningún sitio donde jugar.

»-Hay todo un mundo para que puedan jugar. Los campos, las rocas y el mar.

»-Pero tendría que vigilarlos constantemente... lavar, planchar y guisar. No hay frigorífico y no sé cómo podría calentar el agua.

»-Yo pensaba que lo que tú querías era llevarte a los niños contigo y sacarlos de Londres.

»-Estarán mejor en Londres con su niñera que viviendo en una casa como ésta.

»-Eso no es lo que pensabas ayer.

»-No los puedo traer aquí. No sabría por dónde empezar estando sola.

»-Pues entonces, ¿qué vas a hacer?

»-No lo sé. Hablar con Alice. Quizá hubiera debido hablar con ella antes de venir. Ella no tiene hijos, pero lo comprenderá. A lo mejor ella conoce otra casita. Estoy segura de que lo comprenderá y me ayudará. Me tiene que ayudar.»

—Ya estoy harta de mis férreas decisiones -dijo en voz alta.

Tiró al suelo el cigarrillo a medio fumar y lo aplastó con el tacón del zapato. Luego se levantó, bajó las escaleras, cogió las llaves y salió, cerrando la puerta a su espalda. Desde las ventanas de los dormitorios, como si éstas

fueran unos ojos burlones, la casa la observaba. Se apartó de aquella mirada y regresó a la seguridad de su automóvil. Eran las doce y cuarto. Necesitaba cigarrillos y en Wheal House no la esperaban para el almuerzo. Por consiguiente, tras dar la vuelta con el coche y regresar a la carretera, no tomó la dirección de Porthkerris sino la del pueblo de Lanyon situado a dos kilómetros escasos de distancia. Allí recorrió la calle principal hasta llegar a una plaza adoquinada, flanqueada en uno de sus lados por el pórtico de una iglesia con un campanario cuadrado y en el otro por un pequeño pub de paredes encaladas llamado The Mermaid's Arms.

Debido al buen tiempo, el pub había instalado una terraza en el exterior con mesas y sillas, sombrillas de vivos colores y maceteros con capuchinas de color anaranjado. Sentados a una de las mesas, un hombre y una mujer con atuendos veraniegos estaban tomando unas cervezas mientras su hijo de corta edad jugaba con un cachorro. Al ver a Virginia, la saludaron con una sonrisa y ésta se la devolvió, pasando por su lado antes de entrar en el establecimiento donde agachó instintivamente la cabeza bajo el ennegrecido dintel.

El interior tenía las paredes revestidas de oscuros paneles de madera y estaba débilmente iluminado por unas pequeñas ventanas protegidas con visillos de encaje; se percibía un fresco olor a moho y, en medio de la penumbra, se veían unas cuantas figuras sentadas alrededor de unas tambaleantes mesitas mientras que, detrás de la barra, enmarcada por hileras de jarras de cerveza colgadas de ganchos, un camarero en mangas de camisa y jersey a cuadros secaba vasos con un paño.

—... no sé lo que pasa, William -le estaba diciendo el camarero a un parroquiano sentado en un alto taburete al otro extremo de la barra con un cigarrillo en una mano y un vaso de cerveza amarga en la otra-, pero pones los contenedores de basuras y nadie echa nada.

—Ya... -dijo William, asintiendo tristemente con la cabeza mientras la ceniza del cigarrillo le caía en el vaso sin que él se diera cuenta.

—Todo va a parar a las aceras y los del Consejo del Condado ni siquiera se

molestan en venir a limpiarlo. Y cuidado que son feos esos trastos. Nos las arreglábamos mejor sin ellos...

El camarero terminó de secar los vasos, dejó el trapo y se volvió para atender a Virginia. – Dígame, señora.

Por su aspecto, su voz y el color de su tez, era un típico ejemplar de Cornualles. Cara rubicunda y curtida por la intemperie, ojos azules y cabello negro. Virginia le pidió cigarrillos.

–Sólo tengo de veinte. ¿Le parece bien? – Se volvió para coger la cajetilla del estante y rasgó hábilmente el envoltorio con la uña del pulgar-. Precioso día, ¿verdad? ¿Está usted de vacaciones?

–Sí. – Hacía muchos años que Virginia no visitaba un pub. En Escocia a las mujeres no se las llevaba nunca a los pubs y ella ya casi había olvidado el agradable ambiente de compañerismo que allí se respiraba-. ¿Tiene Coca-Cola? – preguntó.

El camarero la miró, extrañado.

–Pues sí. La guardo para los niños. ¿Quiere una?

–Sí, por favor.

El camarero sacó una botella, la abrió, vertió su contenido en un vaso y lo dejó ante ella en el mostrador.

–Precisamente ahora le estaba comentando a William que la carretera de Pothkerris es un desastre... -Virginia acercó un taburete y se sentó-. Tantos desperdicios y basura por el suelo. Por lo visto, los visitantes no saben qué hacer con la basura. Viniendo a un lugar tan bonito como éste, deberían tener la delicadeza de llevarse a casa en su coche todos los papeles y desperdicios y no dejarlos tirados en las cunetas. Hablan mucho de conservación y ecología, pero ya le digo yo que...

Aquél era, al parecer, su tema preferido de conversación; a juzgar por los murmullos de aprobación que le llegaban desde todos los rincones del local, los parroquianos estaban de acuerdo con él. Virginia encendió un cigarrillo. Fuera, en la soleada plaza, se acercó un automóvil, se detuvo y se oyó el seco ruido de una portezuela al cerrarse. Un hombre dio los buenos días a alguien y después unas pisadas cruzaron el umbral y entraron en el local.

—... le he escrito incluso una carta al diputado del distrito, el que dijo que se iba a encargar de la limpieza de la zona, pero me ha contestado que eso corresponde al Consejo del Condado y yo... -Por encima de la cabeza de Virginia, el camarero vio al recién llegado-. ¡Hola, hombre! Dichosos los ojos.

—¿Aún estás con lo de los contenedores de basura, Joe?

—Tú ya me conoces, chico, cuando algo me preocupa, no paro hasta que consigo mi propósito. Lo mismo que luce un terrier cuando mata una rata. ¿Qué vas a tomar?

—Ponme una cerveza.

Joe se volvió para extraer la cerveza del barril y el hombre se acercó a la barra, situándose entre Virginia y el taciturno William. Virginia había reconocido inmediatamente su voz y sus pisadas al cruzar el umbral del Mermaid's Arms.

Tomó un sorbo de Coca-Cola y dejó el vaso. De repente, el cigarrillo le supo amargo en la boca; lo apagó, volvió la cabeza para mirarlo y vio su camisa azul arremangada, sus morenos antebrazos, sus ojos intensamente azules y su cabello castaño cortado casi al rape. Como no tenía nada mejor que hacer, le dijo:

—Hola, Eustace.

Sorprendido, el hombre se volvió con la expresión propia de alguien a quien acaban de propinar un puñetazo en el estómago y está medio inconsciente.

–Soy yo misma en persona -se apresuró a añadir mientras él la miraba con una sonrisa de incredulidad como si pensara que le tomaban el pelo-. Hola -repitió estúpidamente Virginia.

–Pero ¿qué demonios estás haciendo aquí?

Virginia se dio cuenta de que todos los presentes esperaban su respuesta.

–Comprando cigarrillos y tomándome un refresco -contestó con indiferencia.

–No me refería a eso. Me refería a Cornualles. Aquí, en Lanyon.

–Estoy de vacaciones. En casa de los Lingard de Porthkerris.

–¿Y cuánto tiempo llevas aquí?

–Aproximadamente una semana...

–¿Y qué estás haciendo?

Antes de que ella tuviera tiempo de contestar, el camarero empujó la jarra de cerveza de Eustace sobre el mostrador y éste se distrajo, buscando en el bolsillo el dinero para pagar la consumición.

–Conque sois viejos amigos, ¿eh? – dijo el camarero, mirando a Virginia con renovado interés.

–Sí -contestó Virginia-, más o menos.

–Llevo diez años sin verla -explicó Eustace, deslizando las monedas sobre el mostrador mientras sus ojos se posaban en el vaso de Virginia-. ¿Qué estás bebiendo?

–Una Coca-Cola.

–Salgamos fuera, estaremos mejor al sol.

Virginia lo siguió, consciente de las miradas y de la insaciable curiosidad de la gente. Fuera, bajo el sol, Eustace depositó los vasos en una mesa de madera y ambos se sentaron el uno al lado del otro en un banco, de espaldas a la encalada pared del pub y con el sol directamente encima de sus cabezas.

–No te importa que te haya hecho salir, ¿verdad? De lo contrario, no hubiéramos podido decir ni una sola palabra sin que ésta se recibiera y transmitiera a todo el condado antes de media hora.

–Prefiero estar fuera.

Medio vuelto hacia ella, Eustace se había sentado tan cerca que Virginia podía ver la áspera textura de su piel curtida por la intemperie, la red de finas arrugas que le rodeaba los ojos y las primeras hebras de plata de su espeso cabello castaño. «Estoy de nuevo a su lado», pensó.

–Cuéntame -dijo Eustace.

–¿Que te cuente qué?

–Lo que te ha ocurrido. Sé que te casaste -se apresuró a añadir Eustace.

–Sí. Casi enseguida.

–Bueno, eso te debió de librar de la temporada de Londres que tanto temías.

–Pues sí.

–Y del baile de presentación en sociedad.

–En su lugar hubo una boda.

—Con el señor Anthony Keile. Vi el anuncio en el periódico.

Virginia no dijo nada.

—¿Dónde vives ahora?

—En Escocia. Tengo una casa allí...

—¿Tienes hijos?

—Sí. Dos. Un niño y una niña.

—¿Qué edades tienen? — preguntó Eustace con sincero interés.

Virginia recordó el proverbial cariño de las gentes de Cornualles por los niños y pensó en la señora Jilkes que siempre se emocionaba al hablar de sus sobrinos.

—La niña tiene ocho años y el niño, seis.

—¿Los tienes ahora contigo?

—No, están en Londres. Con su abuela.

—¿Y tu marido? ¿También está allí? ¿Qué está haciendo en estos momentos?  
¿Jugando al golf?

Virginia lo miró fijamente, aceptando por primera vez el hecho de que una tragedia personal era simplemente eso. Personal. Aunque la propia existencia se hiciera pedazos, el resto del mundo no tenía necesariamente por qué saberlo y tanto menos preocuparse. No había ninguna razón para que Eustace lo supiera.

Apoyó las manos en el borde de la mesa, alineándolas la una al lado de la otra como si fuera algo tremendamente importante.

—Anthony murió -dijo, mirándose las manos como si de pronto se hubieran vuelto transparentes, las muñecas fueran demasiado delgadas y las largas uñas en forma de almendra, pintadas de rojo coral, fueran tan frágiles como los pétalos de una flor.

Deseó con toda su alma que no fueran tan delicadas sino fuertes, y que estuvieran morenas, sucias de tierra y con las uñas gastadas de tanto trabajar en el huerto, pelar patatas y raspar zanahorias. Sintió los ojos de Eustace sobre su persona. No podía soportar que se compadeciera de ella.

—¿Qué ocurrió? — le preguntó Eustace.

—Murió en un accidente de automóvil. Se ahogó.

—¿Se ahogó?

—Es que en Kirkton tenemos un río, ¿sabes...? Es el lugar donde vivimos en Escocia. El río discurre entre la casa y la carretera y hay que cruzar un puente. Regresaba a casa, patinó o calculó mal la maniobra y el coche saltó por encima de la barandilla de madera y cayó al río. Había llovido mucho aquel mes, el río bajaba muy crecido y el automóvil fue a parar al fondo. Un submarinista tuvo que bajar... con un cable. Al final, la policía consiguió sacarlo...

Virginia dejó la frase sin terminar.

—¿Cuándo? — preguntó Eustace en un susurro.

—Hace tres meses.

—Muy poco tiempo.

—Sí, y había muchas cosas que hacer. El tiempo ha pasado volando. Después pillé un virus... una especie de gripe que no me podía quitar de encima, y entonces mi suegra me dijo que ella se quedaría con los niños en Londres para que yo pudiera venir a tomarme unas vacaciones aquí, con Alice.

–¿Cuándo te vas?

–No lo sé.

Eustace permaneció en silencio. Al cabo de un rato cogió la jarra y apuró su cerveza.

–¿Tienes el coche aquí? – preguntó, dejando la jarra en la mesa.

–Sí -contestó Virginia-. Aquel Triumph azul.

–Pues entonces termina de beber y regresaremos juntos a Penfolda.

Virginia se volvió y lo miró con extrañeza.

–¿Qué tiene eso de raro? Es la hora del almuerzo. Tengo empanadas en el horno. ¿Quieres venir y compartirlas conmigo?

–... Sí.

–Pues entonces, vamos. Tengo el Land-Rover. Tú sígueme con tu coche.

–De acuerdo.

–Vamos allá -dijo Eustace, levantándose.



## Capítulo 3

Virginia sólo había estado una vez en Penfolda y únicamente en la penumbra de un anochecer primaveral de diez años atrás.

—Nos han invitado a una fiesta -había anunciado Alice aquel día a la hora del almuerzo.

La madre de Virginia se mostró inmediatamente intrigada. Era una persona muy sociable y, teniendo una hija casadera de diecisiete años, bastaba con que alguien mencionara una fiesta para que inmediatamente se pusiera en estado de alerta.

—¡Oh, qué estupendo! ¿Dónde? ¿Y con quién?

Alice se rió. Era una de las pocas personas que podían sonreír impunemente ante un comentario de Rowena Parsons a quien conocía desde hacía mucho tiempo.

—No te entusiasmes demasiado. No es de las que a ti te gustan.

—Mi querida Alice, no sé qué quieres decir. ¡Explícate!

—Bueno, se trata de un matrimonio apellidado Barnet. Amos y Fenella Barnet. A lo mejor has oído hablar de él. Es un escultor muy moderno, de esos que llaman de vanguardia. Ocupan un pequeño estudio en Porthkerris y tienen un montón de hijos muy poco convencionales.

Sin necesidad de oír nada más, Virginia preguntó:

—¿Por qué no vamos?

Eran exactamente el tipo de personas que siempre había ansiado conocer.

La señora Parsons frunció levemente sus bien perfiladas cejas.

—¿La fiesta se celebrará en el estudio? — preguntó, temiendo que corrieran en ella el alcohol y los porros.

—No, en una granja de Lanyon que se llama Penfolda. Será una especie de barbacoa en las rocas. Con una hoguera de campamento para asar las salchichas... Creo que va a ser muy divertido -contestó Alice, sabiendo que Virginia estaba deseando ir.

—Será espantoso -dijo la señora Parsons.

—Ya me parecía a mí que eso no te iba a gustar demasiado. Pero Tom y yo puede que vayamos y nos llevemos a Virginia.

La señora Parsons clavó una fría mirada en su hija.

—¿Tú quieres ir a una barbacoa? — Virginia se encogió de hombros.

—Podría ser divertido.

Tiempo atrás había aprendido que nunca resultaba rentable mostrar un excesivo entusiasmo por las cosas.

—Muy bien -dijo su madre, sirviéndose otra ración de tarta de limón-. Si ésa es la idea que tú tienes de una velada divertida y a Alice y Tom no les importa llevarte... pero, por el amor de Dios, ponte ropa de abrigo. Allí tiene que hacer mucho frío. Demasiado para una cena al aire libre diría yo.

Tuvo razón. Hacía un frío tremendo. En el claro anochecer turquesa, la oscura mole del Carn Edvor se recortaba contra el cielo occidental mientras un gélido viento soplaba desde el interior, refrescando la atmósfera. Cuando salieron de Porthkerris y empezaron a ascender por la coima, Virginia volvió la vista hacia atrás y vio el parpadeo de las luces de la ciudad y las

negras aguas del puerto iluminadas por los reflejos. Al otro lado de la bahía, desde el lejano promontorio, el faro enviaba sus señales de advertencia. Un destello. Una pausa. Otro destello. Una pausa más larga. Cuidado. Peligro.

La velada prometía ser extremadamente interesante. Súbitamente emocionada, Virginia se inclinó hacia adelante y apoyó la barbilla en sus brazos cruzados sobre el respaldo del asiento de Alice. Aquel torpe y espontáneo gesto imprevisto fue la manifestación de un natural entusiasmo normalmente reprimido bajo la influencia de una madre dominante.

—Alice, ¿dónde está ese sitio adonde vamos?

—En Penfolda. Es una granja, justo al lado de Lanyon.

—¿Y quién vive allí?

—La señora Philips, que es viuda, y su hijo Eustace.

—¿Y a qué se dedica el hijo?

—A las tareas del campo, tonta. Ya te he dicho que es una granja.

—¿Y son amigos de los Barnet?

—Deben de serlo. En esta zona viven muchos artistas. Pero la verdad es que no tengo ni idea de cómo se han conocido.

—Probablemente en el Mermaid's -terció Tom.

—¿Qué es el Mermaid's? — preguntó Virginia.

—The Mermaid's Arms, el pub de Lanyon. Los sábados por la noche todo el mundo se reúne allí para tomar unas copas.

—¿Qué otros invitados asistirán a la fiesta?

–Sabemos tan poco como tú.

–Pero ¿no tenéis ni la menor idea?

–Bueno... -Alice aventuró una respuesta-: Artistas, escritores, poetas, hippies, estudiantes suspendidos, granjeros y tal vez alguna que otra persona aburrida y convencional como nosotros.

Virginia le dio un abrazo a su amiga.

–Tú no eres aburrida ni convencional sino una persona extraordinaria.

–Puede que no te lo parezca tanto al final de la velada. A lo mejor no te gusta, aprietas los dientes y te reservas la opinión.

Virginia se reclinó contra el respaldo de su asiento en la oscuridad del automóvil y se rodeó el tronco con los brazos. «Seguro que me va a gustar.»

Los faros delanteros de los automóviles que se aproximaban a Penfolda desde todas direcciones semejaban brillantes luciérnagas. Desde la carretera, la casa resplandecía de luz. Se incorporaron a la cola de vehículos que estaba bajando por un estrecho camino de tierra lleno de baches y, al final, llegaron a un patio convertido en un improvisado aparcamiento. El aire se llenó de voces y risas de amigos que se saludaban entre sí mientras algunos invitados saltaban por encima de un murete de piedra y cruzaban los pastos para dirigirse a las rocas. Algunos iban envueltos en alfombras, otros llevaban anticuadas linternas y otros una o dos botellas. Al verlos, Virginia se alegró una vez más de que su madre no los hubiera acompañado.

–¡Tom! – gritó alguien-. ¿Qué estás haciendo aquí? – Tom y Alice se detuvieron para esperar a unos amigos y Virginia siguió adelante, alegrándose de que la dejaran sola por una vez. A su alrededor, el aire olía a turba, algas y humo de leña. El cielo aún no estaba totalmente oscuro y el mar era de un azul tan intenso que casi parecía negro. Atravesó una brecha del muro y vio abajo, al final del campo, las llamas de una hoguera rodeada de linternas y las sombras de unas treinta personas. En cuanto estuvo más

cerca, distinguió súbitamente los rostros de la gente iluminados por el resplandor de la hoguera y oyó las risas y las conversaciones. Sobre un soporte de madera descansaba un barril de cerveza en el que los invitados llenaban incesantemente sus jarras mientras se percibía en el aire el aroma de las patatas asadas y de la grasa caliente. Alguien cogió una guitarra y empezó a tocar. Algunos invitados se congregaron a su alrededor, entonando una canción.

*Hay un barquito en la mar*

*Cargado de mercancías*

*Que no puedo comparar*

*Con el amor de mi vida...*

Un joven se acercó corriendo y tropezó en la oscuridad con Virginia.

—Perdón -le dijo, asiéndole el brazo no sólo para sostenerla sino también para no caerse él. Después levantó la linterna y le iluminó la cara-. ¿Quién eres?

—Virginia.

—¿Virginia qué?

—Virginia Parsons.

Llevaba el cabello muy largo y lucía una cinta anudada alrededor de la frente como si fuera un apache.

—Ya me parecía que eras nueva. ¿Has venido sola?

—N... no. He venido con Alice y Tom... pero... -Virginia se volvió para

mirar hacia atrás-. Me parece que los he perdido... Supongo que... ya vendrán...

—Yo soy Dominic Barnet...

—Ah... tú eres el que ha organizado la fiesta...

—Bueno, en realidad la ha organizado mi padre. Por lo menos, él ha pagado el barril de cerveza y mi madre ha comprado las salchichas. Ven... vamos a tomar algo -añadió el joven, cogiéndola del brazo con más fuerza que la primera vez y acompañándola hacia el ruidoso círculo de actividad que rodeaba la hoguera-. Oye, papá..., aquí hay alguien que no tiene bebida...

Un corpulento individuo con barba al que el resplandor de las llamas confería un aspecto curiosamente medieval se incorporó, apartándose del barril junto al cual estaba inclinado.

—Pues aquí la tiene -dijo al tiempo que ofrecía a Virginia una enorme jarra de cerveza.

—Y ahí va una salchicha -añadió el muchacho, ensartando con un palillo un embutido de una bandeja que alguien iba pasando entre los invitados.

Virginia la aceptó y estaba a punto de iniciar una amable conversación intrascendente cuando Dominic vio un rostro conocido entre el círculo de invitados que rodeaban la hoguera y, apartándose de ella, gritó: -¡Mariana!

O un nombre por el estilo.

Virginia buscó en la oscuridad a los Lingard, pero no los encontró. Al ver que todo el mundo se sentaba, ella también lo hizo, sosteniendo la jarra de cerveza en una mano y la salchicha, todavía demasiado caliente para comérsela, en la otra. El calor de la hoguera le quemaba el rostro y el frío viento le azotaba la espalda y le despeinaba el cabello, arrojándose sobre la cara. Tomó un sorbo de cerveza. Como jamás la había probado, experimentó inmediatamente la necesidad de estornudar. Fue un estornudo

tan tremendo que alguien le dijo a su espalda en tono burlón:

—¡Jesús!

—Gracias -dijo ella, volviéndose para ver quién había sido.

Era un joven de elevada estatura con pantalón de pana, un grueso jersey noruego y botas de agua. La estaba mirando con una sonrisa en los labios y su moreno rostro parecía de cobre bajo la luz de la hoguera.

—Me ha hecho estornudar la cerveza -explicó Virginia.

El joven se agachó a su lado, cogió delicadamente la jarra que ella sostenía en la mano y la depositó en el suelo entre ambos.

—Podrías volver a estornudar y entonces la derramarías y sería una lástima.

—Pues sí.

—Debes de ser amiga de los Barnet.

—¿Por qué lo dices?

—No te había visto antes.

—Pues no lo soy. He venido con los Lingard.

—¿Alice y Tom? ¿Están aquí?

El joven pareció alegrarse tanto de que los Lingard estuvieran allí que Virginia pensó que iría enseguida en su busca, pero, en su lugar, se sentó más cómodamente a su lado sobre la hierba y se limitó a contemplar en divertido silencio al resto de los invitados. Virginia se comió la salchicha y, cuando se la terminó, decidió reanudar la conversación.

—¿Eres amigo de los Barnet?

—¿Perdón...? —dijo el joven, centrando de nuevo en ella su atención mientras sus claros ojos azules la miraban sin pestañear-. ¿Qué decías?

—Te preguntaba si eras amigo de los Barnet.

—Más me vale -contestó el chico riéndose-. Están profanando mis campos.

—Entonces tú debes de ser Eustace Philips.

El joven reflexionó en silencio.

—Sí -dijo finalmente-. Supongo que sí.

Poco después, tuvo que levantarse. Algunas de sus vacas lecheras de Guernsey habían entrado en el campo desde unos pastos colindantes y una chica un poco tonta que había bebido más de la cuenta pensó que la perseguía un toro y había sufrido un ataque de nervios. Eustace se alejó para resolver el problema e inmediatamente aparecieron Alice y Tom. Virginia se pasó el resto de la velada buscando a Eustace Philips, pero no lo volvió a ver.

Pese a ello, la fiesta resultó extremadamente divertida. Hacia la medianoche, cuando ya se había terminado la cerveza y los invitados se pasaban unos a otros las botellas de vino y ya no quedaba comida y las llamas de la hoguera alimentada por la madera recogida en la playa ya alcanzaba una altura de seis metros o más, Alice apuntó la conveniencia de regresar a casa.

—Tu madre nos estará esperando despierta, pensando que te han violado o te has caído al mar. Y mañana Tom tiene que estar en su despacho a las nueve y, además, hace un frío que pela. ¿Qué te parece? ¿Ya has tenido suficiente? ¿Te lo has pasado bien?

—Muy bien -contestó Virginia, lamentando tener que marcharse.

Pero no había más remedio. Se alejaron en silencio de la hoguera y del ruido y subieron los campos en dirección a la casa. Ahora sólo quedaba encendida la luz de una ventana de la planta baja, pero la luna llena, tan blanca y grande como un plato, dominaba el cielo, iluminándolo todo con su plateada luz. En cuanto saltaron el murete del patio, se abrió una puerta de la casa, una amarillenta luz se derramó sobre los adoquines y una voz los llamó en la oscuridad.

—¡Tom! ¡Alice! Venid a tomar una taza de té o de café..., así os calentaréis un poco antes de regresar a casa.

—Hola, Eustace -dijo Tom, acercándose a la casa-. Pensábamos que ya te habías ido a la cama.

—No pienso quedarme en las rocas hasta el amanecer, eso seguro. ¿Te apetece un trago?

—No me vendría mal un whisky -contestó Tom.

—Pues yo prefiero una taza de té -dijo Alice-. ¡Qué buena idea! Estamos helados. ¿Seguro que no será demasiada molestia?

—Mi madre aún está levantada y se alegrará mucho de veros. Ya tiene la tetera en el fuego...

Entraron todos en el vestíbulo de la casa cuyo suelo de pizarra estaba cubierto con alfombras de vivos colores. El techo de vigas era tan bajo que Eustace Philips casi lo rozaba con la cabeza.

Alice se desabrochó la chaqueta.

—Eustace -dijo-, ¿conoces a Virginia? Se hospeda con nosotros en Wheal House.

—Sí, por supuesto... ya nos hemos saludado -contestó el joven sin apenas mirarla-. Pasad a la cocina, es el lugar más caldeado de la casa. Mamá, aquí

están los Lingard. Alice quiere una taza de té, Tom prefiere un whisky y... - El joven miró a Virginia-. ¿Qué te apetece? – le preguntó.

–Quisiera una taza de té.

Alice y la señora Philips sacaron inmediatamente de los estantes de un aparador la tetera, el cazo, las tazas y los platitos, comentando la fiesta de los Barnet y el incidente de la chica que había confundido una vaca con un toro mientras ambos hombres se sentaban a la mesa de la cocina con unos vasos, un sifón y una botella de whisky.

Virginia se sentó a la cabecera de la mesa bajo la ancha repisa de la ventana, escuchando el agradable murmullo de las voces sin prestarles demasiada atención. Le había entrado un poco de sueño en la caldeada y reconfortante atmósfera de la cocina de Penfolda y estaba un poco achispada por culpa de la cerveza de barril.

Envuelta en su abrigo y con las manos metidas en los bolsillos, miró a su alrededor y pensó que jamás en su vida había estado en un lugar más seguro y acogedor. El techo de vigas tenía unos viejos ganchos de hierro para colgar jamones ahumados y las anchas repisas de las ventanas estaban llenas a rebosar de geranios en flor. La tetera se estaba calentando sobre uno de los fogones de la vieja cocina, un gato dormía acurrucado en un sillón de mimbre y un calendario colgaba en una pared junto a una ventana que lucía unas cortinas de algodón a cuadros mientras flotaba en el aire la dulce fragancia del pan recién hecho.

La señora Philips, una pulcra dama de cabello entrecano, era extremadamente menuda en contraste con la corpulencia de su hijo. Parecía que no hubiera parado de trabajar desde el día en que nació y que jamás dejaría de hacerlo. Mientras ella y Alice iban de un lado para otro en la cocina, contando chismes sobre los excéntricos Barnet, Virginia la miró y pensó que ojalá hubiera tenido una madre tan serena y afable como aquélla, con una acogedora cocina y una tetera permanentemente en el fuego para poder tomar el té en cualquier momento que le apeteciera.

Tras haber preparado el té, ambas mujeres se reunieron finalmente con los demás alrededor de la mesa. La señora Philips llenó una taza para Virginia y se la ofreció. Ésta se incorporó hacia adelante y se sacó las manos de los bolsillos para cogerla, diciendo en tono adormilado:

—Muchas gracias.

—Te mueres de sueño -le dijo la señora Philips riéndose.

—Lo sé.

Todos la estaban mirando, pero ella removi6 el té sin levantar la vista de la taza para no tener que cruzarla con la desconcertante mirada azul del hijo de la casa.

Finalmente llegó el momento de irse y los invitados se pusieron los abrigos en el pequeño recibidor. Los Lingard y la señora Philips ya se encontraban junto a la puerta cuando Eustace dijo a la espalda de Virginia:

—Adiós.

—Ah, adiós -contestó Virginia, volviéndose para tenderle la mano. Él no debió de reparar en su gesto porque no se la estrechó-. Gracias por la invitación.

El joven la miró con expresión divertida.

—Ha sido un placer. A ver si vuelves otra vez por aquí.

Durante todo el camino de vuelta, Virginia abrazó aquellas palabras como si de un maravilloso regalo se tratara. Pero jamás había regresado a Penfolda desde entonces.

Hasta aquel hermoso día de julio de diez años después en que las cunetas de la carretera rebosaban de margaritas silvestres y amarillos tusílagos, los tojos mostraban todo el esplendor de sus encendidos colores y el verde

esmeralda de los helechos cubría las laderas, formando un vivo contraste con el azul jacinto del mar en verano.

Tan enfrascada estaba en sus preocupaciones de aquel día (la visita al despacho del abogado para recoger las llaves, la búsqueda de la casa de Bosithick y cuestiones tan prosaicas como la cocina, el frigorífico, la ropa de la cama y la vajilla), que aquella deliciosa mañana le había pasado prácticamente inadvertida. Pero ahora formaba parte de lo que había ocurrido y de repente recordó cómo años atrás el faro enviaba sus señales luminosas hacia el oscuro mar y la inexplicable emoción que entonces había experimentado.

«Pero ahora ya no tienes diecisiete años. Eres una mujer independiente de veintisiete años, con dos hijos, un automóvil y una casa en Escocia. La vida ya no te puede reservar este tipo de sorpresas. Todo es distinto. Nada permanece igual indefinidamente.»

A la entrada de la vereda que bajaba hacia Penfolda había una plataforma de madera desde la cual el camino serpenteaba por una acusada pendiente entre altos muros de piedra. Virginia contempló los arbustos de espinos inclinados hacia un lado por la fuerza de los vientos invernales y, en cuanto dobló la esquina de la casa siguiendo el Land-Rover de Eustace, aparecieron de repente dos collies, uno blanco y otro negro, ladrando y armando tal alboroto que las oscuras gallinas Leghorn, súbitamente asustadas, se apartaron de su camino para buscar cobijo.

Eustace había aparcado el Land-Rover a la sombra del granero y estaba tratando de calmar cariñosamente a los perros. Virginia situó su automóvil detrás del suyo. Al verla bajar del coche, los collies se acercaron inmediatamente a ella, ladrando, brincando y estirándose para lamerle la cara.

—Quietos... ¡quietos, ahí!

—No me importa... -dijo Virginia, acariciando sus suaves cabezas y su

espeso pelaje-. ¿Cómo se llaman?

—Beaker y Ben. Ése es Beaker y ése es Ben. ¡Cállate ya, chico! Siempre hacen lo mismo...

Eustace hablaba con un tono enérgico y despreocupado como si, durante el breve trayecto, hubiera llegado a la conclusión de que aquélla debería ser su actitud so pena de que el resto de la jornada se convirtiera en una especie de velatorio por Anthony Keile. Virginia, que no deseaba en modo alguno que tal cosa ocurriera, siguió gustosamente su ejemplo. La ruidosa bienvenida de los perros contribuyó a romper el hielo inicial y sirvió para que ambos subieran tranquilamente por el camino adoquinado y entraran en la casa con toda naturalidad.

Virginia vio las vigas, las baldosas del suelo y las alfombras. Nada había cambiado.

Se percibía un delicioso aroma de empanadas calientes. Eustace entró en la cocina seguido de Virginia, cruzó la estancia, cogió el guante de horno que colgaba de un gancho de la pared y se agachó para abrir la puerta del horno.

—No estarán quemadas, ¿verdad? — preguntó Virginia con cierta inquietud.

El aroma se esparció por toda la cocina.

—No, en su punto.

Eustace cerró la puerta del horno y se irguió.

—¿Las has hecho tú? — le preguntó Virginia.

—¿Yo? Tú bromeas.

—¿Pues quién?

—La señora Thomas, mi ama de llaves... ¿Te apetece beber algo? — preguntó

el joven, dirigiéndose al frigorífico para sacar una lata de cerveza.

—No, gracias.

—No tengo ninguna Coca-Cola -dijo Eustace sonriendo.

—No me apetece beber nada.

Virginia miró a su alrededor, temiendo que aquella maravillosa estancia hubiera sufrido alguna alteración o que Eustace hubiera modificado algo, cambiado algún mueble de sitio o pintado las paredes. Pero todo estaba tal y como ella lo recordaba. La mesa encajada en el hueco de la ventana, los geranios de las repisas y el aparador lleno de piezas de porcelana de brillantes colores. A pesar de los años transcurridos, la cocina seguía siendo un modelo de lo que debe ser una cocina, el auténtico corazón de la casa.

Cuando se fueron a vivir a Kirkton y lo reformaron todo desde la bodega hasta la buhardilla, ella intentó crear una cocina como la de Penfolda, un lugar cómodo y agradable donde la familia pudiera reunirse a conversar, tomar el té y contar chismes alrededor de la mesa.

—Pero ¿quién quiere una cocina así? — le había replicado Anthony sin comprender en absoluto sus puntos de vista.

—Todo el mundo. La cocina de una casa de campo es como un salón.

—Pues te aseguro que yo no quiero pasarme el día metido en una cocina - dijo Anthony, mandando instalar un fregadero de acero inoxidable, unos mostradores de fórmica y un suelo de baldosas blancas y negras que costaba mucho trabajo mantener limpio.

Ahora Virginia se apoyó contra la mesa y dijo con profunda satisfacción:

—Temía que hubiera cambiado algo, pero todo está igual.

—¿Y por qué iba a cambiar?

—Por nada. Simplemente lo temía. Las cosas cambian, Eustace. Alice me dijo que tu madre había muerto... Lo siento.

—Sí. Hace dos años. Sufrió una caída y contrajo una neumonía. — Eustace arrojó la lata vacía de su cerveza al cubo de la basura y, apoyado contra el borde del fregadero, se volvió para mirarla-. ¿Y tu madre? — preguntó sin la menor sombra de sarcasmo ni ironía.

—Murió, Eustace. Se puso gravemente enferma a los dos años de mi boda con Anthony. Estuvo enferma mucho tiempo y fue espantoso. Además, lo pasé muy mal porque ella estaba en Londres y yo en Kirkton... y no podía estar a su lado constantemente.

—Tú debías ser la única persona de la familia que le quedaba, ¿verdad?

—Sí. Ahí estaba lo malo. La visitaba siempre que podía pero, al final, nos la tuvimos que llevar a Escocia y más tarde nos vimos obligados a internarla en una residencia de Relkirk donde murió.

—Qué pena.

—Sí. Era muy joven. Es curioso lo que sucede cuando muere una madre. Los hijos nunca crecen del todo hasta que eso ocurre. — Virginia rectificó de inmediato-: Por lo menos eso es lo que nos ocurre a algunos. Tú ya habías crecido antes.

—No lo sé -dijo Eustace-. Pero comprendo lo que quieres decir.

—Sea como fuere, todo terminó hace años. No hablemos de cosas tristes. Háblame de ti y de la señora Thomas. ¿Sabes lo que me dijo Alice? Que o bien tienes una amante domesticada o un ama de llaves muy guapa. Estoy deseando conocerla.

—Pues tendrás que esperar porque se ha ido a visitar a su hermana a Penzance.

—¿Vive en Penfolda?

—Ocupa una casita al otro lado de la granja. Antiguamente, antes de que mi abuelo comprara la propiedad, aquí había tres casitas en las que vivían las familias que cultivaban los campos de la finca. Debían de tener una media docena de vacas lecheras y seguramente enviaban a sus hijos a las minas de estaño para redondear sus ingresos.

—Hace un par de días -dijo Virginia-, mientras me dirigía a Lanyon, me detuve en la colina y vi unas máquinas segadoras y a unos hombres amontonando las balas de heno. Y pensé que, a lo mejor, una de ellas la conducías tú.

—Es posible.

—Pensé que te habrías casado.

—Pues no.

—Ya lo sé. Me lo dijo Alice Lingard.

Eustace abrió un cajón, sacó unos cuchillos y unos tenedores y empezó a poner la mesa.

—Fuera hace un tiempo precioso -le dijo Virginia-. ¿No podríamos comernos las empanadas en el jardín?

—De acuerdo -contestó Eustace, mirándola con asombro.

Después cogió un cesto y se lo dio a Virginia para que pusiera en él los cubiertos, los platos, la sal, la pimienta y los vasos y él sacó las empanadas calientes del horno, las colocó en una gran fuente de porcelana y salió con ella al soleado y pequeño jardín por una puerta lateral. La hierba estaba un poco crecida, los parterres rebosaban de flores multicolores y en una cuerda de tender la ropa se habían puesto a secar unas sábanas y unas fundas de

almohada.

Como no había muebles de jardín, se sentaron sobre la hierba entre las margaritas y el llantén, dejando los platos directamente en el suelo.

Las empanadas eran tan grandes que, cuando Eustace se terminó de comer su ración, Virginia sólo se había comido la mitad de la suya.

—Ya no puedo más -dijo ésta, ofreciéndole a Eustace las que le quedaban. El joven las devoró en un abrir y cerrar de ojos.

—Si no estuviera tan hambriento -dijo Eustace entre bocado y bocado-, te obligaría a comerlas para que engordaras un poco.

—No quiero engordar.

—Estás demasiado delgada. Siempre has sido muy frágil, pero ahora me parece que un soplo de viento te podría levantar. Y te has cortado el pelo. Antes lo tenías largo y te bajaba por la espalda casi hasta la cintura. —  
Alargó la mano y le rodeó la muñeca con el dedo índice y el pulgar-. Te has quedado en los puros huesos.

—Habrás sido por la gripe.

—Pensé que estarías gordísima después de haberte pasado tantos años comiendo gachas de avena, arenques y asaduras de ternera.

—¿Crees que eso es lo que come la gente en Escocia?

—Eso es lo que me han dicho.

Eustace le soltó la muñeca, se terminó de comer las empanadas y empezó a recoger los platos y el cesto de los cubiertos para llevarlo todo a la cocina. Virginia hizo ademán de ayudarlo, pero Eustace le dijo que se quedara donde estaba y entonces ella se tendió sobre la hierba y contempló el tejado gris del granero en el que se habían posado unas gaviotas cuyas siluetas se

destacaban contra las delicadas formas de las nubes blancas que el viento había empujado desde el mar a través de un cielo intensamente azul.

Eustace regresó con una cajetilla de cigarrillos, unas manzanas maduras y un termo con té. Virginia no se movió y entonces él le lanzó una manzana que ella atrapó al vuelo. Después, el joven se sentó a su lado y destapó el termo.

—Háblame de Escocia.

Virginia acarició con sus manos la suave y fresca manzana.

—¿Qué quieres saber?

—¿Qué hacía tu marido?

—¿A qué te refieres?

—¿No tenía un trabajo?

—No exactamente. Quiero decir que no tenía un trabajo de nueve de la mañana a cinco de la tarde. Pero había heredado la finca...

—¿Kirkton?

—Sí, Kirkton... Se la dejó su tío en herencia. Una casa muy grande con unas quinientas hectáreas de terreno. Cuando terminamos de hacer las reformas, se pasaba el día supervisándolo todo. Plantó árboles y se convirtió en una especie de agricultor... Bueno, tenía un administrador que vivía en la finca, el señor McGregor, que era el que realmente hacía casi todo el trabajo, pero Anthony estaba siempre ocupado. Quiero decir que... sabía distraerse - añadió con un hilo de voz como si le diera vergüenza.

Cazando durante cinco días a la semana en la temporada de caza o pescando y jugando al golf. Desplazándose al norte para la caza del venado y pasando cada invierno un par de meses en St. Moritz. De nada le hubiera servido

explicarle a un hombre como Eustace Philips cómo era Anthony Keile. Ambos pertenecían a mundos distintos.

—¿Y ahora qué tal está Kirkton?

—Ya te lo he dicho, el administrador se encarga de todo.

—¿Y la casa?

—Está vacía. Los muebles están donde estaban, pero nadie ocupa la casa.

—¿Y tú regresarás a esa casa vacía?

—Supongo que sí. Algún día.

—¿Y tus hijos?

—Están en Londres con la madre de Anthony.

—¿Y por qué no han venido contigo? — preguntó Eustace, no en tono de crítica sino de simple curiosidad.

—Nos pareció mejor que yo viniera sola. Alice Lingard me escribió una carta invitándome y pensé que sería una buena idea, eso es todo.

—Pero ¿por qué no te viniste con los niños?

—Pues no sé... -Ni ella misma parecía estar demasiado convencida de sus palabras-. Alice no tiene hijos y la casa no está hecha para ellos... Quiero decir que todo es muy delicado y se puede romper con facilidad. Tú ya me entiendes.

—Más bien no, pero sigue.

—Sea como fuere, el caso es que a lady Keile le gusta tenerlos a su lado...

—¿Lady Keile?

—La madre de Anthony. Y a la niñera también le gusta porque ya había trabajado anteriormente para ella. Fue la niñera de Anthony.

—Yo creía que tus hijos ya eran bastante mayores.

—Cara tiene ocho años y Nicholas, seis.

—Pero ¿por qué necesitan a una niñera? ¿Por qué no se las pueden arreglar ellos solos?

Durante años, Virginia se había hecho incontables veces aquella misma pregunta sin poder hallar la respuesta, pero el hecho de que Eustace se la formulara inesperadamente la hizo sentirse profundamente ofendida.

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente lo que he dicho.

—Yo cuido de ellos. Los veo muy a menudo...

—Si acaban de perder a su padre, la persona que más falta les hace es su madre, no una abuela y menos una niñera heredada. Creerán que todo el mundo los abandona.

—No pensarán tal cosa.

—Si estás tan segura, ¿por qué te has puesto tan nerviosa?

—Porque no quiero que te entrometas en mis asuntos y expreses tus opiniones sobre cosas acerca de las cuales no sabes nada.

—Te conozco a ti.

—¿Y qué sabes de mí?

—Conozco tu infinita capacidad para dejarte avasallar por la gente.

—¿Quién me avasalla?

—No estoy muy seguro.

Virginia miró a Eustace y se dio cuenta de que estaba casi tan enojado como ella.

—Pero me da la impresión de que es tu suegra -añadió el joven-. A lo mejor ella ocupó el lugar de tu madre cuanto ésta murió.

—No te atrevas a hablar así de mi madre.

—Pero es verdad, ¿a que sí?

—No, no es verdad.

—Pues entonces tráete a tus hijos aquí. Es inhumano que pasen las vacaciones de verano en Londres con el calor que hace, pudiendo estar en la playa y correr por los campos. Levanta un dedo, llama a tu suegra y dile que coloque a los niños en un tren. Y si Alice Lingard no los quiere en Wheal House porque teme que le rompan algún objeto, llévalos a alguna posada o alquila una casita...

—Eso es exactamente lo que pienso hacer sin necesidad de que tú me lo digas.

—Pues será mejor que te des un poco de prisa.

—Ya me la he dado.

Eustace enmudeció momentáneamente y ella pensó con satisfacción: «Lo he dejado atónito.»

Pero sólo momentáneamente.

—¿Ya has encontrado algo? — preguntó Eustace.

—He visitado una casa esta mañana, pero era un desastre.

—¿Dónde?

—Aquí, en Lanyon. — Eustace esperó a que le facilitara más detalles-. Se llama Bosithick -añadió Virginia.

—¡Bosithick! — exclamó el joven con visible entusiasmo-. Pero si es una casa maravillosa.

—A mí me parece horrible.

—¿Horrible? — Eustace no podía dar crédito a sus oídos-. ¿Te refieres a la casa de la colina donde vivió Aubrey Crane? ¿La que Kernow heredó de su anciana tía?

—Exactamente. Me da miedo y está hecha un desastre.

—¿Por qué miedo? ¿Crees que tiene fantasmas?

—No sé, pero me da escalofríos.

—Si estuviera habitada por el fantasma de Aubrey Crane, te podrías divertir muchísimo. Mi madre lo conoció y decía que era un hombre estupendo. Además, le gustaban mucho los niños -añadió Eustace sin que viniera a cuento.

—Me importa un bledo la clase de hombre que fuera -replicó Virginia-. No pienso alquilar la casa.

—¿Y por qué no?

—Porque no.

—Dame tres buenas razones...

Virginia perdió la paciencia.

—Me tienes harta... -dijo, haciendo ademán de levantarse.

Pero Eustace, con una velocidad impropia de un hombre tan corpulento, la asió por la muñeca y la obligó a tenderse de nuevo sobre la hierba. Ella lo miró enfurecida y vio que sus ojos parecían tan fríos y duros como unos zafiros.

—Tres buenas razones -repitió Eustace.

Virginia contempló la mano que le rodeaba la muñeca y, al comprender que él no pensaba soltarla, contestó:

—No hay frigorífico.

—Te prestaré una fresquera. Razón número dos.

—Ya te lo he dicho. Tiene una atmósfera fantasmagórica. Los niños jamás han vivido en un lugar semejante. Se asustarían.

—No lo creo, a menos que sean tan cobardicas como su madre. Número tres.

Virginia buscó desesperadamente alguna razón indiscutible, algo que pudiera convencer a Eustace de que el terror que le inspiraba la casita de la colina estaba plenamente justificado. Pero sólo se le ocurrían endebles excusas a cual más ridícula.

—Es muy pequeña, está sucia, no hay sitio donde lavar la ropa de los niños y ni siquiera sé si hay plancha o una máquina para cortar el césped. Además, no tiene jardín, sólo un pequeño patio para tender la ropa y el mobiliario es muy deprimente y...

Eustace la interrumpió.

—Todo eso no son motivos suficientes, Virginia, y tú lo sabes. Son simplemente unas cochinas excusas.

—¿Cochinas excusas por qué?

—Para no tener que discutir con tu suegra, con la niñera o con las dos a la vez. Para no tener que armar un escándalo y llevar a tus hijos adonde tú quieres.

La furia hizo que se le formara un nudo en la garganta que le impedía hablar. Notó que la sangre afluía a sus mejillas y empezó a temblar. Eustace debió de darse cuenta pero, aun así, tuvo la audacia de decirle todas las cosas que ella se venía diciendo mentalmente desde hacía muchos años, pero a las cuales jamás había tenido el valor moral de prestar atención.

—Creo que tus hijos te importan un bledo. No quieres tomarte ninguna molestia por ellos. Siempre ha habido alguien que les lavaba y les planchaba la ropa y tú no tienes la menor intención de empezar ahora a dedicarte a esas cosas. Eres demasiado perezosa para llevártelos a merendar al campo y leerles cuentos en la cama. La culpa no es de Bosithick. Encontrarías defectos a cualquier otra casa que encontraras. Cualquier excusa es válida con tal de que no tengas que reconocer que no quieres tomarte la molestia de cuidar de tus propios hijos.

Antes de que Eustace terminara de pronunciar la última palabra, Virginia se levantó y consiguió librar su brazo de la presa de éste.

—¡Eso no es verdad! ¡No lo es en absoluto! ¡Yo los quiero! ¡Desde que vine aquí he estado deseando que vinieran...!

—Pues entonces no seas tonta y ve a por ellos...

Eustace también se había levantado y ambos se estaban hablando a gritos a

través del metro de hierba que los separaba como si un desierto se interpusiera entre ellos.

—Eso es lo que pienso hacer. Justo lo que pienso hacer.

—¡No lo creeré hasta que no lo vea!

Virginia dio media vuelta y echó a correr hacia su automóvil. Una vez dentro, recordó que había dejado el bolso encima de la mesa de la cocina. Con lágrimas en los ojos, volvió a bajar y entró corriendo en la casa para recogerlo antes de que Eustace la alcanzara de nuevo. Después regresó al coche, lo puso en marcha en los limitados confines del patio de la granja y subió a toda velocidad por el camino, levantando una nube de grava con las ruedas posteriores.

—¡Virginia!

Entre lágrimas, Virginia lo vio reflejado en el espejo retrovisor. Pisó con fuerza el acelerador y salió a la carretera sin molestarse en mirar si se acercaba algún otro vehículo. Por suerte, no se acercaba ninguno. No aminoró la velocidad hasta que llegó a Porthkerris, cruzó la ciudad hasta llegar al otro lado de la colina donde se detuvo en la señal de prohibición de aparcamiento que había delante de la puerta del despacho del abogado, dejando su automóvil allí mientras ella entraba a toda prisa en el edificio.

Esta vez no pulsó el timbre ni esperó a que saliera la señorita Leddra sino que cruzó como una exhalación el despacho exterior y abrió de par en par la puerta de la oficina particular del señor Williams, interrumpiendo bruscamente la reunión que el abogado estaba celebrando con una autoritaria anciana de Truro que deseaba modificar por séptima vez su testamento.

El señor Williams y la anciana la miraron boquiabiertos de asombro. Levantándose de un salto, el abogado exclamó:

—¡Señora Keile!

Pero, antes de que pudiera añadir algo más, Virginia arrojó las llaves de Bosithick sobre su escritorio y le dijo:

—Me la quedo. Me la quedo ahora mismo. ¡En cuanto vengán mis hijos, me instalaré en ella!



[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo 4

–Lo siento, Virginia -dijo Alice-, pero me parece que estás cometiendo un terrible error. Te diré más, es el clásico error que cometen muchas personas cuando se encuentran de repente solas en el mundo. Actúas impulsivamente, no lo has pensado bien...

–Lo he pensado perfectamente.

–Pero los niños están bien y son felices con su abuela y la niñera. La vida que llevan es una simple prolongación de la que llevaban en Kirkton. Tienen todas las cosas que conocen y eso les ayuda a sentirse seguros. Su padre ha muerto y para ellos nada volverá a ser como antes. Si tiene que haber algún cambio, procura por lo menos hacerlos despacio y poquito a poco; deja que Cara y Nicholas tengan tiempo de acostumbrarse.

–Son mis hijos.

–Pero tú nunca los has cuidado. Nunca han estado contigo, excepto las pocas veces que pudisteis convencer a la niñera de que se tomara unas vacaciones. Te agotarán y te digo sinceramente, Virginia, que en estos momentos no estás físicamente en condiciones de asumir esta responsabilidad. A fin de cuentas, por eso has venido aquí, para recuperarte de una gripe muy fuerte, disfrutar de un poco de paz y superar todo lo ocurrido. Necesitarás hacer acopio de todas tus fuerzas cuando regreses a Kirkton y tengas que acostumbrarte a vivir sin Anthony.

–No pienso ir a Kirkton sino a Bosithick. Ya he pagado el alquiler de la primera semana.

Alice empezó a perder la paciencia.

—¡Pero eso es ridículo! Mira, si tanto necesitas la presencia de los niños, puedes traerlos aquí pero, por el amor de Dios, deja que venga también la niñera.

La víspera puede que la idea le hubiera resultado tentadora. Pero ahora Virginia no quería tan siquiera pensar en ella.

—Ya he tomado la decisión.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no lo comentaste conmigo?

—No lo sé. Es algo que tenía que hacer yo sola.

—¿Y dónde está Bosithick?

—En la carretera de Lanyon... No se puede ver desde la carretera, pero es una que tiene una pequeña torre...

—¿Es la casa donde vivió Aubrey Crane? ¡Pero si es horrible, Virginia! Allí sólo hay páramos, viento y pedruscos. ¡Estarías totalmente aislada!

Virginia trató de tomárselo a broma.

—No tendrás más remedio que venir a verme. Para cerciorarte de que ni los niños ni yo nos estamos volviendo locos.

A Alice no le hizo gracia el comentario. Al ver su ceño fruncido y la mueca de reproche en su boca, Virginia se acordó de su madre y le pareció que Alice no era una amiga de su propia generación sino que había retrocedido en el tiempo y, desde aquellas encumbradas alturas, le estaba diciendo que era una tonta. Puede que, en el fondo, no fuera tan extraño. Alice conocía a Rowena Parsons desde antes de que ella naciera y el hecho de no haber tenido que bregar con la educación de unos hijos le había impedido desarrollar unas actitudes y opiniones más flexibles.

—No es que quiera meterme en lo que no me importa y tú lo sabes -dijo

Alice al final-. Pero te conozco de toda la vida y no puedo quedarme cruzada de brazos mientras tú cometes una locura.

—¿Acaso es una locura querer pasar las vacaciones con mis hijos?

—No se trata simplemente de eso, Virginia, lo sabes muy bien. Si se los quitas a lady Keile y a la niñera sin contar con su aprobación, cosa que dudo mucho consigas, se armará una trifulca espantosa.

Virginia se puso mala de sólo pensarlo.

—Sí, lo sé.

—La niñera se sentirá tremendamente ofendida y se querrá marchar.

—Lo sé...

—Y tu suegra hará todo lo posible por obstaculizar tus propósitos.

—Eso también lo sé.

Alice la miró como si fuera una desconocida y, de pronto, se encogió de hombros, esbozando una desesperanzada sonrisa.

—No entiendo por qué has tomado de repente esta decisión.

Virginia no le había hablado de su encuentro con Eustace Philips y no tenía la menor intención de hacerlo.

—Por nada. Por nada en particular.

—Será el aire del mar -dijo Alice-. Es curioso el efecto que ejerce en las personas. — Recogió un periódico que había caído al suelo y empezó a doblarlo cuidadosamente-. ¿Cuándo te vas a Londres?

—Mañana.

—¿Y lady Keile?

—La llamaré esta noche. Perdóname, Alice, y gracias por ser tan amable conmigo.

—No he sido amable. Más bien te he criticado y te he hecho reproches. Te veo muy joven y desvalida. Y me siento responsable de ti.

—Tengo veintisiete años. Y no estoy desvalida. Soy responsable de mis propios actos.

Se puso al teléfono la niñera.

—¿Diga?

—¿Tata?

—Sí.

—Soy la señora Keile.

—Ah, ¿qué tal? ¿Quiere hablar con lady Keile?

—¿Está ahí...?

—Un momento, voy a avisarla.

—Tata.

—¿Sí?

—¿Cómo están los niños?

—Ah, pues muy bien. Se divierten muchísimo. Los acabo de acostar -se

apresuró a añadir la niñera antes de que Virginia le dijera que deseaba hablar con ellos.

—¿Hace calor?

—Pues sí. Un tiempo estupendo. No se retire que enseguida aviso a lady Keile.

Se oyeron las pisadas de la niñera cruzando el vestíbulo y su voz, llamando en la distancia.

—¡Lady Keile!

Virginia esperó. «Si me gustara el alcohol, en estos momentos tendría una copa en la mano. Un enorme vaso de whisky de color oscuro.» Pero no le gustaba y se notaba una extraña opresión en el estómago.

Otras pisadas rápidas e inconfundibles.

—¿Virginia?

—Sí, soy yo.

La situación era un poco complicada porque Virginia nunca había sabido qué tratamiento darle a lady Keile.

«Lláname "madre"», le había dicho ella amablemente tras su boda con Anthony, pero le resultaba imposible hacerlo. Y llamarla «lady Keile» hubiera sido todavía peor. Virginia se las había arreglado, comunicándose con ella por medio de postales y telegramas y llamándola siempre de «usted».

—Cuánto me alegro de oírte, querida. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien...

–¿Qué tal el tiempo? Tengo entendido que estáis sufriendo una ola de calor.

–Sí, es algo increíble. Mire...

–¿Cómo está Alice?

–Ella también está bien...

–Los chiquillos se han pasado el día nadando... Los Turner tienen una piscina fabulosa en su jardín y han invitado a Cara y Nicholas a pasar la tarde con ellos. Lástima que ya estén en la cama. ¿Por qué no has llamado un poco más temprano?

–Es que tengo que hablar con usted.

–Ah, ¿sí?

Virginia asía el teléfono con tal fuerza que incluso le dolían los nudillos.

–Resulta que he encontrado una casita muy cerca de aquí, a dos pasos de la playa, y he pensado que sería buena idea que los niños vinieran a pasar el resto de las vacaciones conmigo. – Hizo una pausa, esperando algún comentario, pero no hubo ninguno-. Hace un tiempo precioso y me da pena disfrutarlo yo sola... y el aire del mar les sentaría muy bien antes de regresar a Escocia y empezar el colegio.

–¿Una casita? – dijo lady Keile-. Yo pensaba que te alojabas en casa de Alice Lingard.

–Hasta ahora, sí. Llamo desde Wheal House. Pero he alquilado una casita.

–No lo entiendo.

–Quiero que los niños bajen a pasar el resto de las vacaciones conmigo. Mañana vendré en tren a recogerlos.

–Pero ¿qué clase de casita es ésta?

–Una casita corriente de veraneo...

–Bueno, si eso es lo que tú quieres... -Virginia lanzó un suspiro de alivio. – Pero será muy duro para la tata. No tiene muchas ocasiones de estar en Londres y ver a sus amigos.

El alivio se esfumó y Virginia volvió al ataque.

–No hace falta que venga la tata. Lady Keile pareció desconcertarse.

–Perdón, no se oye muy bien. Me ha parecido oírte decir que no es necesario que vaya la tata.

–No hace falta. Yo misma puedo cuidar de los niños. Y además, no hay dormitorio para ella. Y tampoco hay cuarto de los niños... Es un lugar tremendamente aislado y no le gustaría.

–¿Quieres decir que pretendes arrebatarse los niños a la tata?

–Sí.

–Se va a llevar un disgusto enorme.

–Me temo que sí, pero...

–Virginia... -dijo lady Keile en tono apenado-. Virginia, no podemos hablar de esto por teléfono.

Virginia se imaginó a la niñera, escuchando una parte de la conversación desde el rellano del piso de arriba.

–No es necesario. Iré a Londres mañana. Estaré ahí sobre las cinco y entonces podremos hablar.

–Creo que es lo mejor -dijo lady Keile, colgando el aparato.

A la mañana siguiente, Virginia se dirigió en su automóvil a Penzance, lo dejó en el aparcamiento de la estación y tomó el tren de Londres. Era un día caluroso y sin nubes y no había tenido tiempo de hacer la reserva. A pesar de la generosa propina que le ofreció a un mozo, éste sólo consiguió encontrarle un incómodo rincón en un vagón completamente lleno. Sus compañeros de viaje regresaban a casa una vez finalizadas sus vacaciones anuales y parecían molestos y malhumorados ante el hecho de tener que volver al trabajo y abandonar las playas en un día tan precioso como aquél.

En su compartimiento había una familia formada por un padre, una madre y dos niños. El pequeño dormía en brazos de su madre pero, en cuanto el sol empezó a calentar desde el cielo despejado, el mayor se puso insoportable. Mientras el tren proseguía su camino hacia el norte bajo el sofocante calor de la canícula, el niño no paraba de gritar, no había manera de que se estuviera quieto y pisaba los pies de Virginia con sus sucias sandalias cada vez que quería mirar por la ventanilla. En un determinado momento, el padre le compró una naranjada para que se entretuviera, pero, nada más abrir la botella, el tren experimentó una sacudida y todo el contenido se derramó sobre la pechera del vestido de Virginia.

La madre propinó al niño un sonoro bofetón y el niño se puso a berrear. Los gritos despertaron al más pequeño cuyo llanto se unió al de su hermano.

–Mira lo que has hecho -le dijo el padre al niño, soltándole un tortazo mientras Virginia trataba de secarse con unos pañuelos de papel y decía que no importaba, que había sido sin querer y no tenía la menor importancia.

Al cabo de un buen rato, los gritos del niño se transformaron en sollozos sincopados. La madre sacó un biberón y se lo dio al pequeño. Este chupó un ratito, pero poco después empezó a dar muestras de malestar y vomitó.

Virginia encendió un cigarrillo y miró por la ventanilla, rezando en silencio: «Dios mío, que Cara y Nicholas nunca sean así. No permitas que se

comporten de esta manera durante un viaje en tren. De lo contrario, me volvería loca.»

La atmósfera de Londres era sofocante y en la gran caverna de la estación de Paddington reinaba un barullo espantoso de gente que corría de acá para allá. Virginia bajó con su maleta y su sucio, manchado y pegajoso vestido y recorrió todo el andén hasta llegar a la taquilla de reservas donde, como un agente secreto que estuviera preparando su ruta de huida, compró los billetes y reservó tres asientos en el Riviera de la mañana siguiente. Sólo entonces se dirigió a la parada de taxis, esperó su turno en la larga cola y consiguió finalmente tomar un taxi para dirigirse a casa.

—Melton Gardens treinta y dos, por favor. Kensington.

—Muy bien.

Bajaron por Sussex Gardens y cruzaron el parque. La pardusca hierba estaba casi enteramente ocupada por familias que merendaban, niños semidesnudos y parejas abrazadas bajo la sombra de los árboles. En Brompton Road había flores en las ventanas y los escaparates de las tiendas estaban llenos de prendas «para las vacaciones» mientras las primeras oleadas de ciudadanos de la hora punta bajaban en una ininterrumpida corriente humana hacia la boca de metro de Knightsbridge.

El taxi se adentró en la red de tranquilas plazas que había detrás de Kensington High Street, bajó por toda una serie de estrechas calles llenas de automóviles aparcados y dobló finalmente la esquina de Melton Gardens.

—Es la casa que hay al lado del buzón.

El taxi se detuvo. Virginia bajó, dejó la maleta en la acera y abrió el bolso para pagar.

—Muchas gracias -dijo el taxista, subiendo la bandera mientras ella cogía la maleta y se volvía hacia la casa.

Justo en aquel momento, se abrió la puerta pintada de negro y apareció su suegra. Alta, delgada y extraordinariamente guapa. A pesar del calor que hacía, su aspecto era impecable, sin una sola arruga en el vestido de lino ni un solo cabello fuera de su sitio.

Virginia subió los peldaños de la entrada.

—¿Cómo ha sabido que era yo? — preguntó.

—Estaba mirando por la ventana del salón y he visto el taxi.

Lady Keile sonreía amistosamente, pero su expresión era de una dureza tan implacable como la de la directora de un hospital psiquiátrico en el momento de recibir a un nuevo paciente. Ambas se besaron, rozándose las mejillas.

—¿Has tenido un viaje muy malo? — preguntó lady Keile, cerrando la puerta.

El fresco vestíbulo decorado en tonos pálidos olía a cera de abejas y rosas. Al fondo, unos peldaños bajaban a una puerta vidriera, más allá de la cual se podía ver el jardín, el castaño y el columpio de los niños.

—Sí, ha sido horrible. Me siento sucia y pringosa porque un niño insoportable me ha derramado toda una botella de naranjada encima -En la casa reinaba un profundo silencio-. ¿Dónde están los niños?

Lady Keile encabezó la marcha hacia el salón del piso de arriba.

—Han salido con la tata. He pensado que sería lo mejor. No tardarán más de media hora, pero tendremos tiempo de resolver tranquilamente toda esta cuestión.

Virginia la siguió sin decir nada. Lady Keile llegó al piso de arriba, cruzó el pequeño rellano y se dirigió al salón. A pesar de la inquietud que la embargaba, Virginia no pudo por menos que admirar la belleza de la estancia, las perfectas proporciones de las altas ventanas que daban a la

calle y que aquel día estaban abiertas de par en par y la delicadeza de las cortinas de encaje levemente agitadas por la brisa. Unos grandes espejos inundaban la estancia de luz, reflejando las imágenes de los relucientes muebles antiguos, las altas vitrinas llenas de bandejas azules y blancas de porcelana de Meissen y los jarrones de flores de los cuales lady Keile gustaba siempre de rodearse.

Ambas mujeres se miraron de pie en la pálida alfombra que cubría el suelo.

—Será mejor que nos pongamos cómodas -dijo lady Keile, sentándose más erguida que una estaca en un sillón orejero francés.

Virginia tomó asiento en el borde de un sofá y procuró no sentirse como una criada entrevistada por una señora para un posible trabajo.

—En realidad, no hay ninguna cuestión que resolver -dijo.

—Anoche pensé que no te había oído bien por teléfono.

—Sí, me oyó bien. Hace un par de días decidí llevarme a los niños conmigo. Me pareció ridículo que yo estuviera en Cornualles y ellos en Londres, precisamente en época de vacaciones. Fui a ver a un agente y encontré una casita. Ya he pagado el alquiler y tengo las llaves. Podemos instalarnos inmediatamente.

—¿Lo sabe Alice Lingard?

—Por supuesto que sí. Se ofreció a acoger a los niños en Wheal House, pero yo ya tenía la casita apalabrada y no podía echarme atrás.

—Pero Virginia, ¿no me irás a decir que te los quieres llevar sin la tata?

—Pues sí.

—Tú nunca te las has sabido arreglar sola.

–Tendré que probarlo.

–Lo que quieres es estar sola con los niños.

–Sí.

–¿No crees que eso es ser un poco... egoísta?

–¿Egoísta?

–Sí, egoísta. No piensas en el bienestar de los niños sino en el tuyo.

–Puede que sí, pero también pienso en ellos.

–No lo creo, si pretendes arrebatárselos a la tata.

–¿Habló usted con ella?

–Tuve que hacerlo, claro. Tuve que explicarle lo que pensabas hacer, pero confiaba en que recapacitaras y cambiaras de idea.

–¿Qué dijo la tata?

–Apenas nada, pero comprendí que estaba muy disgustada.

–No me cabe duda de que sí.

–Tienes que pensar en la tata, Virginia. Los niños son toda su vida. Debes tener en cuenta sus sentimientos.

–La verdad es que no comprendo qué tiene ella que ver con esto.

–Pues claro que tiene que ver. Tiene que ver con todo lo que hacemos. Forma parte de la familia desde hace muchos años, desde que Anthony era pequeño... y ha cuidado de tus hijos con un celo extraordinario, se ha entregado en cuerpo y alma a ellos. Y tú dices que no tiene nada que ver.

—No fue mi tata -dijo Virginia-. A mí no me cuidó cuando era pequeña. No puede exigirme que yo sienta por ella lo mismo que usted.

—¿Quieres decir que no te sientes ligada a ella por ningún sentimiento de lealtad? ¿Después de haberle permitido educar a tus hijos? ¿Tras haber vivido prácticamente con ella ocho años en Kirkton? Confieso que me has engañado, pues yo siempre pensé que reinaba una atmósfera muy cordial entre vosotras.

—Gracias a mí. Porque yo cedía en todo ante la tata para que hubiera paz. Porque, si ella no se salía con la suya, el enfado le duraba varios días y yo no lo podía aguantar.

—Siempre pensé que tú eras la señora de tu casa.

—Pues estaba usted equivocada. Aunque me hubiera armado de valor y me hubiera peleado con la tata pidiéndole que se fuera, Anthony no hubiera ni querido oír hablar del asunto. La tata para él era sagrada.

Al oír mencionar el nombre de su hijo, lady Keile palideció levemente, echó los hombros hacia atrás y cruzó fuertemente las manos sobre su regazo.

—Y, como es natural, eso ahora ya no hay que tenerlo en cuenta -dijo fríamente.

Virginia se arrepintió inmediatamente de sus palabras.

—No quería decir eso. Usted sabe que no. Pero ahora estoy sola y los niños son lo único que tengo. Puede que sea una egoísta, pero los necesito. Necesito tenerlos a mi lado. Los echo mucho de menos.

De la calle llegó el rumor de un automóvil, un hombre empezó a discutir y una mujer le contestó enfurecida, levantando la voz en tono de hastío. Como si no pudiera soportar aquel alboroto, lady Keile se puso de pie y se acercó a la ventana para cerrarla.

–Yo también los echaré mucho de menos -dijo.

«Si alguna vez hubiéramos estado unidas -pensó Virginia-, ahora me podría levantar y abrazarla para ofrecerle el consuelo que necesita.» Pero no era posible. Siempre había existido afecto y respeto entre ellas, pero nunca amor ni confianza.

–Sí, no me cabe la menor duda. Ha sido usted maravillosamente buena con ellos y conmigo. Y lo siento mucho.

Su suegra se apartó de la ventana y consiguió controlar sus emociones y dominar de nuevo la situación.

–Me parece que no sería mala idea tomarnos una taza de té -dijo, alargando la mano hacia la campanita que colgaba al lado de la chimenea.

Los niños regresaron a las cinco y media, la puerta principal de la casa se abrió y cerró y se oyeron sus voces procedentes del vestíbulo. Virginia dejó la taza de té y permaneció sentada sin decir nada. Lady Keile esperó hasta que sus pisadas pasaron el rellano que había delante de la puerta del salón y empezaron a subir por la escalera que conducía al cuarto infantil. Entonces se levantó, cruzó el salón y abrió la puerta.

–Cara, Nicholas.

–Hola, abuela.

–Aquí hay alguien que quiere veros.

–¿Quién?

–Una sorpresa deliciosa. Venid a ver.

Más tarde, después del baño y de la cena de los niños, Virginia, que también

se había tomado un baño y se había puesto un fresco vestido de seda antes de que sonara el gong de la cena, subió al cuarto infantil para ver a la tata.

La encontró sola, guardando los cubiertos de los niños y arreglando la habitación antes de disponerse a disfrutar de su sesión televisiva nocturna.

La habitación estaba perfectamente ordenada, pero la tata no respiraba tranquilamente hasta ver todos los cojines ahuecados y bien colocados en el sofá, todos los juguetes guardados, y si no había retirado la ropa sucia de los niños y preparado las prendas limpias para la mañana siguiente. Ella siempre había sido igual. Disfrutaba con el orden de su rígida rutina cotidiana. Era una pulcra y delgada mujer de sesenta y tantos años cuyo oscuro cabello siempre recogido hacia atrás en un moño no mostraba ni una sola cana. Una mujer sin edad, de esas que nunca cambian hasta que, de pronto, se hacen viejas y se mueren.

Al entrar Virginia en la estancia, levantó la vista, pero inmediatamente la apartó.

—Hola, tata.

—Buenas tardes -contestó fríamente.

Virginia cerró la puerta y se sentó en el brazo del sofá. Con la tata sólo se podía hablar yendo directamente al grano.

—Lo siento muchísimo, tata.

—No sé a qué se refiere.

—Me refiero a que me voy a llevar a los niños. Nos vamos a Cornualles mañana por la mañana. Ya tengo reservados los billetes de tren. — La tata dobló con cuidado el mantel a cuadros, procurando que las esquinas coincidieran perfectamente-. Lady Keile me ha dicho que hablaría con usted.

—Sí, me habló de un plan muy descabellado... pero era tan increíble que pensé que los oídos me estaban gastando una broma.

—¿Está enfadada porque me los llevo o porque usted no irá con nosotros?

—Pero ¿qué dice usted? Aquí nadie está enfadado, que yo sepa...

—Entonces ¿le parece una buena idea?

—No, eso no. Pero, por lo visto, lo que pienso ya no cuenta para nada.

La tata abrió un cajón de la mesa, guardó el mantel y volvió a cerrar el cajón de golpe, traicionando con ello una cólera a duras penas contenida. Sin embargo, su rostro mostraba una expresión impasible y su boca no estaba torcida en la más mínima mueca.

—Sabe muy bien que lo que piensa usted cuenta muchísimo. Se ha desvivido por los niños, y no crea que no se lo agradezco. Pero ahora ya han crecido.

—¿Y eso qué significa, si me permite la pregunta?

—Pues que ahora ya puedo cuidar yo misma de ellos.

La tata se apartó de la mesa y, por primera vez, sus ojos se clavaron en los de Virginia. Mientras la miraba, ésta observó que un rubor de indignación le iba subiendo lentamente desde el cuello hacia el rostro hasta llegar al nacimiento del cabello.

—¿Me está despidiendo? — preguntó la tata.

—No, no era ésa mi intención. Pero, ya que lo dice, puede que fuera lo mejor. Para usted y para todos. Quizá fuera lo mejor para usted.

—¿Y por qué tendría que ser mejor para mí? Toda mi vida la he entregado a esta familia, cuidé de Anthony desde el principio y no había ninguna razón para que subiera a cuidar de sus hijos, yo no quería ir a Escocia y

marcharme de Londres, pero lady Keile me lo pidió y, como era para la familia, hice un sacrificio y así me lo agradecen ahora...

—Tata... -dijo Virginia, interrumpiéndola cuando ésta hizo una pausa para recuperar el resuello-, sería mejor para usted por eso. Justamente por este motivo. ¿No le parece que lo más conveniente es buscarse otro niño al que cuidar en una nueva familia? Usted siempre ha dicho que un cuarto de los niños no es un cuarto de los niños si no hay algún niño pequeño, y ahora Nicholas ya tiene seis años...

—Nunca pensé que viviera para verlo...

—Y si no quiere hacer eso, ¿por qué no habla con lady Keile? Podría llegar a un acuerdo con ella. Se llevan ustedes muy bien y a usted le gusta vivir en Londres porque aquí están todos sus amigos...

—No necesito que me den ningún consejo, gracias... He entregado los mejores años de mi vida..., he criado a sus hijos... Nunca esperé que me lo agradecieran... pero eso no hubiera ocurrido si el pobre Anthony... si Anthony viviera...

Virginia escuchó en silencio la perorata, permitiendo que la mujer se desahogara. Era lo menos que podía hacer. Ya todo había terminado y ella era libre. Lo demás no importaba. Esperar cortésmente a que la tata terminara de hablar no era más que una muestra de respeto, un gesto de magnanimidad del vencedor para con el vencido al término de una encarnizada, pero honrosa, batalla.

Después fue a darles las buenas noches a los niños. Nicholas ya dormía, pero Cara aún estaba profundamente enfrascada en su libro de cuentos. Cuando su madre entro en la habitación, la niña levantó lentamente los ojos de la página ilustrada. Virginia se acercó y se sentó en el borde de su cama.

—¿Qué estás leyendo ahora?

Cara se lo enseñó.

—Es *Los buscadores de tesoros*.

—Ah, ya lo recuerdo. ¿Dónde lo has encontrado?

—En la estantería del cuarto infantil.

La niña señaló cuidadosamente la página del libro con un marcador que ella misma había hecho en punto de cruz y lo dejó encima de la mesita de noche.

—¿Has hablado con la tata?

—Sí.

—Ha estado muy rara todo el día.

—¿De veras?

—¿Pasa algo?

Parecía increíble que una niña de tan sólo ocho años pudiera ser tan sensible e intuitiva. Sobre todo, teniendo en cuenta que era tímida y no demasiado bonita y, encima, llevaba unas gafas redondas de montura de acero que le conferían el aspecto de una pequeña lechuza.

—No, no pasa nada. Simplemente algo nuevo y distinto.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que mañana regreso en tren a Cornualles y os voy a llevar a ti y a Nicholas conmigo. ¿Te gustará?

—¿Quieres decir... -el rostro de Cara se iluminó de repente- que iremos a casa de tita Alice?

—No, iremos a una casa para nosotros solos. Una casa muy bonita que se llama Bosithick. Y tendremos que encargarnos nosotros mismos de las tareas de la casa y de cocinar...

—¿La tata no irá con nosotros?

—No. La tata se quedará aquí.

Se produjo una prolongada pausa. Al final Virginia preguntó:

—¿Es que... te importa?

—No, pero supongo que a ella sí. Por eso se ha comportado de esta manera tan rara todo el día.

—No será fácil para la tata. Tú y Nicholas habéis sido sus niños desde que nacisteis. Pero yo creo que ahora la tata ya se os está quedando chica, igual que los abrigos y los vestidos... Sois lo bastante mayores como para cuidaros solos.

—¿Quieres decir que la tata ya no vivirá con nosotros?

—No, ya no.

—¿Y dónde vivirá?

—A lo mejor se busca otro niño al que cuidar. O puede que se quede aquí con la abuelita.

—A ella le gusta mucho Londres -dijo Cara-. Me lo ha dicho ella misma. Le gusta mucho más que Escocia.

—¡Pues ya está!

Cara reflexionó un instante y después preguntó:

–¿Cuándo nos vamos a Cornualles?

–Ya te lo he dicho. Mañana en tren.

–¿Y a qué hora nos iremos?

Era una niña muy aficionada a concretarlo todo.

–Pasadas las nueve más o menos. Tomaremos un taxi para ir a la estación.

–¿Y cuándo volveremos a Kirkton?

–Supongo que cuando terminen las vacaciones. Cuando empiecen las clases.

Cara guardó silencio y Virginia no pudo adivinar en qué estaría pensando.

–Bueno, ya es hora de dormir... Mañana tenemos un largo día por delante - dijo Virginia, inclinándose hacia adelante para quitarle cuidadosamente las gafas a su hija y darle un beso de buenas noches.

Mientras se encaminaba hacia la puerta, la niña le dijo:

–Mamá.

–¿Sí? – contestó Virginia, volviéndose.

–Has venido.

Virginia frunció el ceño sin comprender lo que quería decir.

–Has venido -dijo Cara-. Yo te pedí que me escribieras, pero has venido.

Virginia recordó la carta de Cara, el catalizador que había puesto en marcha todo el proceso.

–Sí -dijo sonriendo-, he venido. Pensé que sería mejor.

Después abandonó la estancia y bajó al comedor para soportar el suplicio de una silenciosa cena en compañía de lady Keile.



[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo 5

Virginia se despertó con una insólita sensación de triunfo. Se sentía fuerte y decidida, cosas ambas tan desusadas en ella que bien merecía la pena permanecer un rato acostada para saborearlas tranquilamente. Tendida en la mullida cama de la habitación de invitados de lady Keile entre finas mantas de lana y sábanas de lino con adornos de vainica en las vueltas, contempló los primeros rayos solares de un precioso día de verano que se filtraban en largos haces dorados a través de las frondosas ramas del castaño. Las dificultades ya habían quedado atrás, los temidos obstáculos se habían superado y, en cuestión de un par de horas, ella y los niños ya estarían en camino. Pensó que, después de lo ocurrido la víspera, jamás volvería a tener miedo de nada pues no había ningún problema que no tuviera solución, por enrevesado que fuera. Dejó volar cautelosamente la imaginación hacia las semanas en cuyo transcurso tendría que cuidar ella sola de Cara y Nicholas en medio de las incomodidades e inconvenientes de la casita que tan temerariamente había alquilado y, a pesar de las poco halagüeñas perspectivas, su buen humor no sufrió el menor menoscabo. Había doblado una esquina y, a partir de aquel momento, todo sería distinto.

Eran las siete y media. Se levantó, alegrándose de que hiciera buen tiempo y de poder disfrutar del canto de los pájaros sobre el lejano trasfondo del rumor de los coches. Se bañó y se vistió, recogió sus cosas, deshizo la cama y bajó.

La tata y los niños siempre desayunaban en el cuarto infantil y lady Keile lo hacía en una bandeja que le servían en la cama, pero en aquella casa reinaba un orden perfecto, por lo que Virginia descubrió que en el calentador portátil del comedor había café para ella y que le habían preparado el desayuno en la cabecera de la reluciente mesa.

Se bebió dos tazas de humeante café y tomó una tostada con mermelada de

naranja. Después recogió la llave que había en la mesa del vestíbulo y salió por la puerta principal a las tranquilas calles, bajando a la pequeña tienda de comestibles de la que lady Keile era cliente. Allí adquirió provisiones suficientes para sus primeros días en Bosithick: pan, mantequilla, jamón ahumado, huevos, café, cacao en polvo, cacahuets tostados (que a Nicholas le encantaban, pero de los que la tata no era partidaria), sopa de tomate y galletas de chocolate. La leche y las verduras las comprarían allí cuando llegaran y la carne y el pescado también. Lo pagó todo, el tendero se lo colocó en una caja de cartón y, sosteniendo la pesada carga con ambos brazos, regresó a Melton Gardens. Los niños y lady Keile se encontraban en la planta baja, pero a la tata no se la veía por ninguna parte. Sin embargo, las pequeñas maletas estaban perfectamente alineadas en el vestíbulo y Virginia depositó a su lado la caja con los comestibles.

—¡Hola, mami!

—Hola -contestó Virginia, besándolos a los dos.

Los niños estaban cuidadosamente vestidos y preparados para el viaje, Cara con un modelito de algodón azul y Nicholas con pantalón corto y una camisa a rayas y el cabello oscuro pulcramente alisado con el peine.

—¿Dónde estabas? — le preguntó el niño.

—He ido a comprar comida. Probablemente no tendremos tiempo de ir a comprar cuando lleguemos a Penzance; sería terrible que no tuviéramos nada para comer.

—Yo no sabía nada hasta esta mañana cuando Cara me lo ha dicho. No sabía hasta que me he despertado que íbamos a viajar en tren.

—Lo siento. Es que anoche estabas durmiendo cuando entré para decíroslo y no quise molestarte.

—Hubieras debido despertarme. No me he enterado hasta la hora del desayuno -dijo el niño, resentido.

Virginia sonrió y miró a su suegra. Lady Keile estaba un poco pálida, pero tan impecablemente vestida y tan dueña de la situación como siempre. Virginia se preguntó si habría conseguido pegar ojo durante la noche.

–Tendrías que pedir un taxi por teléfono -le aconsejó lady Keile-. De lo contrario, podrías perder el tren. Más vale llegar antes que después. Hay un número junto al teléfono.

Virginia se dirigió hacia el pasillo, preguntándose cómo no se le habría ocurrido. El reloj del vestíbulo dio las nueve y cuarto. El taxi llegó a los diez minutos y ellos ya estaban preparados.

–¡Pero tenemos que despedirnos de la tata! – exclamó Cara.

–Sí, claro -dijo Virginia-. ¿Dónde está la tata?

–En nuestro cuarto -contestó Cara haciendo ademán de dirigirse hacia la escalera.

–No -dijo Virginia.

Cara se volvió y miró a su madre, sorprendida por su insólito tono de voz.

–Tenemos que despedirnos.

–Por supuesto que sí. La tata bajará a despediros. Yo subiré primero y le diré que ya nos vamos. Tú recógelo todo.

Virginia encontró a la tata resueltamente entregada a una tarea absolutamente innecesaria.

–Tata, ya nos vamos.

–Ah, sí.

—Los niños quieren despedirse de usted.

Silencio.

La víspera Virginia se había compadecido de ella y había comprendido en cierto modo sus razones. Pero ahora sentía deseos de agarrarla por los hombros y sacudirla hasta que se le cayera la estúpida cabeza al suelo.

—Tata, esto es ridículo. No puede dejar que todo termine de esta manera. Baje y despídase de ellos.

Era la primera orden directa que daba a la tata. La primera, pensó, y la última. Al igual que Cara, la tata estaba visiblemente conmovida. Por un momento se quedó donde estaba, tratando de inventarse algún pretexto. Virginia la miró fijamente a los ojos y ella trató de sostener su mirada, pero no pudo y tuvo que apartar los ojos. Era el triunfo final.

—Muy bien, señora -dijo la tata, siguiendo a Virginia hasta el vestíbulo donde los niños corrieron hacia ella y la besaron y abrazaron como si fuera la única persona del mundo a quien quisieran. Tras aquella efusiva demostración de afecto, bajaron corriendo los peldaños, cruzaron la acera y subieron al taxi.

—Adiós -le dijo Virginia a su suegra. Ya no le quedaba nada más que decir. Ambas besaron una vez más el aire, rozándose las mejillas-. Adiós, tata.

Pero la tata ya había dado media vuelta para regresar al cuarto de los niños, buscando en su bolsillo un pañuelo para sonarse la nariz. Sólo se podían ver sus piernas subiendo al piso de arriba. Cuando llegó al rellano, desapareció por completo de la vista.

Virginia no hubiera tenido que preocuparse por el comportamiento de los niños en el tren. La novedad del viaje no los excitó sino que más bien los impresionó. No habían ido muy a menudo de vacaciones y jamás habían estado en la costa. Cuando viajaban a Londres para ir a casa de su abuela, lo hacían en el tren nocturno con el pijama ya puesto y se pasaban todo el

viaje durmiendo.

Ahora contemplaban la campiña a través de la ventanilla como si jamás hubieran visto granjas, vacas y ciudades. Al cabo de un rato, cuando pasó la emoción de los primeros momentos, Nicholas abrió el paquete del regalo que Virginia le había comprado en Paddington y esbozó una sonrisa de satisfacción al ver el pequeño tractor de color rojo.

—Es como el de Kirkton. El señor McGregor tenía un Massey Fergusson igualito que éste.

Hizo girar las ruedas y su garganta emitió ruidos de tractor, mientras empujaba el juguete arriba y abajo sobre la áspera tapicería de los Ferrocarriles Británicos.

En cambio, Cara ni siquiera abrió su libro de cuentos. Lo mantuvo cerrado sobre las rodillas y se pasó el rato mirando por la ventanilla con la combada frente pegada al cristal sin que sus ojos se perdieran el menor detalle tras los cristales de las gafas.

Cuando a las doce y media se fueron a almorzar, el avance por el pasillo y el paso por el enlace articulado entre los vagones constituyó una nueva y emocionante aventura para los niños. El vagón-restaurante les encantó con sus mesas y lamparitas, el amable camarero y el hecho de que éste les entregara sendos menús como si fueran adultos.

—¿Qué tomará la señora? — preguntó el camarero.

Cara soltó una risita y se puso colorada al ver que éste se dirigía a ella. Tuvieron que ayudarla a pedir sopa de tomate y pescado frito y a resolver el peliagudo dilema entre si tomar un helado de color blanco o de color rosa.

Contemplando los rostros de sus hijos, Virginia pensó: «Lo que es nuevo y emocionante para ellos, lo es también para mí. Los acontecimientos más vulgares y corrientes me parecerán especiales porque los veré a través de los ojos de Cara. Y, cuando Nicholas me haga alguna pregunta a la que yo

no sepa responder, tendré que informarme y, de esta manera, me convertiré en una experta y brillante conversadora.»

La idea le hizo gracia. De pronto, soltó una risita y Cara la miró riendo a su vez sin saber de qué iba el chiste, pero alegrándose de poderlo compartir con su madre.

—¿Cuándo fue la primera vez que tomaste este tren para ir a Cornualles? —preguntó Cara.

—Hace diez años, cuando tenía diecisiete.

—¿Nunca estuviste allí cuando eras una niña de mi edad?

—Pues no. Solía ir a casa de una tía mía de Sussex.

Por la tarde se apearon los demás pasajeros del compartimiento y se quedaron ellos tres solos. Nicholas, entusiasmado con la aventura del pasillo, decidió quedarse fuera, separando las piernas para adaptar el leve peso de su cuerpo al traqueteo del tren.

—Cuéntamelo.

—¿Qué quieres que te cuente? ¿Lo de Sussex?

—No. Lo de Cornualles.

—Bueno, mi madre y yo nos fuimos allí y nos alojamos en casa de Alice y Tom Lingard. Yo acababa de terminar mis estudios, Alice nos invitó y mi padre pensó que podrían ser unas vacaciones muy agradables.

—¿Fue en verano?

—No, por Pascua. Era primavera. Todo estaba lleno de narcisos en flor y las primulas crecían junto a los bordes de las vías del tren.

—¿Hacía calor?

—No mucho. Aunque el tiempo era muy soleado y mucho más templado que en Escocia. Pero es que en Escocia nunca tenemos una auténtica primavera, ¿verdad? Un día estamos en invierno y, al siguiente, brotan hojas en las ramas de los árboles y ya estamos en verano. Eso es lo que a mí me parece, por lo menos. En cambio, la primavera en Cornualles es una estación muy larga... por eso crecen unas flores tan bonitas y las pueden enviar al Covent Garden para que la gente las compre.

—¿Y te bañaste en el mar?

—No. El agua hubiera estado helada.

—¿Y en la piscina de tita Alice tampoco?

—Por aquel entonces tita Alice no tenía piscina.

—¿Y nosotros podremos bañarnos en la piscina de tita Alice?

—Pues claro.

—¿Y nos bañaremos en el mar?

—Por supuesto que sí. Nos buscaremos una playa bonita y nadaremos allí.

—Es que yo... no sé nadar muy bien.

—Es más fácil en el mar que en una piscina porque la sal te ayuda a flotar.

—¿Pero las olas no te salpican en la cara?

—Un poquito, sí, pero ahí está la gracia.

Cara reflexionó en silencio. No le gustaba mojarse el rostro. Sin gafas lo veía todo borroso y no podía nadar con las gafas puestas.

—¿Y qué más hacías?

—Pues paseábamos en coche e íbamos de compras. Cuando hacía buen tiempo, nos sentábamos a tomar el fresco en el jardín y Alice invitaba a sus amigos a tomar el té o a cenar. A veces yo salía a dar largos paseos porque allí hay lugares preciosos. Subiendo por la colina de detrás de la casa o bajando a Porthkerris. Todas las calles son empinadas y estrechas, tan estrechas que a veces a duras penas pasa un coche. Hay muchos gatitos callejeros y el puerto está lleno de embarcaciones de pesca y de viejos que toman el sol. Cuando subía la marea, las barcas quedaban varadas sobre la arena dorada.

—¿Y no se volcaban?

—No creo.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea -contestó Virginia.

Hubo un día muy especial en que soplaba el viento y brillaba el sol. Aquel día había pleamar y Virginia recordaba la brisa salada y el olor del alquitrán y de la pintura fresca.

Dentro del refugio del puerto, el agua se agitaba suavemente y era tan transparente como el cristal. Pero más allá, el oscuro océano estaba encrespado y cubierto de blancas cabrillas y, al otro lado de la bahía, las olas rompían furiosamente contra las rocas a los pies del faro, enviando las blancas salpicaduras de espuma casi tan alto como el propio faro.

Había transcurrido una semana desde la noche de la barbacoa en Lanyon y, por una vez, Virginia había salido a dar una vuelta sola. Alice se había ido en su coche a Penzance para asistir a la reunión de un comité del que formaba parte, Tom Lingard estaba en Plymouth, la cocinera señora Jilkes

tenía la tarde libre y se había puesto un estrafalario sombrero para ir a visitar a la mujer de su primo y la señora Parsons había acudido a su cita semanal con el peluquero.

—Tendrás que divertirte tú sola -le dijo ésta a Virginia a la hora del almuerzo.

—No importa.

—¿Qué vas a hacer?

—No sé. Algo se me ocurrirá.

En la casa vacía, con toda una tarde libre por delante, Virginia estudió una variada serie de posibilidades. Hubiera sido una pena desperdiciar un día tan precioso. Salió, bajó por la angosta callejuela hasta las rocas y echó a andar por el sendero que descendía hacia la blanca playa. En verano, ésta se llenaba de casetas de vistosos colores, tenderetes de helados y ruidosos veraneantes con sus balones y sus sombrillas, pero en abril los visitantes aún no habían llegado y la limpia arena sólo era barrida por las tormentas invernales, por lo que sus pisadas dejaron unas nítidas huellas semejantes a unas puntadas. Al fondo, una callejuela subía hacia la colina y Virginia no tardó en perderse en un laberinto de angostas calles que serpenteaban entre viejas casas encaladas. Finalmente llegó a unos peldaños de piedra y a unas insospechadas callejuelas. Las siguió y, de pronto, dobló una esquina y descubrió que había llegado al puerto. Bajo los deslumbrantes rayos del sol, vio las barcas pintadas de vivos colores y el verde pavo real de las aguas del mar. Las gaviotas emitían estridentes gritos y sobrevolaban la playa desplegando sus grandes alas como blancas velas recortándose contra el azul del cielo y por todas partes reinaba el ajetreo propio de las habituales tareas de limpieza que se solían llevar a cabo en primavera. La gente encalaba las fachadas de las tiendas, limpiaba las ventanas, enrollaba cabos, fregaba cubiertas y remendaba redes.

En el muelle, un optimista vendedor de helados había montado su blanco tenderete en el que, con letras primorosamente escritas, anunciaba: «Fred

Hoskings, Helados de Cornualles de Elaboración Artesana.» Virginia experimentó un súbito deseo de tomarse uno y lamentó no llevar dinero encima. Sentarse al sol saboreando un helado en un día tan bonito como aquél se le antojó de repente el colmo del lujo. Cuanto más pensaba en ello, más le apetecía. Rebuscó en todos los bolsillos con la esperanza de encontrar alguna moneda, pero no encontró nada. Ni siquiera un miserable medio penique.

Se sentó en un noray y contempló con desconsuelo la cubierta de una embarcación de pesca en la que un joven vestido con un delantal manchado de sal marina preparaba té en un infiernillo. Mientras trataba de no pensar en el helado, oyó una voz a su espalda.

—Hola.

Apartándose el largo cabello del rostro, Virginia volvió la cabeza y lo vio de pie con un paquete bajo el brazo, luciendo un polo azul que le confería todo el aspecto de un marinero.

—Hola -contestó, levantándose.

—Me ha parecido que eras tú -dijo Eustace Philips-, pero no estaba seguro. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Nada. He salido a dar un paseo y estoy mirando las barcas.

—Hace un día precioso.

—Sí.

Los ojos azules de Eustace la miraron con expresión divertida.

—¿Dónde está Alice Lingard?

—Se ha ido a Penzance... Forma parte de un comité y...

—¿Y tú te has quedado sola?

—Sí.

Con sus gastadas zapatillas deportivas de color azul, sus viejos pantalones vaqueros y su jersey de punto, Virginia estaba dolorosamente convencida de que su ingenuidad se ponía de manifiesto no sólo a través de su atuendo sino también de su incapacidad de mantener una conversación intrascendente con otra persona.

—¿Y tú qué haces aquí? — le preguntó a Eustace, clavando los ojos en el paquete que éste llevaba bajo el brazo.

—He venido a recoger una nueva cubierta para el almiar. El viento de anoche hizo trizas la antigua.

—Supongo que ya te vas.

—Todavía no. Y tú, ¿qué?

—No tengo nada que hacer. Estaba simplemente explorando el lugar.

—¿No conoces la ciudad?

—Hasta ahora nunca había llegado tan lejos.

—Pues entonces, ven conmigo y yo te enseñaré el resto.

Echaron a andar sin ninguna prisa por el muelle, procurando acompasar el ritmo de sus pasos. Eustace vio el tenderete de los helados e interrumpió su conversación.

—Hola, Fred.

El heladero, impecablemente vestido con una blanca chaqueta almidonada como la de un árbitro de cricket, se volvió al oír su voz.

–Hola, Eustace. ¿Cómo estás?

–Muy bien, ¿y tú?

–Pues voy tirando. No te veo muy a menudo por aquí. ¿Qué tal va todo en Lanyon?

–Bien, pero tenemos un montón de trabajo. – Eustace señaló el tenderete con un movimiento de la cabeza-. Has venido muy temprano. Aún no tienes clientes para los helados.

–Mira, yo siempre digo que a quien madruga, Dios le ayuda.

Eustace miró a Virginia.

–¿Te apetece un helado?

Virginia no creía que nadie le hubiera ofrecido jamás de forma tan instantánea lo que ella más deseaba.

–Me encantaría, pero no llevo dinero.

–El más grande que tengas -le dijo Eustace a Fred, introduciéndose la mano en el bolsillo posterior de los pantalones.

La acompañó hasta el final del muelle y subió con ella por unas empinadas callejuelas adoquinadas cuya existencia ella jamás había sospechado, atravesando unas pequeñas y curiosas plazas con casas de puertas pintadas de color amarillo y macetas en las ventanas y pasando por delante de encantadores patios con cuerdas para tender la colada y de peldaños de piedra donde los gatos tomaban el sol y se dedicaban a sus habituales labores de acicalamiento. Finalmente, salieron a la playa norte donde el viento encrespaba las olas verde jade que rompían sobre la arena, arrojando al aire minúsculas salpicaduras de espuma.

—Cuando era pequeño -dijo Eustace, levantando la voz sobre el silbido del viento-, solía venir aquí con una tabla de surf. Una tabla muy pequeña de madera que me había hecho mi tío, con una cara pintada en la curva. Ahora hay esas de fibra de vidrio de Malibú y la gente practica el surf todo el año, tanto en invierno como en verano.

—¿Y no tienen frío?

—Se ponen trajes impermeables.

Habían llegado a un curvado muro de protección contra el viento en cuyo ángulo había un banco de madera empotrado. Eustace llegó a la conclusión de que ya habían caminado demasiado y se sentó, apoyando la espalda contra el muro y extendiendo las largas piernas hacia adelante mientras el sol le daba de lleno en el rostro.

Virginia, a punto de terminarse el gigantesco helado, se sentó a su lado y vio que él la estudiaba en silencio. Cuando se hubo terminado los últimos restos y se estaba limpiando los dedos en las rodillas de los vaqueros, Eustace le preguntó con expresión burlona:

—¿Te ha gustado?

—Estaba exquisito -contestó ella sin importarle demasiado que le tomara el pelo-. El mejor que he comido en toda mi vida. Hubieras tenido que tomarte uno tú también.

—Soy demasiado grandullón para andar por las calles lamiendo un helado.

—Pues yo nunca será demasiado grandullona.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete, casi dieciocho.

—¿Has terminado el bachillerato?

—Sí, el verano pasado.

—¿Y qué estás haciendo ahora?

—Nada.

—¿Piensas ir a la universidad?

Virginia se alegró de que él la considerara lo bastante inteligente como para eso.

—No, por Dios.

—Pues entonces, ¿qué vas a hacer?

Virginia pensó que ojalá no se lo hubiera preguntado.

—Bueno, supongo que el invierno que viene aprenderé cocina o mecanografía o taquigrafía o algo por el estilo. Lo que ocurre es que mi madre tiene el capricho de que nos quedemos a pasar el verano en Londres y vayamos a todas las fiestas y conozcamos a personas importantes y entremos en eso que se llama el mundillo social.

—Quiere «hacer la temporada», vamos.

Con su tono de voz, Eustace dio a entender con toda claridad que la idea lo atraía tan poco como a Virginia.

—Me dan escalofríos de sólo pensarlo.

—Cuesta creer que en los tiempos que corremos haya alguien que todavía se preocupe por esas cosas.

—Por supuesto, pero hay cantidad de personas así y mi madre es una de ellas. Ya ha conocido a otras madres y ha tomado incluso el té con ellas y

tiene apalabrada la fecha del baile, pero yo trataré por todos los medios de quitárselo de la cabeza. ¿Te imaginas algo peor que un baile de presentación en sociedad?

—No, desde luego, pero es que yo tampoco soy una dulce muchachita de diecisiete años. — Virginia lo miró, haciendo una mueca de desagrado—. Si tan poco te gusta, ¿por qué no te plantas en seco y le dices a tu madre que prefieres un viaje de ida y vuelta a Australia o algo parecido?

—Ya lo he hecho. Por lo menos, lo he intentado. Pero es que tú no conoces a mi madre. Ella nunca me hace el menor caso y dice que es muy importante conocer a las personas adecuadas, ir a las fiestas adecuadas y dejarte ver en los lugares adecuados.

—Podrías pedir ayuda a tu padre.

—No tengo padre. Por lo menos, no lo veo jamás. Se divorciaron cuando yo era pequeña.

—Comprendo -dijo Eustace sin demasiado entusiasmo-. Bueno, ánimo. Quién sabe, a lo mejor hasta lo pasas bien.

—Es algo que aborrezco.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no sé qué hacer en las fiestas, no me salen las palabras con los desconocidos y nunca sé qué decir a los chicos.

—Pues a mí me estás diciendo muchas cosas -dijo Eustace.

—Porque tú eres distinto.

—Distinto, ¿en qué sentido?

—Bueno, eres mayor. Quiero decir que no eres tan joven. — Eustace se echó a

reír y la muchacha se azoró-. Quiero decir que no tienes veintiún años o veintidós. – Virginia lo miró, frunciendo el ceño-. ¿Cuántos años tienes?

–Veintiocho -contestó él-. Voy a cumplir veintinueve.

–Tienes suerte. Ojalá yo tuviera veintiocho.

–Si los tuvieras -dijo Eustace-, probablemente ahora no estarías aquí.

De repente oscureció y empezó a refrescar. Virginia se estremeció y vio que el sol se había ocultado detrás de una espesa nube gris, anticipo del mal tiempo que se avecinaba por el oeste.

–Bueno, me parece que ya hemos disfrutado de lo mejor del día -dijo Eustace-. Esta noche lloverá. – Consultó su reloj-. Son casi las cuatro, ya es hora de que vuelva a casa. ¿Tú cómo vas a volver?

–A pie, supongo.

–¿Quieres que te lleve en mi coche?

–¿Tienes coche?

–Un Land-Rover que he dejado aparcado detrás de la iglesia.

–¿Y no te desviarás mucho del camino?

–No. Puedo volver a Lanyon cruzando el páramo.

–Bueno, si no te es mucha molestia...

Virginia permaneció en silencio durante el trayecto de vuelta a Wheal House. Pero fue un silencio agradable y cómodo, un silencio que no tenía nada que ver con el hecho de que ella fuera tímida o nunca se le ocurriera nada que decir. No recordaba haberse sentido jamás tan a gusto con una persona... y ciertamente jamás con un hombre al que apenas conocía. El

Land-Rover era muy viejo, tenía los asientos raídos y polvorientos, había restos de paja por el suelo y en su interior se percibía un leve olor a estiércol que lo impregnaba todo, pero a Virginia no le importaba en absoluto sino que más bien le gustaba porque formaba parte de Penfolda.

De pronto se dio cuenta de que lo que más deseaba por encima de todo era regresar a aquel lugar y ver la granja y los campos de día, echar un vistazo al ganado, recorrer la finca y ser invitada a tomar el té en la envidiable cocina de la casa. Ser aceptada, en suma.

Llegaron a la cima de la colina donde todas las casas de la antigua zona residencial se habían convertido en hoteles con porches acristalados y aparcamientos construidos en el lugar previamente ocupado por los jardines. Los hoteles tenían grandes ventanales, palmeras que se recortaban tristemente contra el cielo plomizo y parterres de enhiestos narcisos.

Al llegar arriba, la carretera se nivelaba. Eustace preguntó mientras cambiaba de marcha:

—¿Cuándo regresas a Londres?

—No lo sé. Dentro de una semana aproximadamente.

—¿Te gustaría volver a Penfolda?

Era la segunda vez en un día que Eustace le ofrecía lo que ella más deseaba. Virginia se preguntó si sería un adivino.

—Sí, me encantaría.

—A mi madre le causaste muy buena impresión. No suele ver caras nuevas muy a menudo. Sería agradable que fueras a tomar el té con ella alguna vez.

—Lo haría con mucho gusto.

—¿Y cómo te desplazarías hasta Lanyon? — preguntó Eustace sin apartar los

ojos de la carretera.

–Podría pedirle prestado el coche a Alice. Estoy segura de que, si se lo pidiera, me lo prestaría. Lo conduciría con mucho cuidado.

–¿Sabes conducir?

–Por supuesto que sí. De lo contrario, no pediría prestado un coche - contestó Virginia sonriendo, aunque no con intención de hacerse la graciosa sino porque, de repente, se sentía muy a gusto donde estaba.

–Pues mira -dijo Eustace muy despacio-, hablaré con mi madre, le preguntaré qué día le va bien y te llamaré por teléfono. ¿Qué te parece?

Virginia se emocionó de sólo imaginarse a sí misma esperando la llamada y oyendo su voz por teléfono.

–De acuerdo.

–¿Cuál es el número?

–Porthkerris tres dos cinco.

–Ya me acordaré.

Al llegar a la casa, el vehículo cruzó la blanca verja y avanzó rugiendo entre los floridos setos del camino particular.

–¡Ya hemos llegado! – exclamó Eustace, frenando bruscamente con un fuerte chirrido sobre la grava-. Justo a tiempo para tomar el té.

–Gracias, has sido muy amable.

–De nada -dijo Eustace, inclinándose sobre el volante con una sonrisa en los labios.

—Me refiero a todo. Al helado y a lo demás.

—Ha sido un placer.

Eustace alargó el brazo para abrirle la portezuela. Virginia saltó a la grava y, en el momento de hacerlo, se abrió la puerta y apareció la señora Parsons vestida con un traje de lana de color frambuesa y una blusa de seda blanca con un lazo en el cuello.

—¡Virginia!

La joven se volvió. Su madre se acercó a ellos, tan pulcra e inmaculada como siempre, pese a que, a juzgar por el aspecto de su corto cabello oscuro ahora despeinado suavemente por el viento, no había ido a la peluquería.

—¡Mamá!

—¿De dónde vienes? — preguntó la señora Parsons, esbozando una amistosa sonrisa.

—Pensaba que habías ido a la peluquería.

—La chica que me suele atender está en cama con resfriado. Me ofrecieron otra chica, por supuesto, pero, como es la que se pasa todo el día barriendo el pelo del suelo, he declinado amablemente el ofrecimiento. — Sin dejar de sonreír, la señora Parsons miró a Eustace, sentado en el interior del vehículo-. ¿Quién es tu amigo?

—Ah, es Eustace Philips...

Eustace decidió bajar del Land-Rover. Saltó a la grava y se acercó para ser presentado. Sin poderlo remediar, Virginia lo vio con los ojos de su madre: los anchos y poderosos hombros bajo el jersey de marinero, el rostro bronceado por el sol y las fuertes y callosas manos.

—Encantada de conocerle -dijo la señora Parsons adelantándose gentilmente

para saludarlo.

—Hola -contestó Eustace, mirándola a los ojos con los suyos intensamente azules.

La señora Parsons le tendió la mano, pero o bien él no la vio o fingió no verla. La señora Parsons volvió a retirarla y su tono de voz se enfrió imperceptiblemente.

—¿Dónde le ha conocido Virginia?

La pregunta parecía ingenuamente inofensiva.

Eustace se apoyó contra el Land-Rover y cruzó los brazos.

—Vivo en Lanyon, en la granja de Penfolda...

—Ah, claro, el lugar de la barbacoa. Sí, me han hablado de él. Es bonito que hoy se hayan vuelto a encontrar.

—Por pura casualidad -dijo Eustace.

—¡Eso es todavía más bonito! — exclamó la señora Parsons sonriendo-.  
Íbamos a tomar el té, señor Philips. ¿No quiere usted acompañarnos?

Eustace meneó la cabeza.

—Me esperan setenta vacas a las que tengo que ordeñar. Será mejor que regrese...

—Claro. No quisiera entretenerle -dijo la señora Parsons, utilizando el tono de voz que hubiera podido emplear una señora al despedir al jardinero.

—Ni yo se lo permitiría -contestó Eustace, subiendo de nuevo al vehículo-.  
Adiós, Virginia.

–Adiós -contestó Virginia con un hilo de voz-. Gracias por acompañarme a casa.

–Ya te llamaré.

–Muy bien, me encantará.

Eustace saludó a Virginia con una última inclinación de cabeza, puso en marcha el motor y, sin mirar hacia atrás, se alejó velozmente por el camino y se perdió de vista, dejando a Virginia y a su madre envueltas en una nube de polvo.

–¡En fin! – exclamó la señora Parsons, riéndose a pesar de su visible irritación.

Virginia no dijo nada, pues le pareció que no había nada que decir.

–¡Qué joven tan raro, desde luego! Aquí abajo se tropieza una con toda clase de gente. ¿Y por qué quiere llamarte? – preguntó su madre como si Eustace Philips fuera una especie de chiste muy gracioso.

–Dice que yo podría ir algún día a tomar el té con su madre en Lanyon.

–Ah, pues qué bien. Los placeres del campo. – De pronto, empezó a caer una fina lluvia. La señora Parsons contempló el encapotado cielo y se estremeció-. Pero ¿qué haces ahí con este viento? Entra, que el té está esperando...

Virginia no dio importancia a los temblores de su madre, pero, a la mañana siguiente, ésta dijo que se había resfriado y tenía el estómago revuelto, por lo que se quedaría en casa. Como hacía un tiempo horrible, nadie puso el menor reparo y Virginia encendió la chimenea del salón, tras lo cual la señora Parsons se echó en el sofá con una ligera manta de mohair sobre las rodillas.

–Aquí estaré muy bien -le dijo a Virginia-. Tú y Alice podéis salir

tranquilamente, no es necesario que os preocupéis por mí.

—Pero ¿adónde quieres que vayamos con el tiempo que hace?

—A Falmouth. A almorzar en Pendrane.

Virginia miró a su madre sin comprenderla.

—Vamos, cariño, no pongas esa cara de boba, la señora Menheniot nos invitó hace siglos. Nos quería enseñar el jardín.

—A mí nadie me dijo nada.

A Virginia no le apetecía salir. Tardarían todo el día en ir y volver de Falmouth, almorzar y ver el aburrido jardín. Ella quería quedarse en casa por si Eustace la llamaba.

—Pues te lo digo ahora. Tendrás que cambiarte. No puedes ir a almorzar con pantalones vaqueros. ¿Por qué no te pones aquella blusita azul que te compré? ¿O la falda escocesa? Estoy segura de que a la señora Menheniot le haría gracia la falda escocesa.

Si su madre hubiera sido distinta, Virginia le habría pedido que estuviera atenta al teléfono y tomara el recado. Pero a su madre no le gustaba Eustace. Le parecía un joven inculto y mal educado y su sonriente comentario sobre «los placeres del campo» había puesto punto final a la cuestión. El nombre de Eustace no se había vuelto a mencionar y, aunque durante la cena de la víspera Virginia había tratado más de una vez de comentarles a Alice y Tom su casual encuentro con él, su madre había dirigido con mano de hierro la conversación, interrumpiéndola en caso necesario para encauzarla hacia canales más apropiados. Mientras se cambiaba de ropa, Virginia trató de hallar alguna solución.

Se puso la falda escocesa y un jersey amarillo canario, se peinó el sedoso cabello oscuro y bajó a la cocina para hablar con la señora Jilkes, quien se había convertido en su nueva amiga. Aprovechando una tarde de lluvia, le

había enseñado a hacer bollos de mantequilla mientras le facilitaba información gratuita sobre la salud y la longevidad de sus numerosos parientes.

—Hola, Virginia -le dijo la cocinera, ocupada en la tarea de amasar harina.

Virginia cogió un trozo de masa y se lo comió.

—¡No hagas eso, por el amor de Dios! Se te va a llenar la tripa y no te quedará sitio para el almuerzo.

—Ojalá no tuviera que ir. Señora Jilkes, si hay alguna llamada telefónica para mí, ¿querrá tomar el recado?

La señora Jilkes puso los ojos en blanco y la miró con picardía.

—Conque esperas una llamada, ¿eh? Será algún chico, como si lo viera.

Virginia se ruborizó.

—Bueno, sí. Pero usted tomará el recado, ¿verdad?

—No te preocupes, cariño. La señora Lingard te está llamando..., ya tendrías que haberte ido. Cuidaré de tu madre y le serviré el almuerzo en una bandeja.

No regresaron a casa hasta las cinco y media de la tarde. Alice se dirigió inmediatamente al salón para interesarse por la salud de Rowena Parsons y para contarle todo lo que había visto y hecho. Virginia fingió encaminarse hacia la escalera pero, en cuanto se cerró la puerta del salón, dio media vuelta y echó a correr por el pasillo de la cocina.

—¡Señora Jilkes!

—¿Ya está de vuelta?

—¿Ha habido alguna llamada?

—Sí, dos o tres, pero las ha atendido tu madre.

—¿Mi madre?

—Sí, se ha hecho instalar el teléfono en el salón.

Virginia salió de la cocina, avanzó por el pasillo, cruzó el vestíbulo y entró en el salón. Por encima de la cabeza de Alice Lingard, Virginia clavó los ojos en la fría mirada de su madre.

—¡Cariño! — exclamó la señora Parsons, sonriendo-. Alice me lo ha contado todo. ¿Te lo has pasado bien?

—Pues sí -contestó Virginia, haciendo una pausa para que su madre tuviera ocasión de mencionarle la llamada.

—¿No sabes decirme nada más? Tengo entendido que te han presentado al sobrino de la señora Menheniot.

—... Sí.

La imagen del joven de barbilla huidiza se estaba borrando con tanta rapidez de la mente de Virginia que ésta apenas podía recordar su rostro. Quizá Eustace la llamaría al día siguiente. No debía de haber llamado aquel día. Virginia conocía muy bien a su madre y sabía que, aunque no aprobara a alguien, la señora Parsons era muy meticulosa en el cumplimiento de las obligaciones sociales y jamás en su vida se le hubiera pasado por la cabeza no comunicar un recado telefónico. Las madres eran así. Tenían que ser así porque, si no hubieran respetado el código de conducta que ellas mismas predicaban, habrían perdido cualquier derecho a la confianza de sus hijos. Y, sin confianza, no podía haber afecto. Y, si no había afecto, no quedaba nada.

El día siguiente amaneció lluvioso. Virginia se pasó toda la mañana sentada

junto a la chimenea, fingiendo leer un libro y corriendo a ponerse al teléfono cada vez que éste sonaba. Pero ninguna llamada fue para ella. Eustace no la llamó.

Después del almuerzo, su madre le pidió que fuera a la farmacia de Porthkerris a recoger una medicina. Virginia dijo que no quería ir.

—Está lloviendo a cántaros.

—Un poco de lluvia no te va a hacer daño. Además, el ejercicio te sentará bien. Te pasas todo el día sentada en casa, leyendo este libro tan tonto.

—No es un libro tonto...

—Bueno, pero te pasas el rato leyendo. Ponte unas botas de agua y un impermeable y ni siquiera notarás la lluvia...

Con su madre no se podía discutir. Virginia puso cara de resignación y fue en busca de su impermeable. Mientras bajaba a la ciudad, caminando por las mojadas aceras bajo las empapadas ramas de los árboles, la joven trató de enfrentarse a la inconcebible posibilidad de que Eustace no la llamara jamás.

Él había dicho que llamaría, por supuesto, pero, por lo visto, todo dependía de lo que dijera su madre, del día que ésta tuviera libre y del día en que ella le pudiera pedir prestado el coche a Alice para desplazarse hasta Lanyon.

Tal vez la señora Philips había cambiado de idea. Tal vez le había dicho a su hijo: «Ay, Eustace, no tengo tiempo para tomar el té con la gente... ¿Cómo se te ha ocurrido decirle que venga?»

Quizá, tras haber conocido a su madre, Eustace había cambiado de idea con respecto a ella. A menudo se decía que, si uno quería saber qué clase de esposa iba a ser una chica, le bastaba con mirar a la madre. A lo mejor Eustace había visto cómo era la señora Parsons y ésta no le había gustado. Virginia recordaba la desafiante mirada de sus ojos azules y las amargas

frases finales:

«-No quisiera entretenerle.

»-Ni yo se lo permitiría.»

Tal vez se había olvidado de llamarla. Quizá había decidido no hacerlo o, quizá (y eso era lo más preocupante), ella había interpretado erróneamente su amabilidad y, al exponerle sus problemas, había despertado simplemente su compasión. Puede que fuera eso. Puede que Eustace le tuviera lástima.

«Pero él dijo que llamaría. Lo dijo.»

Recogió la medicina en la farmacia y se dispuso a regresar a casa. Aún no había cesado de llover. En la acera de enfrente había una cabina telefónica vacía. Todo sería muy sencillo. No le costaría nada buscar su teléfono en la guía y marcar. Tenía unas cuantas monedas en el bolso. «Soy Virginia -le diría, hablándole en tono de broma-, ¡pensaba que me ibas a llamar!»

Estuvo a punto de cruzar la calle. Se detuvo en el borde de la acera, tratando de armarse de valor para afrontar una empresa superior a sus fuerzas.

Ya se imaginaba la conversación.

«-¿Eustace?

»-Soy Virginia.

»-¿Virginia?

»-Virginia Parsons.

»-Ah, sí, Virginia Parsons. ¿Qué se te ofrece?»

Llegado a este punto le faltó el valor y no se atrevió a cruzar la calle para llamar desde la cabina, sino que empezó a subir por la empinada callejuela

con las pastillas de su madre en el bolsillo del impermeable.

Al abrir la puerta de Wheal House, oyó el timbre del teléfono. Mientras corría a quitarse las botas de agua, el teléfono dejó de sonar y, cuando entró en el salón, vio que su madre estaba colgando el aparato.

La señora Parsons arqueó las cejas al ver la alterada expresión del rostro de su hija.

—¿Qué ocurre?

—Pensé que... a lo mejor era para mí.

—No, se habían equivocado de número. ¿Me traes las pastillas, querida?

—Sí -contestó Virginia en tono abatido.

—Eres un encanto. El paseo te ha sentado muy bien, estoy segura. Vuelves a tener las mejillas sonrosadas.

Al día siguiente, la señora Parsons anunció inesperadamente su intención de regresar a Londres. Alice se quedó de una pieza.

—Pero, Rowena, yo pensé que os ibais a quedar por lo menos otra semana.

—Nos encantaría, cariño, pero tenemos por delante un verano muy ajetreado y hay que preparar y organizar muchas cosas. No creo que podamos quedarnos otra semana aquí sin hacer nada, a pesar de lo que me gusta.

—Bueno, pues quedaos por lo menos el fin de semana. «Sí, quedémonos el fin de semana -pensó Virginia-. Por favor, por favor, por favor, quedémonos el fin de semana.» Pero todo fue inútil.

—Me encantaría, pero tenemos que irnos... el viernes a lo más tardar. Tengo que reservar los billetes del tren.

—Es una pena pero, si no hay más remedio...

—No, cariño, no lo hay.

«Que Eustace se acuerde. Que me llame. No tendré tiempo para ir a Penfolda pero, por lo menos, me podría despedir y darles las gracias por su amabilidad... y, a lo mejor, le podría decir que le escribiré y le podría dar mi dirección.»

—Cariño, me gustaría que empezaras a hacer el equipaje. No olvides nada, de lo contrario la pobre Alice se tendría que molestar en mandarnos un paquete. ¿Ya has guardado el impermeable?

«Esta noche. Llamará esta noche. Dirá, lo siento, pero es que me tuve que ir; he estado tan ocupado que no encontraba el momento; he estado enfermo.»

—¡Virginia! ¡Ven a escribir tu nombre en el libro de visitas! Aquí, debajo del mío. Oh, Alice, eres un cielo, han sido unas vacaciones maravillosas. Una pura delicia. A las dos nos han encantado, ¿verdad, Virginia? Me da mucha pena que tengamos que irnos.

Pero se fueron. Alice las acompañó a la estación y esperó mientras subían a su vagón de primera clase con la ayuda de un mozo muy servicial que se encargó de acarrear el lujoso equipaje de la señora Parsons.

—Quiero que volváis muy pronto -dijo Alice cuando Virginia se asomó por la ventanilla para darle un beso.

—Sí.

—Nos ha encantado teneros en casa...

Era su última oportunidad. «Dile a Eustace que he tenido que irme. Dile adiós de mi parte.» Se oyó el silbido mientras el tren empezaba a moverse. «Llámale cuando vuelvas a casa.»

–Adiós, Virginia.

«Dale recuerdos de mi parte. Dile que le quiero.»

Al pasar por Truro, su desconsuelo era tan grande y sus lágrimas y sollozos tan evidentes que su madre ya no pudo disimular por más tiempo.

–Pero cariño ¿qué te ocurre? – preguntó ésta, dejando a un lado el periódico.

–Nada... -contestó Virginia, volviendo el hinchado rostro hacia la ventanilla sin ver siquiera el paisaje.

–Algo te pasa -dijo su madre, apoyando suavemente una mano sobre su rodilla-. ¿Es por aquel chico?

–¿Qué chico?

–El del Land-Rover, Eustace Philips. ¿Se te ha roto el corazón por él?

Virginia siguió llorando sin decir nada.

–Yo que tú, no lo lamentaría demasiado -añadió su madre en tono tranquilizador-. Probablemente es la primera vez que sufres por un hombre, pero yo te aseguro que no será la última. Son unos seres muy egoístas, ¿comprendes?

–Eustace no era así.

–Ah, ¿no?

–Era muy amable. El único hombre que realmente me ha gustado hasta ahora. – Virginia se sonó la nariz, mirando a su madre-. A ti no te gustaba, ¿verdad?

La señora Parsons se desconcertó momentáneamente ante la pregunta insólitamente directa de su hija.

—Bueno..., digamos que nunca me han gustado demasiado los de su clase.

—¿Quieres decir que no te gustaba que fuera granjero?

—Yo no he dicho eso.

—No, pero es lo que quieres decir. A ti sólo te gustan los canijos sin barbilla como el sobrino de la señora Menheniot.

—Yo jamás he visto al sobrino de la señora Menheniot.

—No, pero te hubiera gustado.

Por una vez, la señora Parsons no contestó.

—Olvídale, Virginia -dijo al cabo de un rato-. Todas las chicas sufren algún desengaño amoroso antes de conocer al hombre adecuado con el que finalmente se casan. Este verano nos lo vamos a pasar muy bien. Sería una lástima que lo estropearas, llorando por algo que probablemente jamás existió.

—Sí -dijo Virginia-, enjugándose las lágrimas de los ojos y guardándose el empapado pañuelo en el bolsillo.

—Así me gusta -aprobó su madre-. Y ahora, ya basta de lágrimas.

Convencida de haber restablecido la calma en el turbado ánimo de su hija, la señora Parsons volvió a coger el periódico. Al poco rato, preocupada e inquieta sin saber por qué, lo dejó a un lado y vio que Virginia la estaba mirando fijamente con una expresión que ella jamás había visto anteriormente.

—¿Qué te pasa?

–Dijo que me llamaría -contestó Virginia-. Prometió que me iba a llamar.

–¿Y?

–¿Llamó? Ya sé que a ti no te gustaba. ¿Llamó y no me lo dijiste?

–Pero ¡qué cosas dices, cariño! – exclamó su madre sin vacilar-. ¡Qué acusación tan grave me estás haciendo! Por supuesto que no. ¿No pensarás que...?

–No -contestó Virginia en tono apagado mientras se desvanecía su última esperanza-. No, jamás lo he pensado -añadió, volviendo el rostro hacia el empañado cristal de la ventanilla mientras la campiña, junto con todo lo que le había ocurrido, iba quedando atrás.

Eso fue en abril. En mayo, Virginia se tropezó casualmente con una compañera suya del colegio que la invitó a pasar el fin de semana en el campo.

–Es mi cumpleaños y mamá me ha dicho que puedo invitar a quien quiera. Seguramente tendrás que dormir en la buhardilla, pero no te importará, ¿verdad? Somos una familia tremendamente desorganizada.

Virginia aceptó la invitación con cierta reticencia.

–¿Y cómo me trasladaré hasta allí?

–Pues podrías coger el tren y alguien podría ir a recogerte a la estación, pero sería una lata -contestó su amiga-. Mira, seguramente mi primo irá también y, como tiene coche, es posible que me lleve. Hablaré con él y le preguntaré si tiene sitio para ti. Seguramente tendrás que apretujarte entre el equipaje o sentarte sobre la palanca de cambios, pero cualquier cosa es mejor que tener que abrirse paso entre las multitudes de la estación de Waterloo...

La amiga consiguió arreglarlo. El coche era un Mercedes cupé azul oscuro. Tras haber metido el equipaje en el portamaletas, Virginia se apretujó en el asiento delantero entre su amiga y el primo, un chico alto y con las piernas muy largas que vestía un traje gris y llevaba un sombrero de paño marrón, por debajo del cual asomaban unos rizos de cabello rubio.

Se llamaba Anthony Keile.



[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

## Capítulo 6

Cansada del viaje y preocupada por todos los problemas con los que tendría que enfrentarse en Bosithick, Virginia se apeó del tren en Penzance, aspiró una bocanada de fresco aire marino y se alegró de encontrarse de vuelta. La marea había bajado y la brisa esparcía por doquier el penetrante olor de las algas. Al otro lado de la bahía, el monte St. Michael levantaba su dorada mole bajo el sol del atardecer y en la mojada arena se veían unos riachuelos y charcos de agua marina en los que se reflejaba el azul del cielo.

Por suerte, encontraron un mozo. Mientras éste empujaba el carrito con el equipaje, Nicholas preguntó:

—¿Es aquí donde vamos a quedarnos?

—No, tenemos que ir en coche hasta Lanyon.

—¿Y cómo vamos a ir?

—Ya te dije que dejé el coche aquí.

—¿Y cómo sabes que no te lo han robado?

—Porque ahora mismo lo estoy viendo donde lo dejé.

Tardaron un rato en meter todo el equipaje en el Triumph. Finalmente colocaron encima la caja de cartón con la comida, Virginia le dio una propina al mozo y los tres se acomodaron en el asiento delantero, Cara en medio y Nicholas pegado a la portezuela.

Virginia había bajado la capota y se había anudado un pañuelo alrededor de la cabeza, pero el viento despeinaba el cabello de Cara y se lo arrojaba

sobre el rostro.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—No mucho, aproximadamente una media hora.

—¿Y cómo es la casa?

—Ya la verás.

Al llegar a la cima de la colina, Virginia detuvo el automóvil para que sus hijos contemplaran el panorama y la curva de la bahía, todavía azul, cercada por el calor del día que ya tocaba a su fin. Pasaron entre pequeños campos y zanjales llenas de escabiosas azules y finalmente llegaron a un pequeño valle sembrado de viejos robles, con un arroyo y un puente, un viejo molino y una aldea. Más allá, la carretera volvía a subir al páramo donde, de pronto, apareció ante sus ojos el claro horizonte del Atlántico, brillando hacia el oeste bajo la cegadora luz del sol.

—Yo creía que teníamos el mar a nuestra espalda, — dijo Nicholas—. ¿Es otro mar?

—Supongo que sí.

—¿Es nuestro mar? ¿Es el mar donde nos vamos a bañar?

—Creo que sí.

—¿Hay playa?

—No tuve tiempo de mirarlo. Desde luego, hay unas rocas muy escarpadas.

—Yo quiero que haya playa. Con arena. Quiero que me compres un cubo y una pala.

—Cada cosa a su tiempo —dijo Virginia—. Poquito a poco lo iremos haciendo

todo.

—Yo quiero comprar mañana mismo un cubo y una pala.

Salieron a la carretera principal y giraron hacia el este, siguiendo la línea de la costa. Dejaron a su espalda la aldea de Lanyon y el camino que conducía a Penfolda, subieron a la colina y llegaron al lugar donde crecían los inclinados espinos en el que había que girar para ir a Bosithick.

—¡Ya hemos llegado!

—Yo no veo ninguna casa.

—Espera.

El vehículo con sus ocupantes bajó muy despacio por el sendero entre los tojos que lo flanqueaban por ambos lados y rozaban con sus ramas la carrocería. Temiendo por la seguridad de las provisiones, Cara extendió una mano hacia atrás y sujetó la caja de cartón. Doblaron el último recodo en medio de una fuerte sacudida, subieron por una empinada cuesta y llegaron a un terreno llano cubierto de hierba en el que finalmente se detuvieron. Virginia puso el freno de mano y apagó el motor mientras los niños permanecían sentados en el asiento, contemplando la casa.

En Penzance no se percibía el menor soplo de viento y el aire era agradablemente templado. Allí, en cambio, soplaba una ligera y fresca brisa. La cuerda de tender la ropa se agitaba levemente y la alta hierba que crecía en la parte superior del muro de piedra aparecía aplanada como los pelos de un abrigo de piel acariciado por una mano.

Y había algo más. Algo un poco extraño. Por un instante Virginia contempló la casa tratando de descubrir qué era. Pero Cara se lo dijo.

—Sale humo de la chimenea -señaló la niña.

Virginia experimentó un estremecimiento de inquietud, como si un

riachuelo de agua fría le hubiera bajado de repente por la columna vertebral. Era como si hubieran pillado a la casa desprevenida, como si los seres anónimos que normalmente la ocupaban no esperaran su llegada.

—¿Pasa algo? — preguntó Cara al advertir la desazón de su madre.

—No, qué va -contestó Virginia, aparentando una seguridad que no sentía-. Simplemente me ha extrañado. Vamos a investigar.

Descendieron del vehículo, dejando en él las maletas y la caja de comestibles. Virginia abrió la verja y se apartó a un lado para que pasaran los niños mientras buscaba el llavero en el bolso.

Nicholas se adelantó corriendo para ir a ver lo que había al otro lado de la casa. En cambio, Cara andaba despacio como si tuviera miedo, sorteando una vieja alfombra y una maceta rota sin tocar nada con las manos.

Virginia abrió la puerta de la casa.

—¿Crees que han sido gitanos? — le preguntó Cara.

—¿Gitanos?

—Los que han encendido el fuego.

—Vamos a ver...

El olor a humedad había desaparecido. La casa estaba agradablemente caldeada y, al entrar en el salón, descubrieron que la chimenea estaba encendida y que su resplandor modificaba todo el aspecto de la casa. La atmósfera ya no resultaba sombría y deprimente sino alegre. La antipática estufa eléctrica había desaparecido y, junto a la chimenea, se podía ver un alto cesto de mimbre con una abundante provisión de troncos.

Gracias al fuego de la chimenea y al sol de la tarde que penetraba por la ventana del lado oeste, reinaba en la estancia una temperatura muy

agradable. Virginia fue a abrir una ventana y vio a través de la puerta un cuenco de huevos morenos y una jarra de porcelana blanca llena de leche sobre la mesa de la cocina. Entró en ella y miró a su alrededor. Alguien lo había limpiado todo, pues el fregadero estaba reluciente y los visillos parecían recién lavados.

Cara entró detrás de ella sin tenerlas todas consigo.

—Es como si hubieran venido las hadas -dijo.

—No han sido las hadas sino Alice -contestó Virginia sonriendo.

—¿Tita Alice Lingard?

—Sí. ¿A que es un encanto? Parecía que no le gustaba que nos instaláramos en Bosithick, pero luego va y nos lo deja todo a punto. Eso es muy propio de Alice. Tendremos que ir mañana a darle las gracias. La llamaría, pero no hay teléfono.

—A mí los teléfonos no me gustan de todos modos. Yo quiero ir a verla. Quiero ver la piscina.

—Si te llevas el traje de baño, te podrás bañar.

Cara miró fijamente a su madre. Virginia creyó que seguía pensando en la piscina y se sorprendió al oír su pregunta.

—¿Cómo ha entrado?

—¿Quién?

—Tita Alice. Las llaves las tenemos nosotros.

—Ah, bueno, supongo que el señor Williams le habrá dado un duplicado. Eso es lo que habrá ocurrido. Bueno, vamos a ver qué hacemos primero.

Nicholas apareció en la puerta.

–Voy a recorrer toda la casa y después quiero un poco de té. ¡Me muero de hambre!

–Llévate a Cara.

–Yo quiero quedarme aquí contigo -dijo la niña.

–No. – Virginia le dio un suave empujón-. Ve a ver y dime qué te parece el resto de la casa. Dime si no te parece la casa más divertida que has visto en tu vida. Entretanto, yo pondré agua a calentar, coceré unos huevos y después iremos a buscar las cosas que hemos dejado en el coche, desharemos las maletas y haremos las camas.

–¿No están hechas?

–No, tenemos que hacerlo todo nosotros. Ahora nos las tenemos que arreglar solos.

Hacia el anochecer ya lo tenían casi todo en orden, a pesar de que la búsqueda del interruptor del calentador de agua y del armario donde se guardaban las sábanas les había llevado un montón de tiempo. Para cenar, Nicholas quiso tomar cacahuets tostados con tostadas, pero no encontraron ningún tostador y el grill del horno no se podía regular, por lo que el niño se tomó los cacahuets con pan.

–Tenemos que comprar artículos de limpieza, una bayeta, té y café...

Virginia buscó lápiz y papel y empezó a elaborar una lista.

–Y jabón para el cuarto de baño y algo para quitar la señal de suciedad de la bañera.

–Y un cubo y una pala -terció Nicholas.

—Y un frigorífico -añadió Cara-. No tenemos sitio donde guardar la comida y se nos va a estropear todo si lo dejamos por ahí.

—Quizá podríamos pedirle a alguien que nos prestara una fresquera.

De pronto, Virginia recordó quién se había ofrecido a prestarle una y, frunciendo el ceño, estudió la lista y cambió rápidamente de tema.

Cuando finalmente consiguieron calentar el agua, Nicholas y Cara se bañaron juntos en la pequeña bañera y después lo hizo Virginia, antes de que el agua se enfriara. A continuación, envueltos en sus albornoces, se tomaron una taza de chocolate caliente junto a la chimenea.

—No hay ni siquiera televisor.

—Ni transistor.

—Ni reloj -dijo alegremente Nicholas.

Virginia consultó sonriendo su reloj de pulsera.

—Si os interesa saberlo, son las nueve y diez.

—¡Las nueve y diez! Tendríamos que estar en la cama hace siglos.

—No importa -dijo Virginia.

—¿Que no importa? ¡La tata se hubiera puesto furiosa!

Virginia se recostó en su sillón, estiró las piernas y movió los dedos de los pies desnudos delante del fuego de la chimenea.

—Ya lo sé -dijo.

En cuanto hubo acostado a los niños, dejando la puerta abierta tras haberles mostrado cómo se encendía la luz, bajó por el pasillo y subió los dos

peldaños que conducían a la Habitación de la Torre.

Hacía frío. Se sentó junto a la ventana, contempló los campos envueltos en sombras y vio que el mar en calma había adquirido una tonalidad nacarada y que el cielo todavía conservaba el resplandor del ocaso y aparecía veteado por unas franjas de color coral. Hacia el oeste, más allá del horizonte, las nubes mostraban unos retazos dorados y rosados, pero, poco a poco, la luz desapareció y las nubes se volvieron de color negro mientras hacia el este asomaba en el cielo una pequeña luna nueva.

Una a una, las luces empezaron a parpadear en la creciente oscuridad a lo largo de toda la costa desde las granjas, las casitas y los graneros. Aquí, una ventana cuadrada de luz amarilla. Allá, el parpadeo de una luz al otro lado de un campo. Unos faros delanteros subieron por un camino y salieron a la carretera en dirección a Lanyon. Virginia se preguntó si sería Eustace Philips que iba al Mermaid's Arms de Lanyon y si éste los visitaría algún día para ver qué tal estaban o si, por el contrario, se mostraría taciturno y enfurruñado y esperaría a que ella diera el primer paso y se presentara con una rama de olivo en la mano. Pensó que merecería la pena hacerlo aunque sólo fuera por la satisfacción de ver la cara que pondría cuando viera lo bien que se las estaban arreglando solos ella y sus hijos.

El día siguiente fue muy distinto.

Por la noche se levantó un fuerte viento y las oscuras nubes que la víspera se veían en el horizonte fueron empujadas hacia tierra, llevando consigo una lluvia torrencial. El sonido del goteo de los aleros y el rumor de la lluvia contra los cristales de la ventana despertaron a Virginia. El dormitorio estaba tan oscuro que tuvo que encender la luz para poder consultar su reloj. Las ocho de la mañana.

Se levantó para cerrar la persiana. Sus pies descalzos pisaron el húmedo suelo de madera. Llovía tanto que apenas se podía ver nada. Era algo así como estar a bordo de un barco anclado en un mar de lluvia. Confiaba en que los niños tardaran varias horas en despertarse.

Se puso unos pantalones y un jersey grueso, bajó y descubrió que el agua de la lluvia había penetrado por la chimenea, apagando el fuego y dejando la estancia húmeda y fría. Había cerillas, pero no teas para encender la leña. Se puso el impermeable, salió bajo la lluvia para dirigirse al cobertizo del jardín y encontró una pequeña destal oxidada por la falta de uso. Sobre el peldaño de piedra de la entrada y con considerable peligro para su propia integridad física, partió un tronco hasta conseguir unas teas. Cogiendo los papeles con que le habían envuelto los productos en la tienda de comestibles, les prendió fuego y añadió unas cuantas teas que enseguida se encendieron. El humo penetró inicialmente en la estancia, pero después empezó a subir rápidamente por el cañón de la chimenea. Virginia amontonó unos troncos y éstos se encendieron sin dificultad.

Cara apareció cuando ella estaba preparando el desayuno.

—¡Mami!

—Hola, cariño -dijo Virginia, acercándose a su hija para darle un beso.

Cara se había puesto unos pantalones cortos azul cielo, una camiseta amarilla y un jersey muy fino.

—¿Vas suficientemente abrigada? – le preguntó Virginia.

—No -contestó la niña.

Llevaba el lacio cabello despeinado y las gafas torcidas. Virginia se las enderezó.

—Pues ponte un poco más de ropa. El desayuno todavía no está listo.

—Pero es que no tengo nada más. En la maleta, quiero decir. La tata no puso nada más.

—¡No puedo creerlo! – exclamó Virginia, mirando a su hija-. ¿Quieres decir que no hay pantalones vaqueros, ni impermeables ni botas de agua?

Cara meneó la cabeza.

—Supongo que debió de pensar que haría calor.

—Sí, yo también me lo supongo -dijo Virginia, maldiciendo mentalmente a la tata-. Pero hubiera debido comprender que un impermeable nunca está de más.

—Bueno, impermeables sí tenemos, pero no son adecuados.

La niña estaba tan preocupada que Virginia esbozó una sonrisa para tranquilizarla.

—Tú no te preocupes que no pasa nada.

—¿Qué vamos a hacer?

—Ir a compraros un poco de ropa a los dos.

—¿Hoy?

—¿Por qué no? De todos modos, con este tiempo no se puede hacer otra cosa.

—¿Por qué no vamos a ver a tita Alice y nos bañamos un poco en su piscina?

—Eso lo dejaremos para otro día en que haga mejor tiempo. Ella lo comprenderá y no le importará.

Subieron al coche y se dirigieron a Penzance bajo un tremendo aguacero. En la cima de la colina, la niebla era tan densa y gris que la vista de Virginia sólo alcanzaba hasta el final de la cubierta del motor y sólo se podía ver la carretera cuando el viento abría en ella un momentáneo hueco.

En Penzance llovía a cántaros, había un tráfico endiablado y por todas

partes se veían desolados veraneantes que no podían recorrer el paseo ni ir a la playa. Todos ellos ocupaban las aceras, se detenían delante de los escaparates de las tiendas o entraban en ellas para comprar algo. Se les veía al otro lado de las empañadas lunas de las cafeterías y las heladerías, sentados alrededor de las mesas, sorbiendo, lamiendo y masticando despacio para aplazar de este modo el inevitable momento en que tendrían que salir de nuevo bajo la lluvia.

Virginia se pasó unos diez minutos buscando sitio donde aparcar. Recorrieron las calles bajo la lluvia hasta llegar a una tienda donde se vendían impermeables de pescador, botas de agua que llegaban hasta el muslo, linternas, cabos y otros muchos artículos. Entraron y Virginia compró pantalones vaqueros para Cara y Nicholas, camisas ajustadas de lana de color azul marino, impermeables y suestes negros que ocultaban casi por completo las cabezas de sus hijos como si fueran unos apagavelas. Los niños se pusieron allí mismo los impermeables y los suestes mientras el dependiente envolvía las restantes prendas con un grueso papel marrón. Virginia cogió el paquete y salió de nuevo a la calle con los niños, rígidos como robots a causa de los impermeables y con los ojos cegados por las alas de los sombreros.

Seguían cayendo chuzos de punta.

—Ahora vamos a casa -dijo Cara.

—Bueno, aprovechando que estamos aquí, podríamos comprar un poco de carne, pescado o pollo. Además, nos faltan patatas, zanahorias y guisantes. A lo mejor hay algún supermercado por aquí.

—Yo quiero un cubo y una pala -dijo Nicholas.

Virginia fingió no haberle oído. Encontraron el supermercado y se unieron al rebaño de clientes, haciendo cola y eligiendo, esperando y pagando, colocando los artículos en los carritos y saliendo de nuevo a la calle.

Las calzadas parecían ríos y el agua salía a chorros de los desagües.

–Cara, ¿seguro que lo puedes llevar?

–Sí -contestó la niña, inclinada hacia un lado para compensar el peso del carrito.

–Que Nicholas te eche una mano.

–Quiero un cubo y una pala -repitió Nicholas.

Pero a Virginia se le había acabado el dinero. Estaba a punto de decirle que tendría que esperar hasta la segunda expedición de compras cuando el niño levantó la cabeza bajo el sueste y empezó a hacer pucheros mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

–Quiero un cubo y una pala.

–Bueno, bueno, ya te los compraremos. Pero primero tengo que encontrar un banco para sacar un poco más de dinero.

Las lágrimas se desvanecieron como por arte de ensalmo.

–¡He visto un banco!

En el banco había un montón de clientes haciendo cola.

Los niños se dirigieron a un sofá de cuero y se sentaron, exhaustos; después, inclinaron la barbilla sobre el pecho cual dos viejecitos y extendieron las piernas hacia adelante sin importarles que alguien pudiera tropezar con ellas. Virginia se puso en la cola, sacó el talonario y extendió un cheque.

–De vacaciones, ¿eh? – preguntó el joven cajero.

Virginia se preguntó cómo era posible que conservara el buen humor al término de una mañana como aquélla.

–Pues sí.

–Mañana saldrá el sol, ya lo verá.

–Esperemos.

El cubo rojo y la pala azul fueron sus últimas adquisiciones. Cargados con los paquetes, regresaron al coche, siguiendo un camino que era todo cuesta arriba. Nicholas cerraba la marcha, aporreando el cubo con la pala como si tocara el tambor. Más de una vez Virginia tuvo que detenerse para esperarlo y exhortarlo a que se diera prisa. Al final perdió la paciencia.

–Vamos, Nicholas, a ver si espabilas.

Una mujer que pasaba oyó el irritado tono de su voz y miró con expresión de reproche a aquella madre tan antipática y poco comprensiva.

Y eso que sólo había pasado una mañana.

Seguía lloviendo. Finalmente llegaron al coche, lo llenaron de paquetes, se quitaron los chorreantes impermeables, los dejaron en el asiento de atrás, subieron y cerraron la portezuela, alegrándose de poder sentarse al amparo de la lluvia.

–Ahora -dijo Nicholas sin dejar de aporrear el cubo con la pala-, ¿sabes lo que quiero?

Virginia consultó su reloj. Era casi la una.

–¿Comer algo? – preguntó, tratando de adivinarlo.

«Lo que yo quisiera es regresar a Wheal House y saber que la señora Jilkes tiene el almuerzo a punto y que hay un alegre fuego en la chimenea del salón con muchas revistas y periódicos para pasarme toda la tarde leyéndolos sin hacer nada.»

–Sí, eso por supuesto. Pero otra cosa también.

–Pues no sé.

–Tienes que adivinarlo. Te doy tres oportunidades.

–Vamos a ver. – Virginia reflexionó-. Quieres ir al lavabo.

–No. De momento, por lo menos.

–¿Quieres... un poco de agua?

–No.

–Me rindo.

–Quiero ir esta tarde a la playa a jugar en la arena. Con el cubo y la pala.

El joven del banco había hecho una previsión meteorológica acertada. Al atardecer, el viento se desplazó hacia el norte y las nubes se dispersaron sobre los páramos. Al principio aparecieron unos pequeños retazos de cielo que se hicieron cada vez más grandes y luminosos hasta que, al fin, se abrieron paso los rayos del sol poco antes de que éste se pusiera triunfalmente en medio de una orgía de resplandecientes tonalidades rosadas y rojizas.

–«El pastor se alegra cuando el cielo de noche rojea» -dijo Cara mientras se iba a la cama-. Eso quiere decir que mañana hará un día precioso.

Y lo hizo.

–Hoy quiero ir a la playa para jugar con el cubo y la pala -dijo Nicholas.

–Ya irás -le prometió Virginia-. Pero primero tenemos que ir a ver a tita Alice Lingard, de lo contrario pensará que somos las personas más groseras

e ingratas que jamás ha conocido.

—¿Por qué? — preguntó Nicholas.

—Porque nos ha dejado la casa a punto y ni siquiera le hemos dado las gracias... Termínate los huevos, Nicholas, que se te están enfriando.

—Yo quiero palomitas de maíz.

—Ya las compraremos -dijo Virginia.

Cara cogió un lápiz y la lista de compras y añadió: «Palomitas de maíz» debajo de «Virutas de acero», «Crema de cacahuete», «Azúcar», «Bollos de mantequilla», «Mermeladas», «Jabón en polvo» y «Queso».

Después, Virginia envió a jugar a sus hijos mientras ella lavaba los platos del desayuno y subía al piso de arriba a hacer las camas. La habitación de los niños estaba tremendamente desordenada. Ella siempre había creído que sus hijos eran pulcros y ordenados, pero ahora se daba cuenta de que la tata les iba constantemente detrás, recogiendo las cosas que ellos dejaban tiradas. Recogió las prendas sin saber si estaban sucias o limpias, retiró un calcetín que había sobre la cómoda y procuró no tocar una arrugada bolsa de papel con dos caramelos pegajosos en su interior. Vio también un marco de fotos. Pertenecía a Cara y la tata se lo había puesto en la maleta con un propósito que ella ya imaginaba. El marco contenía a un lado toda una serie de fotografías de pequeño tamaño, colocadas con más cariño que habilidad artística. La fachada de la casa, un poco torcida, los perros, los hombres de la granja encaramados al tractor; una vista aérea de Kirkton y una o dos postales. Al otro lado había una impresionante fotografía profesional del busto de Anthony con los perfiles muy bien iluminados de tal forma que el cabello parecía de color rubio platino y la mandíbula resultaba muy firme y decidida. El fotógrafo había querido transmitir la imagen de un hombre fuerte, pero Virginia conocía el significado de sus ojos entornados y la debilidad de su bien perfilada boca. Vio el cuello a rayas de su camisa Turnbull y Asher y el delicado estampado de su corbata de seda italiana y recordó lo importante que era el vestuario para Anthony; tanto como su

automóvil, el mobiliario de la casa y su estilo de vida. Virginia siempre había pensado que todas aquellas cosas eran cuestiones secundarias y que sólo el carácter de la persona les confería sentido. Pero Anthony Keile opinaba justo lo contrario y siempre había atribuido la máxima importancia a los más mínimos detalles como si comprendiera que éstos eran los que apuntalaban su imagen y que sin ellos su anodina personalidad se hubiera desmoronado.

Bajó con la ropa y la lavó en el pequeño fregadero. Al salir para tenderla, vio a Nicholas jugando en solitario con el tractor rojo, unas cuantas piedras y unas hierbas. Llevaba una de las camisas nuevas de lana azul marino que habían comprado la víspera y ya tenía la cara colorada a causa del calor, pero ella se guardó muy bien de decirle que se quitara la camisa.

—¿A qué estás jugando?

—Pues a nada en particular...

—¿La hierba representa la paja?

—Más o menos.

—¿Dónde está Cara? — preguntó Virginia mientras tendía los últimos pantalones.

—Está dentro.

—Leyendo, supongo.

Virginia entró en la casa para ir en su busca.

Pero Cara no estaba leyendo sino en la Habitación de la Torre, contemplando desde la ventana los campos que se extendían hasta el mar. Al aparecer Virginia en la puerta, la niña volvió lentamente la cabeza y la miró con aire soñador, como si no la reconociera.

–Cara...

Los ojos la enfocaron tras los cristales de las gafas.

–Hola. ¿Ya es hora de irnos? – preguntó la niña.

–Cuanto tú estés lista, lo estaré yo. – Virginia se sentó a su lado-. ¿Qué haces, piensas o admiras la vista?

–Pues las dos cosas, en realidad.

–¿En qué pensabas?

–Me estaba preguntando cuánto tiempo nos vamos a quedar aquí...

–Pues... supongo que un mes. He alquilado la casa para un mes.

–Pero tenemos que volver a Escocia, ¿verdad? Tendremos que regresar a Kirkton.

–Sí, tendremos que regresar. Porque, entre otras cosas, tenéis que ir al colegio. – Virginia hizo una pausa-. ¿Acaso no quieres ir?

–¿No irá la tata con nosotros?

–No creo.

–Nos parecerá un poco raro estar en Kirkton sin papá ni la tata, ¿verdad? La casa resultará muy grande sólo para nosotros tres. Creo que por eso me gusta esta casa. Porque tiene el tamaño adecuado.

–Temía que no te gustara.

–Me encanta. Y me encanta esta habitación. Nunca había visto otra igual, con esta escalera que te permite bajar al piso de abajo y todas estas ventanas

y esta vista del cielo. – Estaba claro que el carácter fantasmagórico de la estancia no le causaba la menor desazón-, Pero ¿por qué no hay muebles?

–Creo que se usaba como estudio o habitación de trabajo. Hace cincuenta años vivía aquí un hombre que escribía libros y era muy famoso.

–¿Qué aspecto tenía?

–No lo sé. Supongo que debía de llevar barba y quizá vestía con desaliño, se olvidaba de ajustarse los elásticos de los calcetines y se abrochaba la chaqueta al revés. Los escritores suelen ser muy distraídos.

–¿Cómo se llamaba?

–Aubrey Grane.

–Estoy segura de que debía de ser muy simpático, de lo contrario no se hubiera hecho una habitación tan bonita -observó Cara-. Te sientas aquí y puedes ver todo lo que ocurre.

–Sí -dijo Virginia, contemplando con su hija la cuadrícula de campos en los que pastaban las pacíficas vacas, el verde esmeralda de la hierba tras la lluvia de la víspera, los muros de piedra y las verjas cubiertas de zarzas que, en cuestión de uno o dos meses, se llenarían de dulces frutos negros.

Un tractor rugía hacia el oeste. Virginia volvió la cabeza, apoyó la frente contra el cristal de la ventana y vio una mancha de un color escarlata tan vivo como el de los buzones y a un hombre sentado al volante con una camisa tan azul como el cielo.

–¿Quién es ése? – preguntó Cara.

–Eustace Philips.

–¿Le conoces?

–Sí. Es el dueño de la granja de Penfolda.

–¿Y todos estos campos son suyos?

–Supongo que sí.

–¿Y cuándo le conociste?

–Hace mucho tiempo.

–¿Sabe que estás aquí?

–Sí, creo que sí.

–Pues a ver si viene a tomar una copa o lo que sea.

Virginia miró sonriendo a su hija.

–Sí, es posible que venga. Ahora ve a peinarte y arréglate. Vamos a ver a Alice Lingard.

–¿Me pongo el traje de baño? ¿Podremos nadar en su piscina?

–Buena idea.

–Me encantaría tener una piscina.

–¿Aquí? Pero si no hay sitio en el jardín.

–No aquí sino en Kirkton.

–Bueno, la podríamos mandar construir si de verdad la quisieras -dijo Virginia sin pensar-. Pero vámonos porque, de lo contrario, llegará la hora del almuerzo y nos habremos pasado el rato sentadas aquí sin haber hecho nada.

Sin embargo, al llegar a Wheal House, descubrieron que la única persona que había en la casa era la señora Jilkes. Virginia tocó el timbre por simple formalidad e inmediatamente abrió la puerta y entró seguida de sus hijos. Pensaba que el perro empezaría a ladrar, que oiría la voz de Alice diciendo «¿Quién hay?» y que ésta aparecería en la puerta del salón. Pero sólo la recibió el silencio, roto únicamente por el lento tic tac del reloj de la repisa de la chimenea.

—¿Alice?

En algún lugar de la casa se abrió y cerró una puerta. La señora Jilkes avanzó por el pasillo de la cocina con su blanco delantal almidonado como un barco navegando a toda vela.

—¿Quién hay? — preguntó en tono malhumorado hasta que vio a Virginia y a los niños.

—Ah, señora Keile, qué sorpresa, no pensaba que fuera usted. Y éstos son sus hijos, ¿verdad? Madre mía, qué guapos son. ¿Verdad que eres muy guapa? — le preguntó a Cara, a quien jamás le habían dicho tal cosa.

La niña hubiera querido contestar que no, pues sabía que no lo era, pero la timidez se lo impidió. Por eso se limitó a mirar a la señora Jilkes sin decir nada.

—Te llamas Cara, ¿verdad? Y ése es Nicholas. Veo que lleváis cosas para bañaros. ¿Queréis iros a dar un chapuzón en la piscina? La señora Lingard no está -añadió, dirigiéndose a Virginia. — Oh, qué pena.

—Ha estado ausente desde el día en que se fue usted. El señor Lingard tenía una cena importante en Londres y la señora Lingard decidió acompañarlo. Dijo que hacía tiempo que no iba por allí. De todos modos, esta noche ya estará de vuelta.

—¿Quiere decir que se fue el jueves? — preguntó Virginia.

—Justo el jueves por la tarde.

—Pero entonces... Bosithick... Cuando llegamos encontramos la chimenea encendida y todo estaba limpio y había huevos y leche en la cocina... Pensé que había sido la señora Lingard.

La señora Jilkes miró a Virginia con semblante risueño.

—No, pero yo le diré quién fue.

—¿Quién?

—Eustace Philips.

—¿Eustace?

—Bueno, no se extrañe tanto, no creo que haya hecho nada malo.

—Pero ¿cómo sabe usted que fue Eustace?

—Porque él me llamó por teléfono -contestó la señora Jilkes, dándose importancia-. Bueno, llamó a la señora Lingard pero, como ella no estaba, hablé yo con él. Me preguntó si alguien iba a preparar algo para cuando usted llegara a Bosithick con los niños y yo le contesté que no lo sabía y que la señora Lingard no estaba. Entonces él dijo: «Bueno, da igual, yo me encargaré de ello.» Y eso fue todo. Ha hecho un buen trabajo, ¿verdad?

—¿Quiere decir que fue a la casa y lo limpió todo él solo?

—Oh, no. Eustace no sabe ni lo que es un plumero de quitar el polvo. Debíó de ser la señora Thomas. A poca ocasión que tenga, ésa es capaz de arrancar las baldosas del suelo de tanto fregarlas.

Cara cogió la mano de su madre.

—¿Es el hombre del tractor que hemos visto esta mañana?

–Sí -contestó Virginia con la cabeza en otra parte.

–¿Y no pensará que somos unos mal educados de tomo y lomo? Ni siquiera le hemos dado las gracias.

–Lo sé. Tendremos que ir esta tarde. Cuando volvamos, bajaremos a Penfolda y se lo explicaremos.

Nicholas se puso furioso.

–¡Pero tú has dicho que podría ir a jugar a la playa con el cubo y la pala!

La señora Jilkes se dio cuenta de que el niño era un poco rebelde. Se inclinó hacia él con las manos apoyadas sobre las rodillas y, acercando el rostro al suyo, le dijo con voz seductora:

–¿Por qué no vas a bañarte a la piscina? Cuando salgas, tú, tu mamá y tu hermana podréis ir a la cocina a comer conmigo un delicioso cordero al horno con puré de patatas y cebollas...

–Pero, señora Jilkes...

–No -dijo la señora Jilkes, meneando la cabeza ante la interrupción de Virginia-, no es ninguna molestia. Lo tengo todo a punto para comer. Estaba empezando a pensar que la casa se había quedado muy vacía y yo andaba rondando por ahí más sola que la una. – Miró con una sonrisa a Cara-. A ti te gustará, ¿verdad, cariño?

Era tan amable que la gélida timidez de la niña se desvaneció como por arte de ensalmo.

–Sí, por favor -contestó la niña.

Aquella templada tarde de domingo cruzaron los prados y los campos de

rastreros de Penfolda en los que apenas una semana antes Virginia había visto las segadoras en plena acción, pasando de un campo a otro a través de una especie de escalones de granito contruidos sobre las zanjas. Al acercarse a la granja, vieron los graneros, las verjas, el patio del ganado y los cobertizos donde se ordeñaban las vacas. Abriendo y cerrando cuidadosamente las distintas verjas, cruzaron el patio y llegaron al viejo corral adoquinado de la granja. Se oía el rumor de unos cepillos mojados sobre unas baldosas de piedra. Virginia abrió la puerta de lo que parecía un establo y vio en su interior una especie de casillas y a un hombre que no era Eustace, limpiando el suelo. El hombre llevaba una desteñida boina azul marino echada hacia atrás sobre el rizado cabello gris y unos anticuados pantalones de tela tosca con tirantes.

Al ver a Virginia, interrumpió su tarea.

—Perdone -le dijo Virginia-. Estoy buscando al señor Philips...

—Está por ahí..., en la parte de atrás de la casa...

—Vamos a ver si lo encontramos.

Cruzaron otra verja y siguieron el sendero que discurría entre la granja y el pequeño jardín lleno de maleza donde ella y Eustace habían compartido una empanada. Una gata estaba tomando el sol en el escalón de la puerta. Cara se agachó para acariciarla y Virginia llamó a la puerta. Se oyeron unas pisadas y les abrió una rechoncha y menuda mujer que parecía un mullido sillón tapizado con un vestido negro y un delantal estampado. A su espalda, los deliciosos efluvios de la cocina le hicieron recordar a Virginia una sabrosa cena dominical de otros tiempos.

—¿Sí?

—Soy Virginia Keile... de Bosithick.

—Ah, sí.

Una sonrisa iluminó el sonrosado rostro, levantando hacia arriba sus mofletudas mejillas.

–Usted debe de ser la señora Thomas.

–Pues sí... y éstos son sus hijos, ¿verdad?

–Sí. Cara y Nicholas. Estábamos muy avergonzados porque no habíamos venido a darle las gracias. Por ordenar la casa quiero decir, y dejarnos los huevos, la leche y la chimenea encendida.

–Bueno, eso no lo hice yo. Yo simplemente limpié un poco y abrí unas cuantas ventanas para que se ventilara. Fue Eustace el que llevó los troncos, cargándolos en la parte de atrás del tractor... y el que dejó la leche y los huevos. Pensamos que no habría tenido usted mucho tiempo antes de irse a Londres y es muy desagradable instalarse en una casa sucia; no podíamos consentir que eso ocurriera.

–Hubiéramos venido antes, pero pensábamos que había sido la señora Lingard...

–Quiere ver a Eustace, ¿verdad? Está en el huerto de la parte de atrás, arrancándome unas patatas. – La señora Thomas miró con una sonrisa a Cara-. Te gusta la gatita, ¿verdad?

–Sí, es una monada.

–Tiene gatitos en el granero. ¿Quieres ir a verlos?

–¿No se enfadará?

–No. Ven, la señora Thomas te enseñará dónde están.

La mujer se encaminó hacia el granero seguida de los niños, los cuales, en su afán de ver a los gatitos, ni siquiera se tomaron la molestia de mirar hacia donde estaba su madre. Una vez sola, Virginia echó a andar por el sendero

del huerto y cruzó un portillo casi enteramente cubierto de hiedra. Distinguió la camisa azul de Eustace más allá de los enrames de los guisantes, se abrió paso entre ellos y lo encontró hundiendo la azada en un surco de patatas. Eran redondas, blancas y suaves como los guijarros del mar, y estaban cubiertas de una tierra del mismo color y consistencia que un oscuro pastel de chocolate.

—Eustace.

Éste se volvió y, mirando por encima del hombro, la vio. Virginia pensó que sonreiría pero, al ver que no lo hacía, temió que se hubiera ofendido. Eustace se incorporó y se apoyó en el mango de la azada.

—Hola -dijo como si se extrañara de verla allí.

—He venido para darte las gracias. Y te pido perdón.

Eustace se pasó la azada de una mano a la otra.

—¿Y por qué me tienes que pedir perdón?

—No sabía que tú habías llevado la leña y encendido la chimenea y todo lo demás. Pensé que había sido Alice Lingard. Por eso no hemos bajado antes.

—Ah, bueno -dijo Eustace como si hubiera alguna otra cosa por la cual ella tuviera que pedirle perdón.

—Fuiste muy amable al dejarnos la leche, los huevos y todo lo demás. La casa se veía completamente distinta. — Virginia se detuvo, temiendo parecer una hipócrita-. Pero ¿cómo pudiste entrar?

Eustace hundió la azada en la tierra y se acercó a ella.

—Aquí hay una llave. Cuando mi madre se casó, iba allí algunas veces para hacerle algún trabajo al viejo señor Crane. Su mujer estaba muy achacosa y mi madre le limpiaba la casa. Él le facilitó una llave y aquí está desde

entonces.

Eustace se detuvo y esbozó una súbita sonrisa mientras sus ojos azules la miraban con expresión burlona. Virginia comprendió entonces que sus temores eran infundados y que él no estaba ofendido.

—O sea que, al final, decidiste alquilar la casa -le dijo Eustace.

—Sí -contestó Virginia.

—Sentí haberte dicho todas aquellas cosas y que tú te lo tomaras tan mal. Perdí los estribos y no hubiera debido hacerlo.

—Tenías razón. Era el empujón que yo necesitaba para tomar una decisión.

—Por eso te llevé los troncos y todo lo demás... Me pareció que era lo menos que podía hacer. Necesitarás más leche...

—¿Nos la podrías proporcionar tú cada día?

—Siempre y cuando venga alguien a buscarla.

—Podría venir yo o uno de los niños. No me había dado cuenta pero, cruzando los campos, estamos a dos pasos.

Ambos habían echado a andar en dirección al portillo.

—¿Has venido con tus hijos?

—Se han ido con la señora Thomas a ver unos gatitos.

Eustace soltó una carcajada.

—Se van a enamorar de ellos, te lo advierto. La gatita se lió con un gato siamés y en mi vida he visto unos gatitos tan guapos. — Eustace abrió el portillo para que pasara Virginia-. Tienen los ojos azules y... -Se detuvo al

ver por encima de la cabeza, de Virginia a Cara y Nicholas saliendo despacio y con mucho cuidado del granero, acunando algo contra su pecho con la cabeza inclinada en actitud de adoración-. ¿Qué te había dicho? – dijo Eustace, cerrando el portillo a su espalda.

Los niños subieron por el sendero hundidos hasta los tobillos y las rodillas en plantas de llantén y grandes margaritas blancas. De repente, Virginia los vio con otros ojos, con los ojos de Eustace, como si los viera por primera vez. La cabeza rubia y la morena, los ojos azules y los castaños. El sol iluminaba los cristales de las gafas de Cara y los hacía brillar como si fueran los faros delanteros de un pequeño automóvil; los nuevos pantalones vaqueros les estaban demasiado grandes y les resbalaban hasta las caderas y el faldón de la camisa de Nicholas colgaba sobre su firme y redondo trasero.

A Virginia se le hizo un nudo en la garganta mientras unas lágrimas invisibles pugnaban por asomarse a sus ojos. Se les veía tan indefensos y tan vulnerables que, sin saber por qué, creyó importante que le causaran una buena impresión a Eustace.

Nicholas le dijo al verla:

–Mira que tenemos, mami; la señora Thomas ha dicho que los podemos sacar.

–Sí, son muy chiquitines y tienen unos ojitos... -dijo Cara.

Al ver a Eustace detrás de su madre, la niña se detuvo en seco y lo miró con la cara muy seria.

Nicholas siguió hablando como si tal cosa.

–Mira, mami, tienes que verlo. Es todo peludito y tiene unas patitas pequeñas pequeñas. Pero no sé si es un niño o una niña. La señora Thomas dice que ella tampoco lo sabe. – El niño levantó los ojos y, al ver a Eustace, esbozó una cautivadora sonrisa-. La señora Thomas dice que ya no maman porque la madre se había quedado muy flacucha y ahora ella les

pone un platito de leche y la lamen con la lengüecita -explicó.

Eustace extendió un largo dedo moreno y rascó la cabeza del gatito.

—Nicholas -dijo Virginia-, éste es el señor Philips y tienes que saludarlo.

—¿Cómo está usted? La señora Thomas dice que si queremos uno nos lo puede dar, pero que primero te tenemos que pedir permiso a ti, pero a ti no te importa, ¿verdad, mami? Es muy pequeñito y podría dormir en mi cama y yo lo cuidaría.

A Virginia se le ocurrieron todas las clásicas excusas de los padres de los niños en situaciones semejantes. «Todavía es muy pequeño para separarlo de su madre. Necesita que ella le dé calor. Sólo mientras estemos aquí en Bosithick de vacaciones. Imagínate lo mal que lo pasaría durante el viaje de regreso en tren a Escocia.»

Eustace había dejado el cubo de las patatas en el suelo para acercarse a Cara, que seguía estrechando el gatito contra su pecho. Virginia observó con inquietud cómo Eustace se agachaba hasta alcanzar el nivel de Cara y le soltaba delicadamente los dedos con los suyos.

—No lo aprietes demasiado, de lo contrario no podría respirar.

—Es que tengo miedo de que se me caiga.

—No se te caerá. Está deseando ver lo que ocurre en el mundo. Nunca ha visto un sol tan brillante como éste -dijo Eustace, mirando con una sonrisa al gatito y a Cara.

Poco a poco, la niña le devolvió la sonrisa y entonces fue como si no llevara gafas ni tuviera la frente abombada y el cabello lacio y sólo destacara en ella la maravillosa dulzura de su expresión.

Al cabo de un rato, Eustace les dijo a los niños que fueran a llevar los gatitos a su camita y, pidiéndole a Virginia que lo esperara un momento,

entró en la casa para darle las patatas a la señora Thomas y enseguida volvió a salir con una cajetilla de cigarrillos y una tableta de chocolate. Se tendieron en el mismo sitio sobre la alta hierba y allí los encontraron los niños.

Eustace les dio el chocolate, pero les habló como si fueran personas mayores. «¿Qué habéis hecho?» «¿Qué hicisteis ayer con tanta lluvia?» «¿Ya habéis ido a la playa?»

Ellos le contestaron los dos a la vez, pues Cara ya había superado su timidez y estaba tan deseosa de facilitar información como Nicholas.

—Nos compramos unos impermeables y nos quedamos empapados. Y mamá tuvo que ir al banco para sacar más dinero y le compró a Nicholas un cubo y un pala.

—¡Pero aún no he podido ir a la playa a jugar con la arena!

—Y esta mañana hemos nadado en la piscina de la señora Lingard. Pero aún no hemos ido a la playa.

Eustace arqueó las cejas.

—¿Que todavía no os habéis bañado en el mar ni habéis ido a la playa? ¡Eso está pero que muy mal!

—Mami dice que aún no hemos tenido tiempo...

—Pero ella me lo prometió -gritó Nicholas, indignado-. Dijo que hoy podría ir a jugar con el cubo y la pala, pero yo todavía no he visto ni un solo grano de arena.

Al oírlo, Virginia se echó a reír, intensificando con ello su enfado.

—Bueno, pues es verdad y es lo que yo quiero por encima de todo.

–Si eso es lo que tú quieres por encima de todo -dijo Eustace-, ¿por qué estamos aquí discutiendo como unos tontos?

Nicholas miró a Eustace, entornando recelosamente los ojos-. ¿Quiere decir que podríamos ir a la playa?

–¿Y por qué no?

–¿Ahora?

–¿Acaso prefieres hacer alguna otra cosa?

–No, nada. Ninguna otra cosa. – Nicholas se puso en pie de un salto-. ¿Adónde vamos? ¿A Porthkerris?

–No, mejor que no... hay demasiada gente. Iremos a nuestra playa particular, una que no conoce nadie y pertenece a Penfolda y Bosithick.

Virginia se sorprendió.

–No sabía que tuviéramos una playa. Yo pensaba que sólo había rocas.

Eustace ya se había puesto en pie.

–Yo os la enseñaré... vamos, iremos en el Land-Rover.

–El cubo y la pala están en casa.

–Los recogeremos de camino.

–Y los trajes de baño y las toallas -dijo Cara.

–Eso también.

Eustace entró en la casa para recoger sus cosas, le gritó algo a la señora Thomas y encabezó la marcha hacia la verja, cruzando el patio de la granja.

Después llamó con un silbido a los perros y éstos se acercaron ladrando, pues sabían que el silbido significaba paseo, aromas campestres, conejos y tal vez un chapuzón en el mar. Todos, incluidos los perros, subieron al Land-Rover y Cara, libre ya de su timidez, lanzó gritos de alegría cuando el vehículo abandonó el patio de la granja y bajó brincando por el camino que conducía a la carretera.

—¿Está lejos? — le preguntó a Eustace.

—Muy cerquita.

—¿Y cómo se llama la playa?

—La cala de Jack Carley y no es un sitio para bebés sino para niños mayores que saben cuidar de sí mismos y bajar por las rocas.

Ambos hermanos se apresuraron a asegurarle que ellos entraban en la segunda categoría mientras Virginia contemplaba la gozosa satisfacción que reflejaba el rostro de Nicholas tras haber conseguido salirse con la suya de forma inmediata y sin que le dijeran que tal vez mañana o que esperara y tuviera paciencia. Entonces Virginia adivinó con toda exactitud los sentimientos de su hijo, pues tiempo atrás Eustace había obrado el mismo milagro para ella, comprándole el helado que tanto le apetecía e invitándola después inesperadamente a que lo acompañara a Penfolda.



## Capítulo 7

Dejaron el Land-Rover en el patio abandonado de una granja que había un poco más allá de Bosithick y se dirigieron a pie a la playa. Al principio cruzaron los campos en grupo y Eustace cogió de la mano a Nicholas para que no se rezagara según su costumbre. Pero más adelante los campos cedían el paso a los helechos y las zarzas y entonces tuvieron que caminar en fila india guiados por Eustace, salvando muretes de piedra medio derruidos y un arroyo en cuyas orillas crecían juncos que casi llegaban a los hombros de una persona. Tras superar el último murete, el camino desaparecía entre una jungla de tojos y verdes helechos. De pronto, el terreno empezó a bajar en una acusada pendiente y el camino zigzagueó entre la maleza hasta llegar al mismo borde del curvado acantilado, más allá del cual sólo había espacio, cielo azul, gaviotas chillonas y la lejana espuma de las olas del mar.

En aquel lugar, la costa parecía proyectarse hacia afuera en una especie de mellado promontorio compuesto por grandes formaciones de granito. Entre ellas asomaba una suave hierba de un intenso color verde punteada por manchas de purpúreos brezos, entre los cuales el camino serperneaba hasta una pequeña y escondida cala. El mar estaba en calma y era de color púrpura sobre las rocas y verde jade sobre la arena. La playa era muy pequeña y se hallaba protegida por los restos de un antiguo rompeolas. Más allá, la tierra subía hacia la verde curva del acantilado, por cuya escarpada pared descendía un arroyo en toda una serie de pequeñas cascadas. Por encima del antiguo rompeolas, pegada al pie del acantilado, se levantaba una casita medio en ruinas con las ventanas rotas y un tejado con las tejas medio arrancadas.

Acariciados por la suave brisa, los cuatro permanecieron de pie, contemplando el panorama a sus pies. La sensación era un poco extraña y Virginia temió que los niños tuvieran vértigo, a pesar de que éstos no daban

la menor muestra de malestar ante la impresionante altura.

–Allí hay una casa -dijo Cara.

–Es la de Jack Carley.

–¿Y ahora dónde vive?

–Con los ángeles, supongo.

–¿Y usted le conocía?

–Sí. Ya era viejo cuando yo era pequeño y no le gustaba que la gente viniera por aquí y tanto menos los viejos. Tenía un perro enorme que se ponía a ladrar y los asustaba.

–Pero a usted sí le dejaba venir, ¿verdad?

–A mí sí -contestó Eustace, mirando con una sonrisa a Nicholas-. ¿Quieres que te lleve en brazos o podrás bajar tú solo?

–No, no quiero que me lleve en brazos, gracias. Pero preferiría que usted caminara delante.

En realidad, los que encabezaron la marcha fueron los perros, tan intrépidos y seguros de sus patas como las cabras. Los humanos los siguieron a una velocidad más prudencial a pesar de que el camino, según pudo comprobar Virginia, no era tan peligroso como parecía a primera visita. El terreno era duro y firme y, en los lugares más escarpados, había unos toscos peldaños contruidos con cemento o con restos de madera arrojados a la playa por el mar.

Bajaron con más rapidez de la que esperaban. Por encima de ellos, la oscura mole de la escarpada pared rocosa se elevaba en medio de la sombra pero, en cuanto saltaron a la playa, sintieron el calor de los rayos del sol y la tibieza de la arena bajo sus pies. Se percibía un fuerte olor a brea y sólo se

oían los gritos de las gaviotas, el rumor del mar y el susurro del arroyo.

La caleta ofrecía un aspecto irreal, como si estuviera fuera del espacio y el tiempo. No soplaba la menor brisa, el sol calentaba con fuerza, la arena era blanca y el agua tan transparente como el cristal. Los niños se quitaron inmediatamente la ropa, cogieron el cubo y la pala y se acercaron enseguida a la orilla donde empezaron a cavar en la arena para construir un castillo con su foso y sus torres en forma de cubo.

—Cuando suba la marea, se llevará todo el castillo -dijo Cara.

—No, porque construiremos un foso muy hondo y entonces el agua entrará por allí.

—Si la marea es más alta que el castillo, seguro que se lo lleva, eso te lo digo yo.

Nicholas reflexionó antes de contestar.

—Bueno, pero aún tardará un buen rato en llevárselo -dijo al final.

Fue uno de aquellos días que se recuerdan toda la vida. Virginia se imaginó a sus hijos al llegar a la mediana edad, evocando con nostalgia aquel día del pasado.

«Había una pequeña cala y una casita en ruinas y no había nadie más que nosotros. Nos acompañaban dos perros y tuvimos que bajar por un camino suicida.

»-¿Quién nos llevó?

»-Eustace Philips.

»-Pero ¿quién era?

»-No me acuerdo... Debía de ser un granjero, algún vecino.»

Después, discutirían a propósito de los detalles.

«-Había un arroyo.

»-No, era una cascada.

»-Había un arroyo que bajaba hasta el centro de la playa. Lo recuerdo muy bien. Y nosotros le construimos un dique con arena.

»-Pero había también una cascada. Y a mí me habían comprado una pala.»

Cuando subió la marea, los cuatro nadaron un poco en la transparente y fría agua salada. Virginia había olvidado el gorro de baño y el cabello oscuro se le pegaba a la cabeza mientras su sombra se proyectaba sobre los guijarros del fondo como la de una nueva y extraña variedad de pez. Cogiendo de la mano a Cara, flotó entre el cielo y el mar con los ojos deslumbrados por el agua y el sol. Las ruidosas gaviotas surcaban el aire y sólo se escuchaba el suave murmullo de las olas rompiendo en la playa.

De pronto Virginia empezó a tiritar pero, al ver que los niños no daban la menor señal de tener frío, los dejó con Eustace, salió del agua y fue a sentarse en la seca arena.

Se sentó directamente sobre la arena porque no habían llevado esteras ni grandes toallas de playa, ni peines, ni barra de labios, ni galletas, ni una labor de punto, ni un termo de té y ni tan siquiera un jersey. Tampoco un pastel o unas galletitas de chocolate o dinero para dar un paseo en burrito o para comprar un helado.

Finalmente Cara salió del agua. Le castañeteaban los dientes y Virginia la envolvió en una toalla y empezó a secarla suavemente.

—A este paso, pronto aprenderás a nadar.

—¿Qué hora es? — preguntó Cara.

Virginia contempló el sol con los ojos entornados.

–Supongo que casi las cinco..., no sé.

–Aún no hemos tomado el té.

–No y el caso es que no tenemos ni creo que tengamos.

–¿Qué no tenemos té?

–Por una vez no importa. Después cenaremos.

Cara hizo una mueca, pero no protestó. En cambio, Nicholas se quejó ruidosamente al enterarse de que Virginia no llevaba nada para comer.

–Pero es que yo tengo hambre.

–Lo siento.

–La tata siempre llevaba cosas para comer y tú no tienes nada.

–Ya lo sé. Se me ha olvidado, íbamos con tantas prisas que no me he acordado de las galletas.

–Pues entonces, ¿qué voy a comer?

Eustace captó la última parte de la conversación en el momento en que salía del agua.

–¿Qué es lo que pasa? – preguntó, agachándose para coger una toalla.

–Pues que estoy muerto de hambre y mamá no ha traído nada para comer.

–Qué lástima -dijo Eustace, fingiendo compadecerse de él.

Nicholas lo miró de soslayo y dio media vuelta en enfurruñado silencio para reanudar sus juegos con el cubo y la pala, pero entonces Eustace lo agarró por el brazo, lo atrajo suavemente hacia sí y empezó a secarlo con la toalla como si se tratara de uno de sus cachorros.

—De todos modos -dijo Virginia, tratando de apaciguar a su hijo-, nos vamos a tener que ir enseguida.

—¿Por qué? — preguntó Eustace.

—Pensaba que tenías que ordeñar las vacas.

—Eso lo hará Bert.

—¿Bert?

—Hoy estaba en Penfolda, limpiando los establos.

—Ah, sí.

—Trabajaba para mi padre y ahora ya está jubilado, pero viene en domingos alternos para echarme una mano. Le encanta hacerlo, la señora Thomas le prepara una comida estupenda y yo dispongo de unas cuantas horas libres.

Nicholas, que ya empezaba a cansarse de aquella charla intrascendente, trató de soltarse de las manos de Eustace y lo miró enfurecido.

—Tengo hambre.

—Yo también -dijo Cara, aunque con menos vehemencia que su hermano.

—Bueno, pues prestad atención.

Los niños la prestaron. Y oyeron, sobre el trasfondo del rumor de las olas y los gritos de las gaviotas, otro sonido distinto. El suave zumbido de un motor, cada vez más cerca.

—¿Qué es eso?

—Ya lo veréis.

El sonido se oía cada vez más próximo. Poco después, rodeando la punta del promontorio, vieron una pequeña embarcación blanca con una franja azul surcar las aguas en medio de una vaporosa nube de blanca espuma. Una fornida figura permanecía de pie en la popa. La embarcación se adentró en la caleta y el motor empezó a marchar en vacío, emitiendo un sincopado zumbido...

Todos la contemplaron boquiabiertos de asombro.

—¡Aquí lo tenéis! — exclamó Eustace como un mago que acabara de culminar con éxito un difícil truco.

—¿Quién es? — preguntó Virginia.

—Es Tommy Bassett, de Porthkerris. Viene a recoger sus nasas de langostas.

—Pero seguro que no lleva galletas -dijo Nicholas, que nunca olvidaba el asunto que tenía entre manos.

—No, pero a lo mejor lleva otra cosa. ¿Quieres que vaya a ver?

—Bueno -contestó, el niño en tono dubitativo.

Eustace apartó a Nicholas, bajó a la orilla y se sumergió en una ola color pavo real, nadando con fuertes brazadas hacia el lugar donde la embarcación se había detenido. El pescador ya estaba izando las nasas de langostas a bordo. Vacío una de ellas, la arrojó de nuevo al mar y entonces vio acercarse a Eustace.

—¡Hola, chico! — tronó su voz sobre el rumor del oleaje.

Los de la playa observaron cómo Eustace se agarraba a la borda, permanecía un instante inmóvil y después tomaba impulso para salir del agua y subir a la embarcación.

—Qué rápido nada -comentó Cara.

—Espero que no nos traiga una langosta -dijo Nicholas.

—¿Por qué no?

—Las langostas tienen garras.

Les pareció que ambos hombres estaban discutiendo a bordo. Finalmente Eustace se levantó, sosteniendo una especie de fardo. Después se arrojó de nuevo al agua para regresar a la playa, aunque esta vez lo hizo nadando un poco más despacio a causa de la misteriosa carga que llevaba y que resultó ser nada menos que una bolsa de red que contenía una docena de relucientes caballas.

«A mí no me gusta el pescado», se disponía a decir Nicholas, pero, al ver la mirada de Eustace, optó por mantener la boca cerrada.

—Pensé que a lo mejor tendría unas cuantas -explicó Eustace-, pues suele echar el sedal cuando viene por las nasas. ¿Has comido alguna vez caballa? — le preguntó con una sonrisa a Cara.

—No creo -contestó la niña-, pero qué raro que te haya dado la bolsa. — Para ella, el detalle resultaba más sorprendente que el regalo de las caballas-. ¿Es que no quiere que se las devuelvas?

—Él no ha dicho tal cosa.

—Nos tendremos que llevar el pescado a Bosithick.

—¿Y eso por qué? No, lo asaremos aquí... A ver si me echáis una mano.

Eustace recogió unas seis o siete grandes piedras muy lisas y redondas, las dispuso en círculo, sacó las cerillas, recogió una arrugada cajetilla de cigarrillos y algunas astillas de madera arrojadas a la playa por el mar y les prendió fuego. Luego envió a los niños en busca de más leña hasta conseguir encender una buena hoguera. Cuando la leña ya se había convertido en ceniza y sólo se encendía si la soplaban, alineó los peces encima de ella, se produjo un chisporroteo y enseguida se esparció por el aire un aroma delicioso.

—Pero no tenemos cuchillos ni tenedores -dijo Cara.

—Los dedos se hicieron antes que los tenedores.

—Pero estarán muy calientes y nos quemaremos.

Cara y Nicholas se sentaron junto al fuego con el cabello desgreñado y vestidos tan sólo con los trajes de baño y una capa de arena. Parecían unos auténticos salvajes, pero eran inmensamente felices.

Cara estudió las hábiles manos de Eustace y le preguntó:

—¿Lo habías hecho alguna otra vez?

—¿Qué, hacer astillas con un cuchillo?

—No, encender una hoguera y asar pescado.

—Muchas veces. Es la única manera de cocer y comer las caballas recién pescadas.

—¿También lo hacías cuando eras pequeño?

—Sí.

—¿Entonces aún vivía el viejo Jack Carley?

—Sí, solía bajar a la playa e incorporarse a nuestro grupo. Llevaba consigo una botella de ron y una apestosa pipa y nos contaba unas historias tan espeluznantes que nunca sabíamos si eran ciertas o no.

—¿Qué clase de historias?

—Historias de aventuras... Había viajado por todo el mundo y trabajado en toda clase de oficios. Había sido cocinero de un barco y leñador, peón caminero y obrero de ferrocarril, minero y qué sé yo cuántas cosas más. Trabajó cinco años o más en Chile, se hizo rico, pero se gastó el dinero en doce meses y volvió a largarse.

—Pero regresó.

—Sí, regresó a su cala. — Cara se estremeció—. ¿Tienes frío?

—La tata dice que es un fantasma que camina sobre tu sepultura.

—Pues ponte un jersey para que se vayan los fantasmas y enseguida nos podremos comer el té.

Al ver a Eustace con sus hijos, Virginia pensó en Anthony que tantas cosas se había perdido porque nunca quiso tener nada que ver con ellos. Si Cara hubiera sido agraciada, puede que le hubiera prestado un poco más de atención... Cara, que tantas atenciones y tanto amor necesitaba y para quien su padre era el hombre más maravilloso del mundo. Pero era una niña feúcha y tímida y llevaba gafas y él nunca se había esforzado en disimular que se avergonzaba de ella. Y Nicholas... Con Nicholas las cosas hubieran sido distintas. En cuanto el niño hubiera tenido la edad suficiente, Anthony le hubiera enseñado a cazar, jugar al golf y pescar, ambos se hubieran hecho muy amigos y hubieran ido juntos a todas partes. Pero ahora Anthony había muerto y ya nada sería posible. Virginia lo lamentó porque sus hijos jamás podrían recordar haber nadado con él, haber encendido una hoguera en la playa o escuchado sus relatos mientras sus hábiles manos utilizaban un cuchillo para fabricar unos toscos tenedores a partir de unos restos de madera.

Los rayos del sol caían directamente sobre ellos y el mar parecía un líquido fulgor. Pronto anochecería y llegaría la oscuridad. Jack Carley había vivido allí como Aubrey Crane había vivido en Bosithick. No se les veía ni se les oía, pero su presencia perduraba en aquellos lugares.

La conciencia del pasado resultaba un tanto inquietante, pero al mismo tiempo tan elemental que no suscitaba el menor temor. No hubiera sido posible vivir en aquellos parajes con nerviosismo o timidez porque, a pesar de su belleza, eran unos lugares inhóspitos y por todas partes acechaba el peligro. En el mar profundo y traicionero con sus remolinos y corrientes inesperadas. En las rocas y las cuevas, rápidamente aisladas y sumergidas por las mareas. Incluso en los tranquilos campos que habían atravesado aquella tarde acechaban insospechadas amenazas, pues bajo los helechos se ocultaban profundos y negros pozos de minas abandonadas. Los restos de pelo y plumas y los pequeños huesos que se veían aquí y allá eran mudos testigos de la presencia de los zorros que construían sus madrigueras bajo los tojos.

Al caer la noche se oía el grito de la lechuza y el tejón salía en busca de alimento. Pero a él no le interesaba la emoción de la caza sino que le bastaba con levantar la tapa del cubo de la basura en mitad de la noche, armando tal estruendo que la mujer del granjero se despertaba sobresaltada y cubierta de sudor frío.

—Mami, ya está asado -dijo la voz de Cara, interrumpiendo las reflexiones de Virginia. Esta levantó la vista y vio a Cara sosteniendo en alto un rudimentario tenedor de madera con un trozo de pescado peligrosamente ensartado en su punta-. ¡Cógelo enseguida, antes de que se me caiga! — añadió la niña en tono apremiante.

Virginia se levantó, se sacudió la arena del traje de baño y se reunió con los demás.

Bajo el resplandor del sol poniente, mientras la fría brisa marina les acariciaba el rostro, regresaron lentamente a casa. Los niños estaban

soñolientos y silenciosos. Nicholas se avergonzó un poco de que Eustace lo llevara a cuestas mientras Virginia sostenía en una mano la bolsa del pescador en la que guardaba las toallas y sujetaba con la otra la de Cara. Todos estaban cubiertos de arena y de sal y subían con paso cansino el empinado sendero a través de los helechos y la traicionera maleza. Al final llegaron a los campos y, a partir de allí, el camino fue mucho más fácil. A su espalda, el resplandeciente mar reflejaba todos los colores del cielo y delante de ellos se levantaba Bosithick pegado a la curva de la colina, detrás de la cual la carretera se iluminaba de vez en cuando con la luz de los faros delanteros de los automóviles que circulaban por ella.

Algunas de las vacas de Eustace habían pasado al campo de más arriba a través de una brecha del seto. En medio de la penumbra del anochecer, sus moles castañas y blancas emitían suaves mugidos y levantaban la cabeza al paso de la pequeña procesión.

—¿Vuelves con nosotros? — preguntó Nicholas, inclinándose hacia adelante para hablarle a Eustace al oído.

—Ya es hora de que regrese a casa -contestó Eustace sonriendo.

—Nos gustaría que te quedaras a cenar.

—Ya habéis cenado -dijo Eustace.

—Yo pensaba que aquello había sido el té.

—No me digas que todavía te queda sitio para más comida.

—No, puede que no -dijo Nicholas, bostezando.

—Os prepararé un poco de chocolate caliente y os lo beberéis en la cama - dijo Virginia.

—Sí, pero me gustaría que se quedara Eustace y hablar con nosotros mientras nos bañamos...

–Sí -terció Clara-. Y después mamá nos prepararía el chocolate y tú podrías hablar con nosotros.

–Haré algo más que eso -dijo Eustace-. Os restregaré la espalda para quitaros la arena que lleváis encima.

Los niños se rieron como si la cosa tuviera mucha gracia y, nada más entrar en la casa, corrieron al cuarto de baño para abrir los grifos de la bañera. Desde el otro lado de la puerta se oyeron unos siniestros chapoteos y Eustace, remangándose, fue a poner un poco de orden.

–Estaos quietos -le oyó decir Virginia-, como no os andéis con cuidado, hundiréis el barco.

Dejándole la tarea a él, se fue con la bolsa del pescador a la cocina, vació su contenido en el fregadero, enjuagó bien las toallas llenas de arena y las escurrió. Luego salió al oscuro jardín, buscó a tientas la cuerda y las tendió, dejándolas colgando como fantasmas en la oscuridad.

Regresó a la cocina, puso la leche a calentar en un cazo y se apoyó contra el fregadero, bostezando. Después se llevó una mano a los ojos y, al notar que tenía la cara cubierta de arena, sacó un espejito y un peine de su bolso, apoyó el espejo en un estante y trató de arreglarse el pelo, pero lo tenía rígido y reseco a causa de la arena y la sal. Si hubiera tenido una ducha, se lo habría lavado, pero la idea de colocar la cabeza bajo el grifo no le hacía mucha gracia. En el espejo redondo vio las pecas que le cubrían el caballete de la nariz y las dos manchas oscuras de sus ojos.

La leche empezó a hervir en el cazo. Preparó dos tazones de chocolate, los colocó en una bandeja y subió con ellos al piso de arriba. Vio que el cuarto de baño estaba vacío y observó unas huellas de toallas mojadas que conducían al cuarto de los niños. La puerta del dormitorio estaba abierta y se oían sus voces desde el pasillo.

De pie en la puerta sin que ellos repararan en su presencia, Virginia vio a

Eustace sentado de espaldas a ella en la cama de Cara y a los dos niños acostados en la de Nicholas. Juntando su cabeza con las de ambos hermanos, Eustace estaba efectuando una visita guiada por las fotografías de Cara.

—Y esta grande de aquí es la de papá. Es muy guapo, ¿verdad?... -dijo Cara, sintiéndose totalmente a sus anchas-. Y ésta es nuestra casa de Escocia, éste es mi dormitorio y éste es el de Nicholas y arriba está el cuarto de juguetes...

—¡Este es mi dormitorio!

—He dicho que era éste, tonto. Y éste es el de la tata y éste el de mamá, pero los de atrás no se pueden ver porque están al otro lado. Y ésta es una vista aérea...

—La sacó un hombre que iba en un avión...

—Y éste es el parque y el río. Y aquí está el jardín vallado.

—Y éste es el señor McGregor con su tractor. Y éste es Bob y éste Fergie.

Eustace estaba empezando a armarse un lío.

—Un momento, ¿quiénes son Bob y Fergie?

—Bueno, Bob es el que ayuda al señor McGregor y Fergie es el ayudante del jardinero. Fergie toca la gaita y ¿sabes quién le enseñó? Su tío. ¿Y sabes cómo llaman a su tío? Pío -dijo triunfalmente Nicholas, contestando él mismo a la pregunta.

—El tío Pío -dijo Eustace.

—Y éste es papá esquiando en St. Moritz y aquí estamos todos en la caza de la perdiz... Bueno, nosotros sólo fuimos a la merienda, pero no subimos al monte. Y ésta es la parte del río donde a veces nos bañamos, aunque no es

un río muy seguro porque las piedras lastiman los pies. Pero mamá ha dicho que, cuando volvamos a Kirkton, mandará construir una piscina como la de tita Alice Lingard...

—Y éste es el coche de papá, un Jaguar muy grande. Es un... -Nicholas tartamudeó-. Era un Jaguar muy grande -rectificó valerosamente-. De color verde.

—Aquí tenéis el chocolate -dijo Virginia.

—Mira, mami, le estábamos enseñando a Eustace todas las fotografías de Kirkton...

—Sí, ya veo.

—Ha sido muy bonito -dijo Eustace-. Ahora ya lo sé todo sobre Escocia.

Se levantó para dejarle sitio a Virginia y fue a colocar el marco encima de la cómoda.

Los niños se metieron en sus respectivas camas.

—Tienes que venir a vernos. Tienes que quedarte con nosotros, ¿verdad, mami? Puede dormir en la habitación de invitados, ¿verdad?

—Quizá -contestó Virginia-. Pero Eustace está siempre muy ocupado.

—Es verdad -dijo Eustace-. Siempre tengo un montón de cosas que hacer. Bueno pues... -añadió, dirigiéndose hacia la puerta-. Buenas noches.

—Buenas noches, Eustace. Y gracias por llevarnos a ese sitio tan bonito.

—No soñéis con Jack Carley.

—Aunque sueñe con él, no me asustaré.

–Así me gusta. Buenas noches, Nicholas.

–Buenas noches y hasta mañana.

–No te vayas -dijo Virginia-. Bajo enseguida.

–Te espero abajo.

Los niños se terminaron el chocolate entre bostezos. Se les cerraban los ojos de sueño cuando Virginia se inclinó para darles un beso. Sin embargo, cuando ésta fue a besar a Nicholas, el niño hizo algo inusitado. A pesar de su carácter poco expansivo, Nicholas le rodeó el cuello con sus brazos y apretó la mejilla contra la suya.

–¿Qué te ocurre? – le preguntó Virginia en un susurro.

–Era un sitio muy bonito, ¿verdad?

–¿Te refieres a la cala?

–No. A la casa donde vive Eustace.

–Penfolda.

–¿Volveremos alguna vez?

–Pues claro.

–Me ha gustado mucho el gatito.

–Ya lo sé.

–Eustace está abajo.

–Sí.

—Os oiré hablar -añadió el niño, satisfecho-. Os oiré hablar, hablar y hablar.

—¿Y te gustará?

—Creo que sí -contestó Nicholas.

Estaban a punto de quedarse dormidos pero, aun así, Virginia permaneció con ellos, recogiendo la ropa que había tirada por el suelo, doblando las prendas y colocándolas en dos desvencijadas sillas de mimbre con tanto cuidado como hubiera podido tener la tata. Después entornó un poco la ventana porque había refrescado bastante y corrió las cortinas. Bajo la suave luz de la lámpara de la mesita de noche, la habitación resultó de pronto un lugar recogido y acogedor en el que sólo se escuchaba el tic tac del reloj de Cara y la respiración de los niños.

En aquellos momentos, Virginia se sintió rebosante de amor. Hacia sus hijos; hacia aquella extraña casa; hacia el hombre que la esperaba abajo. Y experimentó, al mismo tiempo, una maravillosa sensación de plenitud. «Será la primera vez -pensó-, que Eustace y yo estamos solos y con mucho tiempo por delante. Nosotros dos solos.» Encendería el fuego de la chimenea, correría las cortinas y le prepararía una taza de café. Podrían pasarse toda la noche hablando, si quisieran. Podrían estar juntos todo el rato que quisieran.

Cara y Nicholas se habían quedado dormidos. Virginia apagó la luz y, al bajar, descubrió una inesperada y sorprendente oscuridad. Por un momento pensó que Eustace habría cambiado de idea y ya se habría ido, pero entonces lo vio fumando de pie junto a la ventana. Todavía quedaban unos últimos restos de luz en el cielo y ésta se reflejaba en parte en su rostro. Sin embargo, al oír sus pisadas, Eustace se volvió y entonces ella no pudo ver la expresión de su semblante sino tan sólo unas sombras.

—Pensaba que te habías ido -le dijo.

—No. Todavía estoy aquí.

La oscuridad la molestaba. Alargó la mano hacia la lámpara de sobremesa y la encendió. Un haz de luz amarilla se interpuso entre ambos. Esperó a que él dijera algo pero, al ver que no lo hacía sino que seguía fumando en silencio, decidió hacerlo ella.

—No sé... qué podríamos hacer. ¿Te apetece comer algo? Ni siquiera sé la hora que es.

—No te preocupes.

—Te podría hacer un café...

—¿No tienes una lata de cerveza?

Virginia hizo un gesto de impotencia.

—No tengo, Eustace, lo siento. No he comprado porque no suelo beberla. — Temiendo que sus palabras sonaran a reproche contra la afición a la cerveza, añadió con una sonrisa: Quiero decir que no me gusta el sabor.

—No importa.

La sonrisa se desvaneció y Virginia tragó saliva.

—¿Seguro que no te apetece un poco de café?

—No, gracias. — Eustace empezó a buscar un sitio donde apagar la colilla. Virginia le ofreció un platillo y él la aplastó con rabia mal contenida. Tengo que irme -dijo.

—Pero...

Eustace se volvió para mirarla y entonces Virginia añadió en tono un tanto afectado:

—Nos lo hemos pasado muy bien. Has sido muy amable al dedicarnos el día

y enseñarnos la cala y... todo lo demás. A los niños les ha encantado.

—Son unos niños muy buenos.

—Sí. Yo...

—¿Cuándo regresas a Escocia?

La brusquedad de la pregunta y la frialdad de su voz sorprendieron a Virginia, quien experimentó un súbito estremecimiento de inquietud que le bajó por la columna vertebral como un chorro de agua helada.

—Pues... todavía no lo sé -contestó, asiendo el respaldo de una silla como si temiera caerse-. ¿Por qué lo preguntas?

—Tendrás que regresar.

Era una afirmación, no una pregunta. Al oírla, la natural desconfianza de Virginia la indujo a llegar a la peor conclusión. Eustace esperaba que se fuera, incluso lo deseaba.

—Bueno -contestó con la mayor jovialidad posible-, algún día tendré que regresar. Al fin y al cabo es mi casa, la casa de los niños.

—Nunca hubiera podido imaginar que fuera una propiedad tan inmensa...

—Ah, te refieres a las fotografías que te ha enseñado Cara...

—Eso quiere decir que debes de tener mucha gente que te ayuda a dirigirla.

—No me ocupo yo, Eustace.

—Pues tendrías que hacerlo. Y conocer lo que son las labores del campo. Te sorprenderías de lo mucho que hay que aprender. Tendrías que interesarte por algo, poner en marcha alguna cosa nueva. Comprar unos cuantos toros Aberdeen Angus. ¿Nunca se le ocurrió esta posibilidad a tu marido? Un

buen toro se puede vender en la feria de Porth por sesenta o setenta mil libras.

La conversación parecía una absurda pesadilla.

—¿De veras? —dijo Virginia. Se notaba la boca seca y sus palabras apenas se oían.

—Por supuesto que sí. ¿Quién sabe? Algún día le podrías legar algo importante a tu hijo.

—Sí.

—Tengo que irme -repitió Eustace, esbozando una leve sonrisa-. Ha sido un día muy agradable.

Sin embargo, Virginia recordaba otro mejor, el que había pasado con Eustace, aquella soleada y ventosa tarde primaveral en que él le compró un helado y después la acompañó a casa. Había prometido telefonarla, pero lo había olvidado o quizá había cambiado de idea. De pronto, se dio cuenta de que se había pasado toda la tarde esperando que él le contara lo que había ocurrido en realidad. Esperaba que él mencionara el tema y lo contara como una historia delante de los niños, un inofensivo recuerdo nostálgico compartido por dos viejos amigos. Pero él no había dicho nada. Y ahora ella se quedaría sin saberlo.

—Sí -dijo, soltando el respaldo de la silla y cruzando los brazos sobre el pecho como si tuviera frío-. Un día muy especial. De esos que nunca se olvidan.

Eustace rodeó la mesa para acercarse a ella, pero Virginia se apartó en dirección a la puerta. El fresco y perfumado aire nocturno penetró en la casa y ambos contemplaron el azul zafiro del cielo cuajado de estrellas. Se oyó en la oscuridad el largo y doliente canto de un zarapito.

—Buenas noches, Virginia -dijo Eustace, de pie a su lado.

–Buenas noches, Eustace.

Después, él bajó los peldaños, saltó el murete y cruzó los campos hacia el viejo patio donde había dejado su vehículo. La oscuridad lo envolvió de inmediato. Virginia cerró la puerta, regresó a la cocina y lavó despacio y con cuidado los tazones del chocolate de los niños. Oyó el rumor del Land-Rover de Eustace subiendo por el camino en dirección a la carretera hasta perderse en el silencio de la noche, pero no levantó ni por un instante la vista de lo que estaba haciendo. Una vez secados los tazones y doblado el mantelito, descubrió que estaba agotada. Apagó las luces, subió lentamente al piso de arriba, se desnudó y se acostó. Tenía el cuerpo cansado, pero sus pensamientos estaban tan alterados como si se hubiera pasado toda una semana viviendo a base de café cargado.

«-Él no te quiere.

»-Jamás creí tal cosa.

»-Pero empezabas a creerlo. Después de lo de hoy.

»-Pues me he equivocado. No tenemos ningún futuro juntos. Él me lo ha dado a entender con toda claridad.

»-Yo pensaba que me comentaría lo que había ocurrido años atrás.

»-No ocurrió nada. ¿Por qué iba él a acordarse?

»-Porque yo sí me acuerdo. Porque Eustace fue la persona más importante de mi vida y el acontecimiento más importante que jamás me había ocurrido.

»-Tú no te acordabas. Te casaste con Anthony Keile.»

Se casaron en el mes de julio, en Londres. Virginia lucía un vestido de raso

color crema con una cola de casi dos metros y un velo que había pertenecido a la abuela de lady Keile, y Anthony llevaba un chaqué de color gris y unos pantalones de corte impecable. Salieron de St. Michael a la soleada Chester Square entre un repique de campanas, con su pequeño séquito de damas de honor exquisitamente ataviadas, arrancando exclamaciones de admiración del reducido grupo de curiosas damas que se habían dado cuenta de que se celebraba una boda y estaban esperando para ver quién salía de la iglesia cuando se abrieran las puertas.

La emoción, el champán, el placer de ser amada, felicitada y besada mantuvieron el ánimo de Virginia hasta que llegó el momento de subir a cambiarse. Allí estaba su madre, dispuesta a bajarle la cremallera del precioso modelo de raso y ayudarla a quitarse la diadema y el vaporoso velo.

—Oh, cariño, todo ha sido precioso y tú estabas encantadora, aunque quizá no debiera mostrarme tan orgullosa ni decir estas cosas de mi propia hija... Cariño, estás temblando, ¿no habrás cogido frío?

—No, no tengo frío.

—Pues entonces cámbiate los zapatos y yo te ayudaré a ponerte el vestido.

Era un modelito rosa con un sombrerito a juego a base de pétalos superpuestos, un encantador e inservible conjunto que jamás en su vida volvería a ponerse. Se imaginaba a sí misma regresando de la luna de miel todavía con su vestido de seda y su sombrero de pétalos, ya un poco marchitos y con los bordes parduscos. (Pero no podían ponerse parduscos, claro, porque no eran pétalos de verdad.)

—... Tu maleta está en el portaequipajes del coche de Anthony. Ha sido una buena idea eso de tomar un taxi para ir al apartamento y recoger el coche allí. Así no hay que aguantar las payasadas de los amigos y compañeros.

Se oyeron unos rugidos y unos pies al galope procedentes del pasillo. Era Anthony, que levantaba ridículamente la voz imitando un cuerno de caza.

—¡Ahí le tienes! Parece que ya está listo. — Su madre le dio un apresurado beso-. Que te diviertas mucho, cariño.

La puerta se abrió de golpe y apareció Anthony vestido con el traje que había elegido para el viaje y tocado con un gran sombrero ancho. Estaba considerablemente bebido.

—¡Aquí estás! Nos vamos a la Costa Azul, amor mío, por eso me he puesto este sombrero.

La señora Parsons, sonriendo con indulgencia, se lo quitó, le alisó el cabello con sus largos dedos y le arregló la corbata. Parecía ella la novia y no Virginia, que contemplaba la escena con semblante absolutamente inexpresivo. Anthony le tendió la mano.

—Ven -le dijo-, ya es hora de que nos vayamos.

El coche de alquiler, envuelto en confetis, los condujo de nuevo al apartamento de la señora Parsons donde les aguardaba el automóvil de Anthony. De acuerdo con los planes, hubieran tenido que subir directamente al automóvil y dirigirse inmediatamente al aeropuerto, pero Virginia tenía una llave en el bolso y, en su lugar, entraron y se encaminaron a la cocina donde ella se anudó un delantal encima del vestido rosa de seda y Anthony se sentó a la mesa, observándola mientras ella le preparaba un café muy cargado.

Para la luna de miel les habían prestado una villa en Antibes. Cuando apenas llevaban dos días allí Anthony se tropezó con un viejo amigo suyo y, al finalizar la primera semana, ya había hecho amistad con todo el mundo. Virginia pensó que eso era lo que ella esperaba y deseaba. El carácter sociable de Anthony formaba parte de su encanto y era una de las cosas que más la habían atraído al principio. Además, al término de su primer día de convivencia quedó muy claro que ambos no tendrían muchas cosas de que hablar. La conversación durante las comidas solía ser bastante difícil. Fue entonces cuando Virginia se dio cuenta de que jamás habían estado solos los

dos juntos.

Habían conocido a una pareja formada por Janey y Hugh Rouse; él era escritor y tenían una casa alquilada en Cap Ferrat. Janey era mayor que Virginia, la cual la apreciaba mucho y se encontraba muy a gusto con ella. En cierta ocasión, sentadas en la terraza de la casa de Cap Ferrat esperando a que los hombres regresaran de las rocas, Janey le preguntó a Virginia:

—¿Cuánto tiempo hace que conoces a Anthony, cielo?

Había vivido de niña en Estados Unidos y, aunque no hablaba con mucho acento norteamericano, su lenguaje contenía palabras y frases que inmediatamente revelaban su procedencia.

—No mucho. Le conocí en mayo.

—Un flechazo, ¿verdad?

—No sé, supongo que sí.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—Eres tremendamente joven para sentar la cabeza. Creo que Anthony aún tardará unos cuantos años en sentarla.

—No tendrá más remedio que hacerlo -dijo Virginia- porque vamos a vivir en Escocia donde Anthony ha heredado una propiedad... Kirkton. Pertenece a un tío suyo soltero y pensamos instalarnos allí.

—¿Quieres decir que Anthony se pasará la vida recorriendo los campos con un traje de tweed y unas botas llenas de barro?

—No exactamente, pero no creo que el hecho de vivir en Escocia sea lo mismo que vivir en Londres.

—Desde luego -dijo Janey, que conocía el lugar-. Pero no sueñes con una vida sencilla porque sufrirías una decepción.

Sin embargo, Virginia esperaba una vida sencilla. Nunca había estado en Kirkton ni en Escocia, pero una vez había pasado las vacaciones de Pascua con una compañera del colegio que vivía en Northumberland y se había imaginado que Escocia debía de ser en cierto modo algo parecido y que Kirkton sería una achaparrada granja de piedra de forma irregular, con suelo de baldosas, raídas alfombras turcas y un comedor con una gran chimenea y grabados con escenas de caza en las paredes.

En su lugar, se encontró con un alto y cuadrado edificio estilo Adam de elegantes proporciones, con ventanas de guillotina en las que se reflejaban los rayos del sol y una escalinata de piedra que conducía del camino a la puerta principal.

Más allá de la grava se extendía el césped y, al otro lado de una cerca hundida, un parque de gigantescas hayas que bajaba hasta la lejana y plateada curva del río.

Abrumada por el espectáculo, Virginia siguió a Anthony en silencio, subiendo los peldaños y cruzando el umbral de la mansión. La anticuada casa estaba vacía y carecía de muebles. Entre los dos se encargarían de la decoración. La tarea se le antojaba a Virginia superior a sus fuerzas pero, cuando se lo dijo a Anthony, éste rechazó sus protestas.

—Pediremos la colaboración de Philip Sayer, el mejor decorador que pudo encontrar mi madre para su casa de Londres. De lo contrario cometeríamos unos errores tremendos y la casa quedaría hecha un desastre.

Virginia pensó para sus adentros que prefería sus propios errores al gusto impecable de otra persona, pero no dijo nada.

—Y éste es el salón y allí está la biblioteca. El comedor y las cocinas están en el piso de abajo.

La estancia era inmensa y tenía unos techos profusamente decorados de los que colgaban unas enormes y resplandecientes arañas de cristal. Las paredes estaban revestidas de madera y por encima de las altas ventanas había unas maravillosas molduras. Todo estaba polvoriento y por todas partes se respiraba una atmósfera de frialdad.

Subieron al primer piso por una curvada y elegante escalinata en cuyos relucientes peldaños sus pasos resonaban como en todo el resto de la vacía mansión. Arriba había numerosos dormitorios, cada uno de ellos con su propio cuarto de baño, vestidor, cuarto de la ropa blanca, armario de la doncella e incluso un *boudoir*.

—¿Y qué voy a hacer yo con un *boudoir*? — preguntó Virginia.

—Pues puedes *bouder* y, si no sabes lo que eso significa, te diré que es una palabra francesa que equivale a «estar de morros». Vamos, mujer, no pongas esta cara tan horrorizada y finge que te lo estás pasando muy bien.

—Es que todo esto es enorme.

—Cualquiera diría que es el Palacio de Buckingham.

—Yo nunca había estado en una casa tan grande y jamás pensé que algún día llegaría a vivir en un sitio así.

—Bueno, pues vas a vivir en él y, por consiguiente, será mejor que empieces a acostumbrarte.

Finalmente salieron de la casa y, de pie junto a su automóvil, contemplaron la espléndida fachada con sus interminables hileras de ventanas. Virginia se introdujo las manos en los bolsillos del abrigo y preguntó:

—¿Dónde está el jardín?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a un sitio donde hay parterres de flores y cosas por el estilo. Flores, ¿comprendes? Un jardín.

Pero el jardín se encontraba a un kilómetro de distancia, cercado por un muro. Subieron al automóvil para dirigirse hasta allí, entraron y encontraron a un hortelano en medio de varias hileras de frutas y hortalizas que, como soldados en posición de firmes, parecían estar esperando a que las recolectaran.

—Esto es el jardín -dijo Anthony.

—Ah -contestó Virginia.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Nada. Simplemente «ah».

El decorador se presentó a su debido tiempo seguido de toda una serie de camiones y furgonetas y un ejército de albañiles, encofradores, pintores, hombres con alfombras y cortinas y otros a bordo de camiones de mudanzas que empezaron a vomitar muebles como inagotables cornucopias. Virginia fue mudo testigo de todo.

—Sí -contestaba, mostrándose de acuerdo con cualquier tonalidad de terciopelo que le sugiriera Philip Sayer.

También decía que sí cuando el decorador le aconsejaba unas camas de latón victorianas para la habitación de invitados y unas gruesas colchas de ganchillo.

—Eso es tremendamente Osborne, querida, vida campestre típicamente victoriana.

Sólo expresó unas ideas independientes a propósito de la cocina. La quería como una que ella recordaba, aquella maravillosa estancia de Penfolda con

su aire de solidez, sus sabrosas comidas, su gato dormido en una silla y las repisas de las ventanas llenas de macetas de geranios.

—¡Una cocina de granja! Eso es lo que yo quiero. La cocina de una granja es como un cuarto de estar.

—Pues yo no pienso pasarme el día metido en una cocina, eso te lo aseguro - replicó Anthony.

Y ella le permitió salirse con la suya porque, a fin de cuentas, aquélla no era su casa y los fregaderos de acero inoxidable, las baldosas en blanco y negro del suelo y la cocina con horno, grill y un espetón para asar pollos no se iban a pagar con su dinero.

Cuando todo terminó, Virginia ya estaba embarazada.

—¡La tata estará encantada! – exclamó lady Keile.

—¿Por qué?

—Pues porque ahora está trabajando provisionalmente en Londres, querida, pero se muere de ganas de que haya un nuevo niño en la casa. No creo que le apetezca mucho abandonar Londres, pero seguro que aquí también hará amistades, porque yo siempre digo que esta mujer es capaz de crear una red más extensa que la de la Comunidad de Naciones Anglohablantes. Y además, el piso de arriba está pensado para los niños, de lo contrario no habría una reja en lo alto de la escalera ni barrotes en las ventanas. Son unas estancias muy soleadas. El azul claro creo que va a quedar muy bien, ¿no te parece? Me refiero a las alfombras. Y después podríamos poner cortinas de calicó francés...

Virginia trataba por todos los medios de hacer valer sus propias opiniones. Hubiera querido decir: «No, yo misma cuidaré de mi hijo.» Pero no estaba llevando muy bien el embarazo de Cara y, cuando finalmente recuperó las fuerzas y se sintió con ánimos para enfrentarse con la situación, las estancias infantiles ya habían sido decoradas y la tata ya había sentado en

ellas sus reales.

«Dejaré que se quede hasta que nazca el niño y yo me recupere. Dejaré que se quede uno o dos meses y después le diré que ya puede regresar a Londres porque quiero cuidar personalmente de mi hijo.»

Pero entonces surgieron nuevas complicaciones. En Londres, la madre de Virginia había adelgazado y se quejaba de dolores y cansancio. Virginia se trasladó inmediatamente al sur para visitarla y, a partir de aquel momento, su lealtad tuvo que repartirse entre su hija en Escocia y su madre en Londres. Puesto que tenía que viajar continuamente arriba y abajo, hubiera sido una locura prescindir de la tata antes de que la señora Parsons se restableciera. Pero ésta jamás se restableció y, cuando terminó la horrible pesadilla, Nicholas ya había nacido y, habiendo dos niños en la casa, la presencia de la tata se hizo imprescindible.

En Kirkton, dentro de un radio de unos quince kilómetros, estaban rodeados de varios vecinos muy sociables. Jóvenes matrimonios con tiempo y dinero para gastar, algunos con hijos como los Keile y todos con intereses parecidos a los de Anthony. Para salvar las apariencias, éste dedicaba parte de su tiempo a la finca, hablando con el administrador McGregor, preguntándole qué pensaba él que se tenía que hacer y ordenándole que lo hiciera. El resto de la jornada era exclusivamente para él y en su transcurso hacía exactamente lo que le venía en gana. Escocia es un país hecho para los placeres de los hombres y siempre se podía cazar algo, urogallos en verano y perdices y faisanes en otoño e invierno. Había ríos rebosantes de peces para pescar, campos de golf y una vida social muy intensa y mucho más animada que la de Londres.

Virginia no pescaba ni jugaba al golf, aunque Anthony tampoco la habría invitado en caso de que le hubiera apetecido. Él prefería la compañía de sus amigos y ella sólo tenía que estar presente cuando los invitaban especialmente a los dos como pareja. A una cena, a un baile o a un almuerzo antes de alguna partida. Entonces ella tenía que pasar por el suplicio de elegir lo que se iba a poner y, al final, se presentaba con algún modelo que todas las demás mujeres habían lucido el año anterior.

Seguía siendo muy tímida y, como no bebía alcohol, no encontraba ningún medio artificial de superar aquel terrible defecto. Los amigos de Anthony la consideraban una sosa y sus mujeres, a pesar de la amabilidad con que la trataban, la aterrorizaban con sus chistes y sus incomprensibles referencias a lugares, personas y acontecimientos que sólo ellas conocían. Parecían un grupo de ex alumnas de una misma escuela.

Una vez, mientras regresaban a casa después de una cena, se pelearon. Virginia no hubiera querido discutir, pero estaba cansada y aburrida y Anthony llevaba unas cuantas copas de más. En las fiestas siempre bebía demasiado, como si ello fuera el comportamiento social que todo el mundo esperara de él. Pero aquella noche le dio por mostrarse agresivo y malhumorado.

—Bueno, ¿te lo has pasado bien?

—No demasiado.

—Ya me lo ha parecido.

—Estaba cansada.

—Tú siempre estás cansada. Y, sin embargo, no das golpe.

—A lo mejor es por eso por lo que estoy cansada.

—¿Qué quieres decir?

—No, nada.

—Algo habrás querido decir.

—Muy bien, quiero decir que estoy aburrida y me siento muy sola.

—De eso no tengo yo la culpa.

—¿Ah, no? Nunca paras en casa... A veces te pasas fuera todo el día. Almuerzas en el club de Relkirk..., no te veo casi nunca.

—Bueno, eso es lo mismo que hacen otros cien sujetos como yo. ¿Qué supones que hacen sus mujeres? ¿Sentarse a pensar en las musarañas?

—Muchas veces me pregunto qué es lo que hacen. Dímelo tú.

—Pues salen por ahí. Se reúnen, llevan a los niños al Pony Club, juegan al bridge y supongo que se entretienen con la práctica de la jardinería.

—Yo no sé jugar al bridge -dijo Virginia- y a los niños no les gusta montar a caballo. Y yo me dedicaría a la jardinería si en Kirkton hubiera un jardín como Dios manda y no una prisión amurallada con un jardinero antipático que no me permite tan siquiera cortar unos gladiolos sin antes pedirle permiso a él.

—Pero ¡qué disparates estás diciendo...!

—Yo suelo observar a las demás parejas -añadió Virginia-. A los matrimonios normales que los sábados pasean por Relkirk y salen de compras juntos tanto si llueve como si hace sol y se llevan a los niños y les compran helados y guardan todos los paquetes en sus viejos automóviles utilitarios y regresan todos juntos a casa y se lo pasan muy bien.

—No me digas que es eso lo que te gusta.

—No me gusta sentirme sola.

—La soledad es un estado mental. Únicamente el propio interesado puede librarse de ella.

—¿Tú nunca te has sentido solo, Anthony?

—No.

–Eso quiere decir que no te casaste conmigo para tener compañía. Y tampoco te casaste conmigo por mi interesante conversación.

–No -convino fríamente Anthony.

–Pues entonces, ¿por qué?

–Eras guapa. Tenías un cierto encanto de cervatilla. Eras encantadora. Mi madre te consideraba encantadora y también consideraba encantadora a tu madre y pensaba que nuestra unión iba a ser encantadora.

–Pero tú no te casaste conmigo porque tu madre te lo dijera.

–No, pero con alguien me tenía que casar y tú apareciste en un momento singularmente oportuno.

–No te entiendo.

Anthony no contestó. Se pasó un buen rato conduciendo en silencio, tal vez porque un vestigio de pudor lo inducía a no revelarle jamás la verdad. Pero Virginia cometió el error de aguijonearlo.

–No te entiendo, Anthony -repitió y entonces él perdió le estribos y se lo dijo.

–Pues porque me dejaron Kirkton en herencia con la condición de que estuviera casado cuando entrara en posesión de la propiedad. Tío Arthur temía que no sentara nunca la cabeza y que estropearla la finca en caso de que me instalara en ella siendo soltero... La verdad es que no sé lo que pensaba, pero el caso es que decidió que yo viviera en Kirkton como padre de familia.

–¡Conque fue por eso!

–¿Te has ofendido? – preguntó Anthony, frunciendo el ceño.

—Creo que no. ¿Acaso tendría que ofenderme?

Anthony alargó la mano hacia la suya... y el automóvil derrapó levemente cuando sus dedos se entrelazaron con los suyos.

—Mira -dijo-, puede que nuestro matrimonio no sea mejor que otros, pero tampoco es peor. A veces la sinceridad es buena porque despeja la atmósfera. Vale más saber en qué situación nos encontramos.

—¿Te arrepientes? —preguntó Virginia-. De haberte casado conmigo, quiero decir.

—No, no me arrepiento. Sólo siento que tuviera que ocurrir cuando ambos éramos todavía tan jóvenes.

Un día, Virginia se encontró completamente sola en casa. Era un sábado por la tarde. McGregor, el administrador, se había ido a Relkirk con su mujer. Anthony estaba jugando una partida de golf y la tata y los niños habían salido a dar un paseo. La casa estaba vacía y ella no tenía nada que hacer. No tenía que lavar ni que preparar un pastel ni que planchar ropa ni que arrancar las malas hierbas del jardín. Empezó a recorrer las estancias de la casa como si fuera una desconocida que hubiera pagado una entrada para visitarla. Sus pisadas resonaban en la reluciente escalinata, se oía el tic tac del reloj de pared y todo estaba limpio y ordenado tal como a Anthony le gustaba. Era lo que él había creado. Por eso se había casado con ella. Llegó al vestíbulo, abrió la puerta principal y bajó los peldaños hasta la grava, pensando que a lo mejor vería a la tata y a los niños a lo lejos. Hubiera corrido a su encuentro, hubiera cogido a Cara en brazos y la hubiera estrechado con fuerza contra su pecho, sólo para convencerse de que la niña existía realmente y no era un simple fruto de su imaginación como el que hubiera podido concebir una madre frustrada.

Pero no se veía ni rastro de la tata, por lo que, al poco rato, volvió a subir los peldaños y entró de nuevo en la casa porque no se le ocurría ningún otro

lugar adonde ir.

Había en la zona una agraciada joven llamada Liz, casada con un joven abogado que trabajaba en Edimburgo, aunque ellos vivían a unos tres kilómetros de Kirkton, en una antigua rectoría presbiteriana con un jardín que se llenaba de narcisos en primavera y una dehesa para los caballos.

Tenía hijos pequeños, perros, un gato y un loro en una jaula, pero (tal vez porque echaba de menos a su marido que se pasaba toda la semana en Edimburgo o simplemente porque era una chica que gustaba de la compañía de las personas) su casa estaba constantemente llena de gente. Los hijos de otras madres montaban a caballo, se sentaban alrededor de la mesa del comedor a la hora del té y jugaban en el jardín. Cuando no tenía ninguna familia alojada en la casa, recibía durante el día y agasajaba con exquisitos rosbifs, bistecs y empanadas de riñones, deliciosos y anticuados pasteles y helados hechos en casa. Su armario de las bebidas, que debía de haber sufrido los efectos de las hordas que cruzaban su hospitalaria puerta, estaba siempre abierto y siempre a la disposición de cualquier invitado que necesitara un líquido refrigerio.

—Ya os podéis servir -gritaba ella desde la cocina mientras improvisaba en un santiamén una cena para diez invitados inesperados-. Si el cubo de hielo está vacío, hay cubitos en el frigorífico.

Como es natural, Anthony la adoraba, la cortejaba abiertamente y fingía sentirse celoso cuando llegaban los fines de semana y el marido regresaba a casa.

—Echa a patadas a este maldito hombre de tu casa -le decía a Liz y ella se partía de risa al igual que todos los presentes.

Virginia sonreía sin decir nada y, por encima de las cabezas de ambos, su mirada se cruzaba con la del marido de Liz, un joven muy comedido y reservado cuyos pensamientos nadie hubiera podido adivinar jamás.

—Tendrás que vigilar a este marido tuyo -le decía una de las esposas a

Virginia.

–Llevo mucho tiempo haciéndolo -se limitaba a decir ella, cambiando de tema o volviéndose para hablar con otra persona.

Un martes Anthony la llamó desde el club de Relkirk.

–Mira, Virginia, estoy en plena partida de póquer y sólo Dios sabe a qué hora podré regresar a casa. No me esperes, comeré un bocado aquí. Luego nos vemos.

–De acuerdo. Pero procura no perder demasiado dinero.

–Ganaré -dijo Anthony-. Y te compraré un abrigo de visón.

–Es justo lo que me hace falta.

Pasada la medianoche, Anthony regresó a casa y subió a trompicones por la escalinata. Virginia le oyó moverse en su vestidor, tirando la ropa al suelo, abriendo y cerrando cajones y soltando maldiciones porque no podía desabrocharse algún botón o quitarse un gemelo.

Al cabo de un rato le oyó acostarse y vio que se apagaba la luz que penetraba a través de la puerta abierta. Se preguntó si habría decidido dormir en el vestidor por respeto hacia ella o si habría algún otro motivo más siniestro.

Pronto lo averiguó. La sociedad en la que ellos se movían, su reducida camarilla, era demasiado pequeña como para que pudiera haber secretos.

–Virginia querida, ya te dije que vigilaras a este marido tan tarambana que tienes.

–Pero ¿qué es lo que ha hecho ahora?

–Eres un encanto y nunca te alteras por nada. Seguro que ya lo sabes.

—¿Qué es lo que sé?

—Pues lo de su cena íntima con Liz.

—Ah, sí, claro. Fue el martes pasado.

—Menudo demonio está hecho. Debíó de pensar que nadie se iba a enterar. Pero resulta que Midge y Johnny Gray decidieron de pronto ir a cenar al Strathtorrie Arms; ahora la dirección del local ha cambiado y es un sitio muy oscuro y elegante donde se come de maravilla. Bueno, pues fueron allí y descubrieron a Anthony y Liz muy acaramelados en un rincón. ¡Y tú ya lo sabías!

—Pues sí.

—¿Y no te importa?

—No.

Eso era lo malo. Que no le importaba. Se mostraba totalmente apática, Anthony la aburría soberanamente y hacía mucho tiempo que su encanto de colegial se había desvanecido. No era su primera aventura ni sería la última, pero Virginia se aterraba al pensar en los años que le quedaban por delante, permanentemente atada a aquel Peter Pan de vía estrecha. Tenía tan poca delicadeza que era capaz de lanzarse a una relación ilícita prácticamente a la puerta de su propia casa.

Virginia pensó en la posibilidad de pedir el divorcio, pero sabía que jamás se hubiera divorciado de Anthony, no sólo por los niños sino también porque para ella hubiera sido tan difícil emprender semejante acción como participar en un vuelo a la luna.

No era feliz, pero ¿de qué le hubiera servido proclamar a los cuatro vientos su fracaso y su decepción? Anthony no la amaba ni la había amado jamás. Pero ella tampoco le había amado a él. Si él se había casado con ella para

poder disfrutar de Kirkton, ella se había casado con él porque se sentía profundamente abatida y deseaba evitar por todos los medios la temporada de Londres que le tenía preparada su madre y que debería culminar con la pesadilla final de su presentación en sociedad.

No era feliz y, sin embargo, lo tenía todo. Una casa preciosa, un marido extremadamente apuesto y unos hijos. Los hijos lo merecían todo. Por ellos procuraría apuntalar su maltrecho matrimonio y por ellos crearía un mundo de seguridad en el que pudieran crecer tranquilos.

Anthony había estado con Liz la noche en que se mató. A la vuelta de Relkirk, había pasado por la vieja rectoría a tomar un trago y le habían invitado a quedarse a cenar.

Desde allí llamó a Virginia.

—Liz ha invitado a cenar a los Cannon y quiere que yo me quede para después jugar al bridge. Regresaré un poco tarde. No me esperes levantada.

El armario de las bebidas de Liz estaba abierto como siempre y Anthony se sirvió con la habitual generosidad. Eran las dos de la madrugada cuando decidió regresar a casa en mitad de una noche oscura y sin estrellas bajo una lluvia torrencial. Llevaba varios días lloviendo y el río bajaba muy crecido. Después llegaron los policías con cintas métricas y trozos de tiza, midieron las señales del derrape y examinaron la barandilla rota del puente y las cenagosas aguas. Virginia permaneció con ellos bajo la lluvia y, mientras los buceadores se sumergían, un amable sargento la instó a que regresara a la casa, pero ella no quiso porque, por una razón incomprensible, se sentía obligada a permanecer allí, pensado que Anthony había sido su marido y el padre de sus hijos.

Entonces recordó lo que él le había dicho la noche en que le habló de Kirkton: «Sólo siento que tuviera que ocurrir cuando ambos éramos tan jóvenes.»



*[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)*

## Capítulo 8

La silenciosa noche transcurría lentamente mientras el reloj de pulsera que Virginia había dejado encima de la mesita de noche iba midiendo con su leve tic tac los segundos, los minutos y las horas. Ahora Virginia alargó la mano para cogerlo y vio que eran casi las tres de la madrugada. Se levantó de la cama, se envolvió en la colcha y fue a sentarse en el suelo junto a la ventana abierta. Era la silenciosa y oscura hora que precedía al amanecer. Se oía a unos dos kilómetros de distancia el suave susurro del mar semejante a una leve respiración, los movimientos de las vacas de Guernsey pastando dos o tres campos más allá, los murmullos de los setos agitados por las criaturas nocturnas y el grito de una lechuza. El recuerdo de Liz la perseguía. Ésta había asistido al entierro de Anthony destrozada por un dolor y un remordimiento tan evidentes que ella había tenido que apartar instintivamente el rostro para no verlos. Poco después, su marido se la había llevado a pasar unas vacaciones en la Costa Azul y ella ya no había vuelto a verla.

Pero ahora sabía que tendría que regresar a Escocia, aunque sólo fuera para aclarar las cosas con Liz y convencerla de que ella no había tenido la culpa, procurando, en la medida de lo humanamente posible, restaurar la antigua amistad. Pensó en Kirkton y, esta vez, su imaginación no huyó horrorizada ante la idea del regreso. Sus pensamientos bajaron por la carretera, recorrieron el puente del río y subieron por el camino particular entre los verdes prados y el parque. Se detuvieron delante de la casa, subieron los peldaños, cruzaron la puerta y ya no experimentaron la antigua sensación de soledad y opresión sino tan sólo tristeza por el hecho de que las existencias de las personas que habían vivido en aquella hermosa mansión no hubieran logrado una cohesión duradera sino que se hubieran desarrollado como fragmentos de hilos defectuosos que, al final, acaban desmenuzados entre los dedos.

Vendería la casa. En determinado momento su subconsciente había tomado aquella decisión y ahora se la presentaba como un hecho consumado. Formaría un nuevo hogar en una casa con jardín, un cachorro de perro, un gatito y un canario en una jaula. Haría nuevas amistades, buscaría un nuevo colegio para los niños y llenaría sus vacaciones con placeres que hasta entonces no se había atrevido a probar. Aprendería a esquiar; se irían los tres juntos a esquiar. Construiría cometas, arreglaría bicicletas, permitiría que Cara leyera todos los libros que quisiera y asistiría a las competiciones deportivas en las que participara Nicholas, luciendo un sombrero adecuado para la ocasión, y haría cosas divertidas como, por ejemplo, ganar un concurso de cocina.

Y todo eso ocurriría porque ella lo querría. Lo de Eustace se había acabado, los sueños habían terminado, pero quedaban otras cosas buenas. Como el orgullo, la determinación y los hijos. Los hijos. Esbozó una sonrisa sabiendo que, como la aguja de la brújula que siempre apuntaba al norte, cualquier cosa que hiciera y cualquiera que fuera su conducta, ella siempre apuntaría hacia sus hijos.

Empezó a notar frío. Las primeras luces del alba ya estaban aclarando el cielo. Se levantó del suelo, tomó una píldora para dormir con un sorbo de agua y volvió a acostarse. Cuando abrió de nuevo los ojos, el sol le iluminaba el rostro de lleno y se oía un ruido ensordecedor de alguien que estaba aporreando una puerta y llamándola a gritos.

—¡Virginia! Soy yo. ¡Alice! ¡Despierta! ¿O acaso estáis todos muertos?

Virginia se levantó aturdida de la cama, cruzó la habitación y se asomó a la ventana.

—¡Alice! Pero no armes tanto alboroto. Los niños están durmiendo.

Alice la miró, desconcertada.

—Empezaba a pensar que os habíais muerto todos -dijo, bajando la voz en un exagerado susurro-. Son más de las diez. ¡Baja y déjame entrar!

Bostezando, Virginia buscó a tientas la bata, se puso las zapatillas y bajó, deteniéndose un momento al pasar por delante de la puerta abierta de la habitación de los niños. Para su sorpresa, los gritos de Alice no los habían despertado. «Debimos de acostarnos muy tarde anoche -pensó-. Debía de ser mucho más tarde de lo que yo suponía.»

Abrió la puerta y dejó que penetraran los rayos del sol junto con Alice, quien llevaba puesto un vestido de lino azul y un pañuelo de hilo anudado alrededor de la cabeza. Como de costumbre, tenía la tez sonrosada, la mirada brillante y la mente completamente despierta.

—¿Sueles levantarte a esta hora?

—No, pero... -Virginia ahogó un bostezo- anoche no podía conciliar el sueño. Al final me tomé un somnífero y me ha dejado atontada.

—¿Y los niños?

—A ellos no les di ninguna pastilla, pero aún no se han despertado. Nos pasamos todo el día fuera y nos acostamos muy tarde. — Virginia volvió a bostezar e hizo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos-. ¿Te apetece un poco de café?

Alice la miró con expresión burlona.

—Tú lo necesitas, desde luego. Mira, yo lo prepararé y tú entre tanto te despiertas y te vistes. De nada me serviría hablar contigo en el estado en que te encuentras -dijo, dejando el bolso sobre la mesa con gesto decidido-. Tengo que reconocer que esta casita no está nada mal. Y aquí está la cocina. Un poco pequeña tal vez, pero suficiente...

Virginia se bañó y se lavó el cabello. Después subió al piso de arriba envuelta en una toalla, sacó ropa interior limpia de un cajón y abrió el armario para sacar un vestido de algodón que todavía no había estrenado. Se calzó unas sandalias, se peinó y, sintiéndose limpia e insólitamente

hambrienta, bajó para reunirse de nuevo con Alice.

Encontró a su amiga totalmente organizada, con el cazo sobre el fuego, la cafetera ya lista y las tazas dispuestas sobre la mesa.

—Ah, ya estás aquí... Lo tengo casi todo a punto... He pensado que sería mejor que nos tomáramos un café como es debido; estoy harta del aguachirle que bebemos habitualmente, ¿tú no?

Virginia se sentó a la mesa.

—¿Cuándo regresaste de Londres? — preguntó.

—Anoche.

—¿Qué tal te ha ido? ¿Lo has pasado bien?

—Sí, pero no he venido aquí para hablar de Londres.

—En este caso, ¿qué te trae aquí a las diez en punto de un lunes por la mañana?

—La curiosidad -contestó Alice-. La pura y descarada curiosidad.

—¿Acerca de mí?

—¡Acerca de Eustace Philips!

—No te entiendo.

—La señora Jilkes me lo dijo. Me lo contó todo en cuanto crucé la puerta. Me dijo que Eustace la había llamado en mi ausencia para preguntarle si alguien iba a preparar Bosithick para tu venida y la de los niños. Ella le explicó que yo estaba en Londres y entonces él dijo que no se ocupara, que él se encargaría de todo.

–Pues sí, es cierto... Lo hizo...

–Pero, Virginia..., tú me hablaste de Eustace, pero no me dijiste que lo habías vuelto a ver.

–Ah, ¿no? – Virginia frunció el ceño-. Pues no, es verdad.

–Pero ¿cuándo te lo encontraste?

–El día que vine a ver la casa. ¿Recuerdas? Te dije que no me esperara para el almuerzo. Entré en el pub de Lanyon para comprar unos cigarrillos y allí me lo encontré.

–Pero ¿por qué no me dijiste nada? ¿Había alguna razón para que no quisieras que yo me enterara?

–No. – Virginia trató de hacer memoria-. Debió de ser porque no me apetecía hablar de él. No fue un encuentro demasiado amistoso si he de serte sincera -añadió con una sonrisa-. En realidad, tuvimos una violenta pelea...

–Pero ¿tú tenías intención de reunirte con él?

–No. Fue por pura casualidad.

–¿Y él se acordaba de ti después de tanto tiempo? Pero si sólo te había visto una vez en la barbacoa.

–No -dijo Virginia-. Lo volví a ver en otra ocasión.

–¿Cuándo?

–Aproximadamente una semana después de la barbacoa. Me lo encontré en Porthkerris. Pasamos la tarde juntos y después él me acompañó en su automóvil a Wheal House. Tú no te enteraste porque aquel día no estabas en casa. Pero mi madre sí estaba y lo vio.

—¿Y por qué lo mantuvisteis en secreto?

—No fue un secreto, Alice. Lo que ocurrió fue que a mi madre no le gustó Eustace. Reconozco que él tampoco hizo el menor esfuerzo por causarle una buena impresión, se mostró bastante grosero y el Land-Rover estaba lleno de paja, barro y estiércol... Todo eso no fue muy del agrado de mi madre. Ella actuó como si todo aquello fuera una especie de broma, pero yo comprendí que él la había irritado y no le había gustado en absoluto.

—Pero tú me hubieras podido hacer algún comentario. A fin de cuentas, yo fui quien te presentó a Eustace.

—Lo intenté, pero cada vez que iba a hacerlo, mi madre cortaba la conversación, cambiaba de tema o decía algo para distraerme. Y no olvides una cosa, Alice... Tú eras amiga suya, no mía. Yo era simplemente la niña recién salida del parvulario. Jamás pensé que pudieras ponerte de mi parte en contra suya.

—¿Acaso era necesario ponerse de parte de alguien?

—Lo hubiera sido. Ya sabes lo esnob que era mamá.

—Sí, desde luego, pero era una actitud totalmente inofensiva.

—No, Alice, no era inofensiva. Era terriblemente peligrosa e influía en todo lo que ella hacía hasta el extremo de deformar su personalidad.

—¡Virginia! — exclamó Alice, escandalizada.

—Por eso regresamos tan de repente a Londres. Porque ella adivinó enseguida que yo me había enamorado de Eustace.

El agua del cazo empezó a hervir. Alice lo retiró del fuego, lo vació en la cafetera y la atmósfera de la cocina se llenó inmediatamente con el delicioso aroma del café. Alice pasó con cuidado una cuchara sobre la

superficie del café molido.

—¿Y tú estabas enamorada de Eustace? — preguntó al final.

—Por supuesto que sí. ¿Acaso tú no lo hubieras estado a los diecisiete años?

—Pero te casaste con Anthony Keile.

—Sí.

—¿Le querías?

—Me... casé con él.

—¿Fuiste feliz?

—Me sentía muy sola...

—Pero, Virginia, yo siempre pensé... no sé, tu madre siempre decía... Yo pensaba que eras muy feliz -dijo Alice, totalmente desconcertada.

—No. Pero Anthony no tuvo toda la culpa. Yo también la tuve.

—¿Y lady Keile lo sabía?

—No. — Tampoco se había enterado de las circunstancias de la muerte de Anthony. Ni supo nada de Liz. Y jamás lo iba a saber-. ¿Por qué tenía que saberlo? Solía visitarnos a menudo, pero nunca se quedaba con nosotros más de una semana seguida. No era difícil fomentar la ilusión de un matrimonio idílicamente feliz. Era lo menos que podíamos hacer por ella...

—Me sorprende que la tata jamás hiciera el menor comentario.

—La tata nunca veía nada que no quisiera ver. Para ella, Anthony era la perfección personificada.

–No debió de ser nada fácil.

–No, pero, como ya te he dicho, Anthony no tuvo toda la culpa.

–¿Y Eustace?

–Mira, Alice, yo tenía diecisiete años y era una chiquilla que esperaba que alguien la invitara a un helado.

–Pero ahora no lo eres...

–No, ahora tengo veintisiete años y soy madre de dos hijos. Y ya no espero que nadie me invite a un helado.

–Quieres decir que él ya no tiene nada que ofrecerte.

–Y él no necesita nada de mí. Es autosuficiente. Tiene su propia vida. Tiene Penfolda.

–¿Has hablado con él?

–Pero Alice...

–Está claro que no. En tal caso, ¿cómo puedes estar tan segura?

–Porque hace muchos años dijo que me llamaría. Dijo que quería que yo fuera a tomar el té a Penfolda con su madre. Incluso pensé pedirte prestado el coche para trasladarme hasta allí. Pero no me llamó. Yo esperé, pero él no me llamó. Antes de que tuviera tiempo de averiguar por qué razón no lo había hecho, mi madre me llevó de nuevo a Londres.

–¿Y cómo sabes que no te llamó? – preguntó Alice con cierta impaciencia.

–Porque no me llamó.

–A lo mejor tu madre atendió la llamada.

–Se lo pregunté y me dijo que no había recibido ninguna.

–Pero, Virginia, tu madre pudo perfectamente contestar la llamada y no decirte nada. Sobre todo si no le gustaba el chico. Hubieras tenido que comprenderlo.

Virginia miró a su amiga casi sin poder dar crédito a sus oídos. Le parecía increíble que Alice pudiera decir semejantes cosas de Rowena Parsons..., nada menos que Alice, la mejor amiga de su madre, expresando una verdad a la que ella jamás había tenido el valor de enfrentarse. Recordó el rostro de su madre, protestando con una sonrisa en el compartimiento del tren: «¡Cariño! ¡Qué acusación tan grave me estás haciendo! ¿No pensarás que...?»

Y ella la había creído.

–Pensé que me decía la verdad -confesó finalmente-. No la creí capaz de mentir.

–Digamos que era una persona decidida y tú eras su única hija. Siempre aspiró a grandes cosas para ti.

–Y tú lo sabías. Tú sabías que era así y, sin embargo, seguías siendo su amiga.

–Los amigos no son personas que te gustan por algún motivo especial. Muy al contrario, las personas te gustan porque son tus amigas.

–Pues entonces, si ella mintió, Eustace debió de pensar que yo no quería volver a verle. Durante todos estos años, debió de pensar que yo le había rechazado.

–Pero te escribió una carta -dijo Alice.

–¿Una carta?

—Vamos, Virginia, no te hagas la tonta. La carta que recibiste la víspera de tu regreso a Londres.

Virginia la miró sin decir nada.

—Sé que hubo una carta. Llegó con el correo de la tarde, y al verla encima de la mesa del vestíbulo, me dije para mis adentros: «Qué bonito detalle», porque tú no recibías muchas cartas que digamos. Después me fui a hacer no sé qué y, al volver, la carta ya no estaba y supuse que la habrías recogido.

Una carta. Virginia vio mentalmente la carta. Se imaginó un sobre de color blanco dirigido en letras muy negras a la «Srta. Virginia Parsons», peligrosamente depositada en aquella mesa redonda que había en el centro del vestíbulo de Wheal House. Vio a su madre saliendo del salón, tal vez para dirigirse al piso de arriba, y deteniéndose a examinar el correo de la tarde. Cuando alargó la mano para coger la carta, su madre vestía un traje chaqueta de color rojo frambuesa y una blusa de seda blanca, llevaba las uñas pintadas del mismo color rojo frambuesa y lucía una gruesa pulsera de oro adornada con fetiches que tintineaban como si fueran cascabeles.

Vio su ceño fruncido al ver la negra escritura masculina, la vio estudiar el matasellos, vacilar un instante, guardarse el sobre en el bolsillo de la chaqueta y reanudar imperturbable lo que estaba haciendo, como si nada hubiera ocurrido.

—Yo no recibí ninguna carta, Alice -dijo.

—¡Pero si estaba allí!

—¿Lo ves! Debió de cogerla mamá. Y la rompió, eso debió de hacer. Pensaría: «Lo hago por Virginia. Por su bien.»

Las ilusiones habían desaparecido para siempre, el velo se había descorrido. Ahora podía contemplar el pasado con fría mirada objetiva y ver a su madre

tal como ésta era realmente, no una mujer simplemente esnob y entrometida sino también hipócrita. Fue en cierto modo un alivio. Durante todos aquellos años había tenido que hacer un esfuerzo para conservar la leyenda de la madre de conducta irreprochable, a pesar de que con ello no engañaba a nadie más que a sí misma. Ahora, en el recuerdo, su madre le parecía mucho más humana.

Alice ya casi se arrepentía de haberle mencionado la carta.

—A lo mejor no era de Eustace.

—Lo era.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, si hubiera sido de otra persona, mi madre me la habría entregado, alegando que la había abierto por equivocación.

—Pero no sabemos qué decía la carta, Virginia.

Virginia se levantó.

—No, pero lo averiguaré. Ahora mismo. ¿Te quedas aquí hasta que se despierten los niños? ¿Querrás decirles que vuelvo enseguida?

—Pero ¿adonde vas?

—A ver a Eustace, naturalmente -contestó Virginia desde la puerta.

—Pero si no te has bebido el café. Te lo he preparado y no te lo has bebido. ¿Y ahora qué vas a decirle? ¿Y cómo se lo vas a explicar?

Pero Virginia ya había salido. Alice estaba hablando con la pared y con una puerta basculante. Irritada, dejó la taza de café y se dirigió a la puerta para llamar a Virginia, pero ésta ya no podía oírla, pues estaba corriendo como una chiquilla a través de la crecida hierba estival de los campos en dirección

a Penfolda.

Había decidido ir campo traviesa porque le hubiera llevado demasiado tiempo subir al coche, dar la vuelta y regresar por la carretera. Y el tiempo era demasiado valioso y no se podía malgastar. Ya habían desperdiciado diez años y no había ni un solo momento que perder.

Corría en una gozosa y perfumada mañana entre las margaritas blancas y la alta hierba que le azotaba las piernas desnudas. El mar era de color azul oscuro con franjas turquesa y el horizonte aparecía envuelto en una bruma que presagiaba mucho calor. Corría subiendo de dos en dos los peldaños de granito que unían los campos entre sí. Las zanjas de los campos de rastros estaban llenas de amapolas rojas y los pétalos de las flores amarillas de los tojos volaban por el aire empujados por la brisa marina como si fueran confetis.

Cruzó el último campo y vio la casa de Penfolda, los alargados graneros y el pequeño jardín cercado por un muro que lo protegía del viento. Subió el último peldaño que conducía al huerto, bajó por el camino, cruzó la verja y vio a la gata con sus crías medio siamesas tomando el sol en el escalón de la entrada. La puerta principal se encontraba abierta. Entró y llamó a Eustace. La casa estaba oscura en comparación con la claridad del exterior.

—¿Quién hay?

La señora Thomas, con un plumero de quitar el polvo, se asomó por la barandilla de la escalera.

—Soy yo. Virginia. Virginia Keile. Busco a Eustace.

—Ya habrá terminado de ordeñar las vacas...

—Ah, muchas gracias.

Sin molestarse en dar más explicaciones, Virginia volvió a salir, cruzó la

extensión de césped y se dirigió hacia el patio de los establos y el cobertizo. Justo en aquel momento vio a Eustace cruzar la verja que había al fondo del jardín. Iba en mangas de camisa, llevaba un delantal y unas botas de goma y acarreaba un reluciente cubo de aluminio lleno de leche. Virginia se detuvo en seco mientras él corría el pestillo de la verja.

Su intención era comportarse con sensatez y comedimiento y decirle con mucha calma: «Quiero preguntarte una cosa sobre la carta que me escribiste.» Pero no fue necesario, porque quedó todo dicho en el prolongado instante en que ambos se miraron en silencio. Entonces Eustace dejó el cubo en el suelo y ella bajó por la pendiente cubierta de hierba, se arrojó a sus brazos y apretó el rostro contra la pechera de su camisa mientras él le decía, como si ella estuviera llorando en lugar de reír:

—Bueno, bueno.

—Te quiero -dijo Virginia y esta vez se echó a llorar de verdad.

—Pues claro que te llamé -dijo Eustace-. Tres o cuatro veces. Pero nunca estabas en casa. Siempre se ponía tu madre y me decía que ya te daría el recado y que tú ya me llamarías. Al final pensé que habías cambiado de idea y tenías cosas mejores que hacer que tomar el té conmigo y mi anciana madre. Pensé que quizá tu madre te había hecho cambiar de parecer. En cuanto me vio, comprendí que yo no le había gustado. Pero tú lo sabías, ¿verdad?

—Sí, lo sabía. Y me extrañaba. Una vez estuve a punto de llamarte. Pensé que a lo mejor lo habías olvidado... pero me faltó valor. De repente, mi madre me dijo que teníamos que regresar a Londres y ya no tuve tiempo. En el tren le pregunté sin rodeos si habías llamado y me dijo que no. Y yo la creí. Eso era lo malo, que yo siempre la creía. Hubiera debido comprenderlo. Yo tuve la culpa por no haberlo sabido comprender. Oh, Eustace, ¿por qué fui tan tonta?

Ambos habían entrado en la casa en busca de un pañuelo para Virginia, pero se quedaron allí sin ningún motivo especial y, al final, acabaron inevitablemente en la cocina y se sentaron a la mesa, aspirando el delicioso aroma del pan de azafrán que se cocía en el horno. El único sonido que se escuchaba era el lento tic tac del anticuado reloj de péndulo.

—No fuiste tonta -dijo Eustace-. Tenías diecisiete años. Esa fue otra de las cosas que me preocupaba. Sabía que resultaría muy fácil convencerte antes de que tuvieras tiempo de crecer y tomar tus propias decisiones. Eso es lo que te decía en la carta. Al ver que no me llamabas, pensé que te habías enfriado y por eso te escribí diciendo que si querías esperar un par de años, yo también estaría dispuesto a hacerlo. Me costó bastante, no creas -añadió con una triste sonrisa-. Jamás le había dicho esas cosas a una chica y jamás se las he vuelto a decir a nadie desde entonces.

—¿Y pensaste que yo ni siquiera me había tomado la molestia de contestar?

—No sabía qué pensar... Después me enteré a través de la prensa de que te ibas a casar.

—Eustace, si yo hubiera recibido la carta, no habría regresado a Londres. Me hubiera negado a hacerlo.

—No hubieras podido negarte porque eras menor de edad.

—Pues me hubiera puesto histérica. Hubiera sufrido un ataque de nervios y armado una escena tremenda. Me hubiera puesto enferma.

—Pero, al final, te hubieras ido.

Virginia comprendió que era cierto.

—Pero hubiera sabido que tú estabas dispuesto a esperarme. Y no me hubiera casado con Anthony ni me hubiera ido a Escocia. No hubiera perdido todos esos años.

Eustace arqueó las cejas.

—¿Perdido? No los perdiste. ¿Qué me dices de Cara y Nicholas?

Virginia sintió en sus ojos el repentino escozor de unas lágrimas.

—Todo es muy complicado -dijo.

Eustace la rodeó con sus brazos, le enjugó las lágrimas con sus besos y le apartó el cabello del rostro.

—Las cosas ocurren porque tienen que ocurrir -le dijo-. Todo tiene su sentido. Cuando miras hacia atrás, te das cuenta. Nada ocurre sin motivo. Nada es imposible. Piensa en nuestro reencuentro en The Mermaid's Arms, cuando te vi sentada allí como si nunca te hubieras ido. Fue como un milagro.

—Pero tú no te comportaste como si lo fuera. Menuda bronca me echaste.

—Tenía miedo de sufrir por segunda vez una decepción. Tenía miedo de haberme equivocado con respecto a ti y de que todas las cosas que eran tan importantes para tu madre también se hubieran vuelto importantes para ti.

—Ya te dije que nunca habían sido importantes.

Eustace tomó su mano entre las suyas.

—Después de la merienda de ayer, pensé que todo se iba a arreglar. Después de estar contigo y los niños y de nadar y comer el pescado y de divertirnos tanto juntos, pensé, mientras subíamos por las rocas, que era como empezar de nuevo. Pensé que podría hablar del día en que regresaste a Londres y yo no supe lo que había ocurrido y ya jamás nos volvimos a ver. Me pareció que podríamos hablar de ello y quizá volver a empezar.

—Lo mismo pensé yo, tonto, pero lo que tú hiciste fue decirme que regresara a Escocia y aprendiera a llevar una granja. Yo quiero ser la mujer de un

granjero, no una granjera. Y no distingo un toro Aberdeen Angus de otro que no lo sea.

Eustace esbozó una tímida sonrisa.

—Ya te lo dije, la culpa la tuvieron las fotografías que me enseñó Cara. Aquel día me pareció que habíamos estado muy unidos pero, de pronto, me di cuenta de que no y de que ambos pertenecíamos a mundos distintos. Y era cierto, Virginia. No se puede comparar un lugar como Kirkton con una pequeña granja como Penfolda. De repente, me pareció una locura pedirte que abandonaras todo aquello y te quedaras conmigo. Porque esto es lo único que yo te puedo ofrecer.

—Es lo que yo quiero y lo que siempre he querido. Kirkton era la casa de Anthony. No estando él, es un lugar sin vida. De todos modos, pensaba venderlo. Lo decidí anoche. Tendré que regresar para comunicarles la noticia a todos, por supuesto, y ponerlo todo en manos de los abogados...

—¿Has pensado en los niños?

—Jamás dejo de pensar en ellos. Estoy segura de que lo comprenderán.

—Es su casa.

—Su casa será Penfolda. — Virginia esbozó una sonrisa al pensarlo mientras Eustace la cogía por los hombros con sus fuertes manos y se inclinaba para besarla en la boca—. Un nuevo hogar y un nuevo padre -añadió en cuanto recuperó el resuello.

Pero Eustace no pareció escucharla.

—Hablando del rey de Roma -dijo.

Virginia oyó las voces de los niños en el jardín.

—Mira, aquí están los gatitos. Míralos tomando el sol. Y no se han bebido la

leche.

–Déjalos, Nicholas. Están durmiendo.

–Este de aquí está despierto. Tiene los ojitos abiertos. Mira.

–No sé dónde estará mamá. ¡Mami!

–Estamos aquí -les gritó Eustace desde el interior de la casa.

–Mami, tita Alice Lingard pregunta que cuándo vas a volver a casa -dijo Cara, apareciendo de pronto en la puerta de la cocina con las gafas torcidas y el cabello desgredado-. Nos ha preparado unos huevos con jamón y nos hemos pasado un buen rato esperando. Dice que la señora Jilkes va a pensar que ha tenido un accidente con el coche y se ha muerto...

–Sí -dijo Nicholas siguiendo a su hermana. Llevaba un gatito prendido con las uñas de sus patitas a la pechera del jersey como si fuera un broche-. Tita Alice ha subido a despertarnos a las diez y media y por poco no desayunamos. Queríamos esperar hasta la hora del almuerzo... pero yo... me moría de hambre... -Nicholas dejó la frase sin concluir al darse cuenta de que él era el único que estaba hablando. Su madre y Eustace lo observaban sin decir nada y Cara miró a su madre como si no la hubiera visto jamás-. Bueno, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué estáis tan callados?

–Estamos esperando a que termines.

–¿Por qué?

Virginia miró a Eustace y éste se inclinó hacia adelante para atraer a Cara hacia sí. Después le enderezó las gafas, mirándola con el semblante muy serio, pero Nicholas se dio cuenta de que estaba reprimiendo una sonrisa.

–Tenemos que deciros una cosa -dijo Eustace.



[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

# RESEÑA BIBLIOGRÁFICA



Rosamunde Scott nació en 1924 en una pequeña población cercana a Cornualles llamada Lelant, en el Reino Unido. Escribió desde los 15 años relatos de amor y cuentos cortos para revistas femeninas, pero no alcanzó la fama hasta los sesenta años, cuando publicó *Los buscadores de conchas*. Su interés por profundizar en los entresijos del alma humana y su extraordinaria calidad narrativa la han convertido en un indiscutible fenómeno literario de nuestros días.

Sus libros son especialmente populares en Alemania debido a que el canal oficial de televisión ZDF, produjo más de 60 de sus cuentos para la televisión. Tanto Pilcher como el director de programación de ZDF Dr. Claus Beling recibieron el Premio Británico de Turismo en el año 2002, por el efecto positivo sobre el turismo que tuvieron tanto sus novelas, como las versiones televisivas. También en el 2002 fue nombrada OBE (Orden del Imperio Británico).

En 1946 se casó con Graham Pilcher y se trasladó a vivir a Escocia, donde tuvo a sus cuatro hijos y donde hoy en día aún reside.

**Ella necesitaba experimentar la**

## **intensidad de la pasión.**

El sueño secreto de Virginia Keile es conseguir una segunda oportunidad de amar al apuesto y cabal granjero de Cornualles a quien conoció diez años atrás. A lo largo de ese periodo la vida le deparó amargas experiencias: una boda de conveniencia con un aristócrata, un matrimonio mal avenido que acabó trágicamente, el peligro de que le arrebataran a sus dos hijos... Ahora, en el apacible paisaje de Cornualles, Virginia ha alquilado una casa a orillas del mar, con la esperanza de recuperarse de una enfermedad y de alcanzar finalmente la dicha del amor.

\* \* \*

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)

**Título original: *The Empty House***

**© 1973, Rosamunde Pilcher**

**© de la traducción, María Antonia  
Menini**

**© 1994, Plaza Janes Editores,  
S. A.**

**Diseño de la portada: Método, S.  
L.**

**Fotografía de la portada: O Rob  
Talbot**

**Fotocomposición: Alfonso Lozano**

**ISBN: 84-01-49188-6 (col.  
Jet)**

**ISBN: 84-01-49258-0 (vol.  
188/8)**

**Depósito legal: B. 48.093 – 1997**

**This file was created with BookDesigner program  
bookdesigner@the-ebook.org  
03/09/2008**

*LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/*

[OceanofPDF.com](http://OceanofPDF.com)